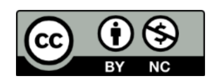
Miguel Ángel Trina Aranda

EL RÍO MAPOCHO
Y LOS NIÑOS Y NIÑAS DE LA CALLE

ESBOZOS PARA UNA HISTORIA SOCIAL DE LA INFANCIA ABANDONADA
(1900-2005)

Título: *El Río Mapocho y los niños y niñas de la calle. Esbozos para una historia social de la infancia abandonada (1900-2005)*
© Miguel Ángel Trina Aranda
Primera edición libro electrónico: noviembre 2023
ISBN: 978-956-6169-09-3

Sistema de clasificación decimal DEWEY: 983 Historia de Chile.
Clasificación comercial internacional - THEMA: NHTB Historia Social y cultural.
Tipo de Contenido: Ensayo
Ciudad de Publicación: Santiago de Chile.
Sello: Biblioteca Imaginada
N° en la colección: 8
Imagen de contraportada: Paseo Ahumada y Calle Nueva York en 1980 [Fotografía], colección Francisco Elías Calaguala Almendro, 1980, Archivo Enterreno (https://www.enterreno.com/moments/paseo-ahumada-y-calle-nueva-york-en-1980). Reconocimiento - No Comercial (by-nc)



Cómo citar:
Trina, Miguel Ángel (2023). *El Río Mapocho y los niños y niñas de la calle. Esbozos para una historia social de la infancia abandonada (1900-2005)*, Santiago de Chile, Biblioteca Imaginada.

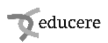
Este libro fue publicado con los aportes de: Gobierno Regional Metropolitano y ejecutado por UTP Río Vivo, ONG Cidets, Fundación Educere, Fundación Gente de la Calle.











EL RÍO MAPOCHO
Y LOS NIÑOS Y NIÑAS DE LA CALLE

Esbozos para una historia social
de la infancia abandonada
(1900-2005)

Miguel Ángel Trina Aranda
con la colaboración de Nadia Poblete Hernández

-UTP RÍO VIVO-
EDUCERE / GENTE DE LA CALLE / CIDETS
GOBIERNO REGIONAL METROPOLITANO
2023

PRESENTACIÓN

Nuestro país ha mostrado notables avances en la reducción de la pobreza, sin embargo, aún subsisten en nuestro entorno personas que enfrentan condiciones de extrema fragilidad y vulnerabilidad, como son las personas en situación de calle (PSC). Como Gobernador Regional, estoy consciente de la realidad que experimentan, esto es, una profunda exclusión social que requiere ser atendida con políticas y servicios públicos que aborden la problemática con una visión más integral.

El programa piloto de protección social de personas en situación de calle de la ribera de Río Mapocho, nos ha dado una importante muestra de una realidad que tendemos a invisibilizar. Las historias y relatos nos permitieron conocer a don Patricio Varela de 58 años y que desde los 5 años pernocta en la ribera del Río. Don Patricio es un hermoso ejemplo de cómo podemos cambiar la vida de nuestros habitantes de la región, él a los 3 meses después de una intervención es derivado a un Albergue, donde tuvo la oportunidad de tener un tratamiento de rehabilitación ambulatorio, ingresa al Programa Vivienda Primero, logró recuperar su licencia de manejo profesional y finalmente, mediante el acompañamiento sociolaboral, consigue un trabajo formal, mejorando notablemente su calidad de vida.

El libro *El Río Mapocho y los Niños y Niñas de la Calle*, aporta a la reconstrucción histórica de la relación que personas como Don Patricio, quien creció en sus riberas siendo un niño de la calle, han desarrollado con el río Mapocho y su entorno en el siglo XX y parte del XXI. La investigación rescata la historicidad de los niños en situación de calle que han habitado los puentes, riberas y el entorno del Río Mapocho, así como de las instituciones públicas y privadas que han trabajado para intentar mitigar esta situación en la urbe santiaguina. Para esto se utilizan fuentes primarias, incluyendo entrevistas, reconstruyendo en su recorrido, la vida de cientos de personas que en su infancia, y en muchos

casos, posteriormente, en su adultez, hicieron del Mapocho su hogar. Por otra parte, este libro es un recordatorio de la importancia de abordar el fenómeno de la situación de calle de manera integral, incorporando enfoques de larga duración que nos permitan comprender con profundidad a los sujetos que hoy son parte de la Política Social. Este libro es un llamado a la comprensión y a la acción. Debemos comprometernos a crear un futuro en el que nadie tenga que buscar refugio en la ribera de nuestro río. Debemos trabajar juntos como sociedad para construir un lugar donde todos y todas tengan la oportunidad de prosperar.

Les insto a todos a leer este libro y a unirse a la conversación sobre cómo podemos hacer de nuestra ciudad un lugar más justo e inclusivo para todos sus habitantes.

Gobernador Claudio Orrego Larraín, octubre de 2023.

INTRODUCCIÓN

Una noche fría y lluviosa de invierno en 1972 la niña Rosa María, de 7 años, mendigaba una moneda a los transeúntes del "Barrio Chino", entre las calles Bandera, Puente y San Pablo de la comuna de Santiago en un céntrico sector colindante a la estación Mapocho lleno de bares, hoteles de paso y prostíbulos, donde el hampa santiaguina y la bohemia de los bajos fondos se encontraban noche tras noche:

> "[…]*una pequeña mano, sucia, temblona, se nos estiró pidiendo una monedita* […]*La manito seguía tendida, implorando, pidiendo, mendigando. En una fracción de segundo pasaron echando carrera dos Ovalle Negrete. Algunos transeúntes corrieron. Otros, de mirar torvo y andares sigilosos, permanecieron cerca de las 'picadas'. De punto fijo.*
>
> *'Señorita, una ayudita'. Unos pequeños ojos muy abiertos, llorosos, que en el fondo tenían una luz de expectativa, nos miraban. 'Una ayudita'.*
>
> - *¿Cómo te llamas?*
>
> - *Rosa María.*
>
> - *¿Y tu apellido? – La niña se encoge de hombros. Puede significar que no lo sabe o no lo quiere decir.*
>
> *Varios hombres se acercan a ver qué sucede. ¿Cogoteros? ¿Cafiches? ¿Jugadores profesionales?*
>
> *Quizá de todo un poco. Estamos en el Barrio Chino, donde lo ilícito es legal y las leyes las impone el hampa. Sitio predilecto de 'pelusitas', que disfrazan su vagabundeo vendiendo mejorales, calugas o peinetas. O simplemente no lo disfrazan y viven de caridad pública.*
>
> - *¿Cuántos años tienes? – Rosa María me mira inquisitiva, desconfiada.*

No está segura de que debe contestar. 'Siete', dice finalmente[…].

- *¿Dónde vives? – hace un gesto con la mano*[…]-. *'Por ahí, con el Lucho y el Mario'.*

- *¿Y tus papás?*

No tengo, vivía con una tía, pero me pegaba, así que me arranqué […]"[1].

Rosita era una niña irregular, una niña huida de su casa producto de los malos tratos de los que era víctima. Ahora vivía en la calle, allí mendigaba hasta altas horas de la noche. Luego, se retiraba a dormir a alguna caleta con niños mayores que ella, que estaban en la misma situación, pero que por sus edades que rondaban los 15 años ya no provocaban en los transeúntes la misma sensación de lástima que provocaba Rosita. Seguramente los muchachos le habían advertido de la "mosca azul", de la policía de menores que rondaba el barrio Mapocho, llevándose a los pelusitas que terminaban confinados en alguna de las instituciones colaboradoras del Coname.

Durante el siglo XX, miles de niños y niñas fueron expulsados por la miseria y la violencia acumulada en los intersticios marginales de la sociedad hacia las calles de Santiago y los puentes del Río Mapocho. Como ella, un sinfín de niñas salían noche a noche a vender flores marchitas o a "tarjetear" por la madrugada en las fuentes de soda de la Alameda, esperando alguna moneda, expuestas al abuso y a la violencia de la explotación sexual comercial. De Rosita y de otros niños y niñas de la calle habla este texto.

Niños vagos, irregulares, anormales, pre-delincuentes, huérfanos, abandonados, palomillas, pelusas, "verdaderos animalitos", desertores escolares, niños trabajadores, "neoprénicos", entre tantos otros

---

[1] "El mundo trágico de los pelusas", Revista *Ramona*, año 1, número 43, Ed. Quimantú, 22 de agosto de 1972, s/n.

apelativos, describen las representaciones que la sociedad chilena ha tenidos de los niños de la calle durante el siglo XX. El río Mapocho, su cauce y sus puentes, los ha atraído históricamente, allí jugaron y también sufrieron. Desde fines del siglo XIX, el entorno social y cultural del Río, La Vega, el Mercado y la sociabilidad popular gestada a partir de cíclicas oleadas migratorias que traían a los pobres expulsados del campo y las faenas mineras, fue el espacio donde aprendieron a sobrevivir. En cada crisis económica, cientos de niños llegaban al Mapocho, recorrían sus calles y buscaban, junto a sus pares, sobrevivir a la crisis vital que les aquejaba. Cada uno de los niños mencionados, individualizados o figurados como parte de un tipo social, fueron sobrevivientes del desastre histórico que aquejó durante todo el siglo XX a un sector inmenso de la sociedad chilena. La "Cuestión Social", a inicios del siglo XX, el cierre de las salitreras y la crisis económica del 29, los desastres naturales como el terremoto de 1939, la inflación y la escasez en la década de los 70, la crisis económica en la década de los 80, entre otras catástrofes estructurales, hicieron que cientos de niños buscaran refugio en los intersticios de la urbe santiaguina.

La presente investigación busca reconstruir algunos aspectos poco desarrollados de la historia social de los niños de la calle, especialmente los que habitaron el sector del Río Mapocho y sus puentes. Desde distintas perspectivas, se busca recrear: la vida de la infancia abandonada por el mundo adulto durante los procesos de modernización de la vida santiaguina, siguiendo como hilo conductor el desarrollo urbanístico y cultural del entorno del Barrio Mapocho y su relación con los sujetos históricos. Además, identificar la respuesta de la sociedad y de las instituciones al fenómeno de la vagancia infantil; las representaciones del mundo integrado respecto a los niños que se encontraban fuera de los cánones sociales, de la escuela y la familia; los modos y estrategias que fueron desarrollando durante las distintas etapas de la historia urbana de Santiago y de sus propios desarrollos evolutivos, para sobrevivir.

Para la reconstrucción histórica, se ha acudido a una diversidad de fuentes tanto escritas como orales: diarios y revistas; libros, folletos e informativos; afiches, fotos y películas; leyes y decretos que forman parte de las huellas que se han seguido para reconstruir un aspecto de la historia de la infancia poco estudiado. A partir de estas y a través de un análisis historiográfico, se ha procurado reconstruir y representar la vida de sujetos que no produjeron sus propias huellas, es decir, de niños que sufrieron en sus cuerpos el abandono, el desdén y el abuso de la sociedad y el mundo adulto; generaciones completas de niños pobres que vivieron lo peor que el sistema social podía darles.

En términos temporales, se ha excedido de los límites del siglo XX con una intención pedagógica, en tanto existen procesos de larga duración que solo pueden ser explicados en esa lógica. Por otro lado, se ha decidido terminar en 2005 al ser la fecha del primer catastro para personas en situación de calle considerado uno de los antecedentes centrales de la instalación de la política social dirigida a personas en situación de calle en Chile, que abre una nueva etapa en el vínculo de estos sujetos con el Estado.

Finalmente, y desde la perspectiva conceptual, en la reconstrucción histórica utilizamos el lenguaje de cada período, por lo que en algunos pasajes hablamos de niños vagos y en otros de niños de la calle, a sabiendas del peso y la significación histórica de las nociones en el tiempo en que se utilizan.

Capítulo I

El Río Mapocho y su espacio circundante: la sociabilidad popular

El río Mapocho como espacio en disputa

El Río Mapocho y su espacio circundante ha sido fundamental para los habitantes del Valle de Santiago, incluso antes de la fundación de la ciudad en el siglo XVI. Pedro de Valdivia, habría decidido la fundación de la ciudad que nombraría como Santiago de Nueva Extremadura, considerando estratégicamente el curso de agua del Mapocho y sus afluentes, los que, tal como señalan historiadores como Gonzalo Piwonka[2] y Armando de Ramón[3], ya eran utilizados por los pueblos originarios del valle del Mapocho para la agricultura y el consumo humano. Y al igual que en la capital virreinal la Plaza de Armas de Santiago, fundamental en el proceso de conquista y desde donde se proyectó la ciudad. Así, la historiografía sobre el período ha demostrado que los españoles fundaron la ciudad de Santiago, aprovechando los asentamientos humanos indígenas promovidos por la expansión incaica, incluyendo la red de canales de regadío. Con todo, en el proceso de conquista y posteriormente en el período colonial, el río Mapocho determinó parte importante de la vida de los habitantes de la naciente capital del reino de Chile.

La ciudad de Santiago de Nueva Extremadura, fue trazada a la usanza de las ciudades españolas, como un tablero de damas o de ajedrez, que se proyectaba desde el centro administrativo y militar, representado en la Plaza de Armas, hacia sus límites en los cuatro puntos cardinales. En sus primeros años, y luego de manera esporádica a través del tiempo, el río Mapocho surtió de agua para el consumo humano a los habitantes de la ciudad, estando el principal abrevadero en la misma Plaza de

---

[2] Gonzalo Piwonka. *Las aguas de Santiago de Chile, 1541-1741*. Tomo I. Santiago, Ed. Universitaria, 1999

[3] Armando De Ramón. *Santiago de Chile (1541-1991): Historia de una sociedad urbana*. Editorial Catalonia, 2018.

Armas. En estos primeros años, el río Mapocho contaba con dos brazos[4], uno de un caudal importante por el norte y otro de un caudal débil e intermitente por el sur, conocido como "*la cañada*" (actual Alameda Bernardo O'Higgins), y que producto de un uso más intensivo para actividades agrícolas, casi se habría secado, llevando un caudal ínfimo hacia fines del siglo XVI.

Los habitantes del Santiago colonial vivieron las crecidas del río Mapocho producto de las lluvias de invierno y de los deshielos de primavera, que hacían que el cauce entrara a la ciudad avanzando por Monjitas, Santo Domingo y San Pablo tomando su antiguo cauce de la cañada y causando fatídicas inundaciones. La relación de los habitantes de Santiago y el río se fue complejizando en la medida que la ciudad lentamente crecía. Santiago era una ciudad colonial en formación, algo más que una gran aldea, y la sociedad que la habitaba comenzaba a tomar decisiones respecto a su relación con el río. Por una parte, las autoridades decidieron que las casas habitaciones se alejaran de su cauce dejando 300 metros libres de ribera y por otra, se comenzaría la labor de controlar las fuerzas naturales del río[5], hecho que irá definiendo culturalmente gran parte del desarrollo de la ciudad de Santiago.

La necesidad de protegerse de las crecidas del río se hacía cada vez más urgente y tempranamente los gobernadores comenzaron a proyectar las obras que buscarían mitigar este fenómeno natural que afectaba a la naciente ciudad. Una de las construcciones más reconocidas por la historia urbana de Santiago son los Tajamares del río Mapocho, obra de ingeniería construida en diferentes momentos de la Colonia, que

---

[4] Gonzalo Piwonka, "Las Aguas del Mapocho". En: *Mapocho, Torrente Urbano*. Santiago, Matte Editores, pp. 60-91, p. 36. Aquí el historiador polemiza esta aseveración, señalando que esto sería más bien un mito repetido por Vicuña Mackenna y luego reproducido por la historiografía chilena, sin mayores fundamentos.

[5] Miguel Laborde. "El Mapocho Nuestro". En: *Mapocho, Torrente Urbano*. Santiago: Matte Editores, pp. 39-59. 2008, p. 46.

fueron terminados a fines del siglo XVIII[6]. Se trataba de muros de contención hechos de ladrillo y piedras, que hacia fines del siglo XIX y producto de la canalización del río Mapocho, ya no fueron útiles, debido a esto la intendencia de Santiago, decidió su demolición en 1888.

El río Mapocho, como una especie de frontera, dividía la ciudad en dos, desde la ribera norte la tierra rica para la agricultura, fue entregada como mercedes de tierra en los primeros años de la Colonia, principalmente a la Iglesia Católica y una buena parte reservada para Pedro de Valdivia e Inés de Suárez. Por el lado de la ribera sur, se emplazaba la ciudad propia de los vecinos de Santiago. En este contexto, los puentes fueron fundamentales en la unión de ambas riberas del río. El primero de ellos, de madera, se comenzó a construir 1669 y fue encargado por la obra franciscana con el objetivo de conectar la ciudad culta con el sector de las chacras de la Chimba, lo que hoy día es la plazoleta de la Posada del Corregidor, frente a Avenida Recoleta. Este puente fue un paseo típico de los habitantes de Santiago hasta 1877, fecha en que una crecida del río lo arrastró y lo hizo desaparecer[7]. Otra obra de ingeniería importante en el período colonial en la unión de ambas riberas, fue el mencionado puente de Cal y Canto construido durante el mandato del Corregidor Zañartu. El puente, que inició sus trabajos en 1767, fue construido por presidiarios de la ciudad "a ración y sin sueldo" (trabajo forzado), finalizado hacia 1782, tal como lo señalan las actas de Cabildo de Santiago:

> […]que de orden verbal del mui Señor Presidente i de los señores Ministros del mismo Cabildo, está sacando piedra del cerro

[6] Justo Abel Rosales. *Historia y tradiciones del Puente Cal y Canto*. Santiago, Imprenta "Estrella de Chile", 1888, passim.

[7] Tamsin Sepúlveda. *Río Mapocho: legado geográfico y cultural de un torrente urbano en la ciudad de Santiago de Chile*, Memoria para optar al título de Geógrafa, Universidad de Chile, 2021.

> para su construcción, en cuyo trabajo tiene empleados ochenta reos [...] i que de este modo tengan destino los reos condenados al trabajo público i los muchos mas que actualmente se halen en la cárcel[...][8].

Los presos debían traer las piedras para la construcción desde el Cerro Blanco, denominado en aquel entonces Huechuraba, como el cacique que había gobernado la zona. La edificación del puente estuvo a cargo del mismo corregidor Zañartu, quien envió a levantar un presidio provisional en la ribera norte del Río y de esta manera "*Todos los presidiarios, acollarados por los pies de a dos, con sólida cadena, fueron instalados en la ribera del rio*". También se hizo una casa con mirador cercana a las obras con el fin de controlar lo que allí pasaba. Viendo que el proceso de construcción se extendía demasiado en el tiempo, y con el fin de acelerar las obras, el Corregidor comenzó a realizar razias contra el "bajo pueblo", incursionando en los arrabales de la ciudad, en busca de mano de obra forzada. Justo Abel Rosales lo describe en las siguientes líneas:

> Pero notó Zañartu, poco después de iniciados los trabajos de construcción del puente, que no eran suficientes los presidiarios para atender a las multiplicadas tareas, i para aumentar la jente recurrió a arbitrios que lo hicieron temible del pueblo. Empezo por recojer a todos los vagos i mal entretenidos que se encontraban en la ciudad i sus arrabales, i, previo el pago de algún jornal cuando no tenian delito ni falta que purgar, los puso al trabajo. Luego arrió con todos los bebedores, jugadores, pendencieros, etc., i del mismo modo los llevó al rio a ocuparlos sin sueldo,

[8] Actas del Cabildo, 9 de octubre de 1767, citado por: Justo Abel Rosales, *Historia y tradiciones del Puente Cal y Canto*. Santiago, Imprenta "Estrella de Chile", 1888, p. 13. Se mantiene la ortografía de la época en todos los documentos del presente texto.

> condenados a tantos dias de trabajos forzados. Ademas, lo amos empezaron a mandar a sus esclavos […]. La cadena del puente era el castigo mas terrible[9].

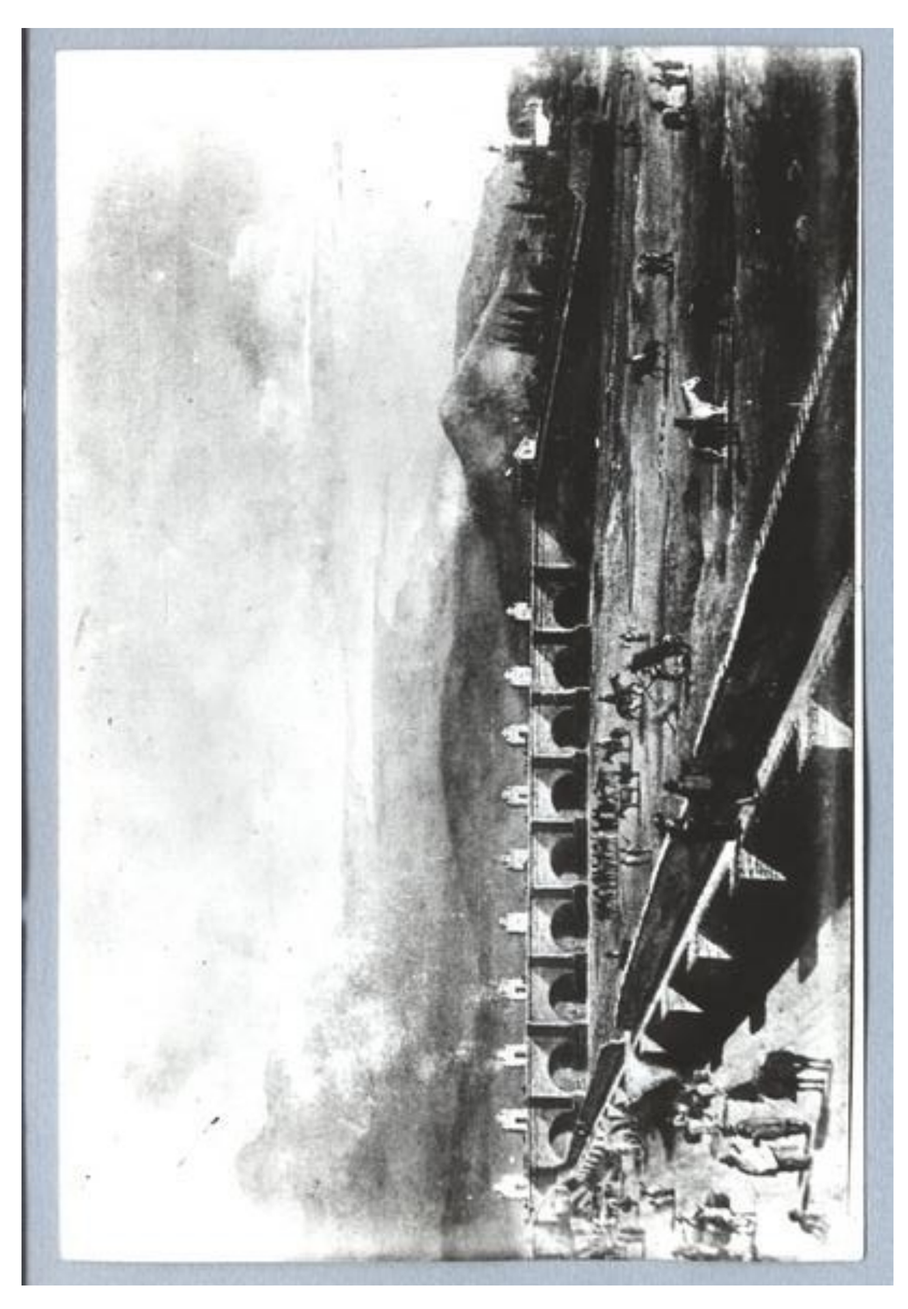
La construcción del puente de Cal y Canto, como un intento de superar los límites impuestos por la naturaleza, sería también una de las mayores obras de ingeniería que conoció el Santiago colonial, junto a los Tajamares del Río Mapocho; su construcción fue posible gracias a la explotación de la mano de obra de los reos condenados a trabajos forzados en obras públicas, pero también por una grupo de individuos que se transformarán en un tema de preocupación para los vecinos de la ciudad, los "vagabundos y malentretenidos" y sobre todo, como lo planteó Mario Góngora, una práctica considerada peligrosa en el período, el "vagabundaje", que se torna habitual en las sociedades fronterizas, como lo era la chilena durante el inicio del período colonial. De acuerdo a Góngora:

> El vagabundo puede asimilarse al bandolerismo, cuando es agresivo, o a la mendicidad, si es pacífico; pero, en el fondo, no se identifica nunca duraderamente con estas formas fijas y como institucionalizadas; si se confunde con ellas, es porque la necesidad de subsistencia o de defensa lo obliga pasajeramente a ello[10].

---

[9] Justo Abel Rosales, *Historia y tradiciones,* op. cit., p. 13.

[10] Mario Góngora, "Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile, s. XVII-XIX", en: *Cuadernos del Centro de Estudios Socioeconómicos*, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Chile, 1966, 1-41, p. 2.



Tajamares del Río Mapocho [fotografía]. Sala Medina. Disponible en Biblioteca Nacional Digital de Chile http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/635/w3-article-330997.html.

El vagabundaje implicaba el deambular: el "*andar andando*"[11] propio de grupos de peones jóvenes, mestizos, que deambulaban por el Valle Central y las faenas mineras del Norte chico. También se les podía encontrar en "tabernas, ramadas, canchas de bolos, o por ser pendenciero, borracho, pleitista, etc."[12]. La documentación legal del período habla del "vago", no errante, el "malentretenido" sedentario. Las penas, asociadas a hechos tales como robos de animales, peleas, u otras actividades de la vida privada reglamentadas por la justicia, habitualmente eran el trabajo obligatorio "a ración y sin sueldo", en obras públicas de la capital, tal como pudimos apreciar en la construcción del puente de Cal y Canto, pero también la relegación hasta por diez años a los penales de Valdivia o Juan Fernández.

Urbanización y entorno del Barrio Mapocho a inicios del S. XX

Desde fines del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX, es probablemente el tramo temporal en donde más modificaciones urbanísticas sufrió el río y su entorno. Es el período de las obras de contención y rectificación del río, y coincide con el crecimiento de la urbanización del barrio de la Chimba y la construcción de edificios que albergaban instituciones fundamentales en el proceso de modernización de la ciudad de Santiago, como lo fueron el Desinfectorio Público (1892), el Cementerio General (1821), la Cárcel Pública (1892), la Estación Mapocho (1912), el Mercado Central (1869), entre otras, en el contexto del crecimiento de la ciudad y del aumento de la influencia del higienismo como ideología

[11] Dionisio Faundez, citado por Góngora, p. 28.
[12] Mario Góngora, "Vagabundaje…" op. cit., p. 29.

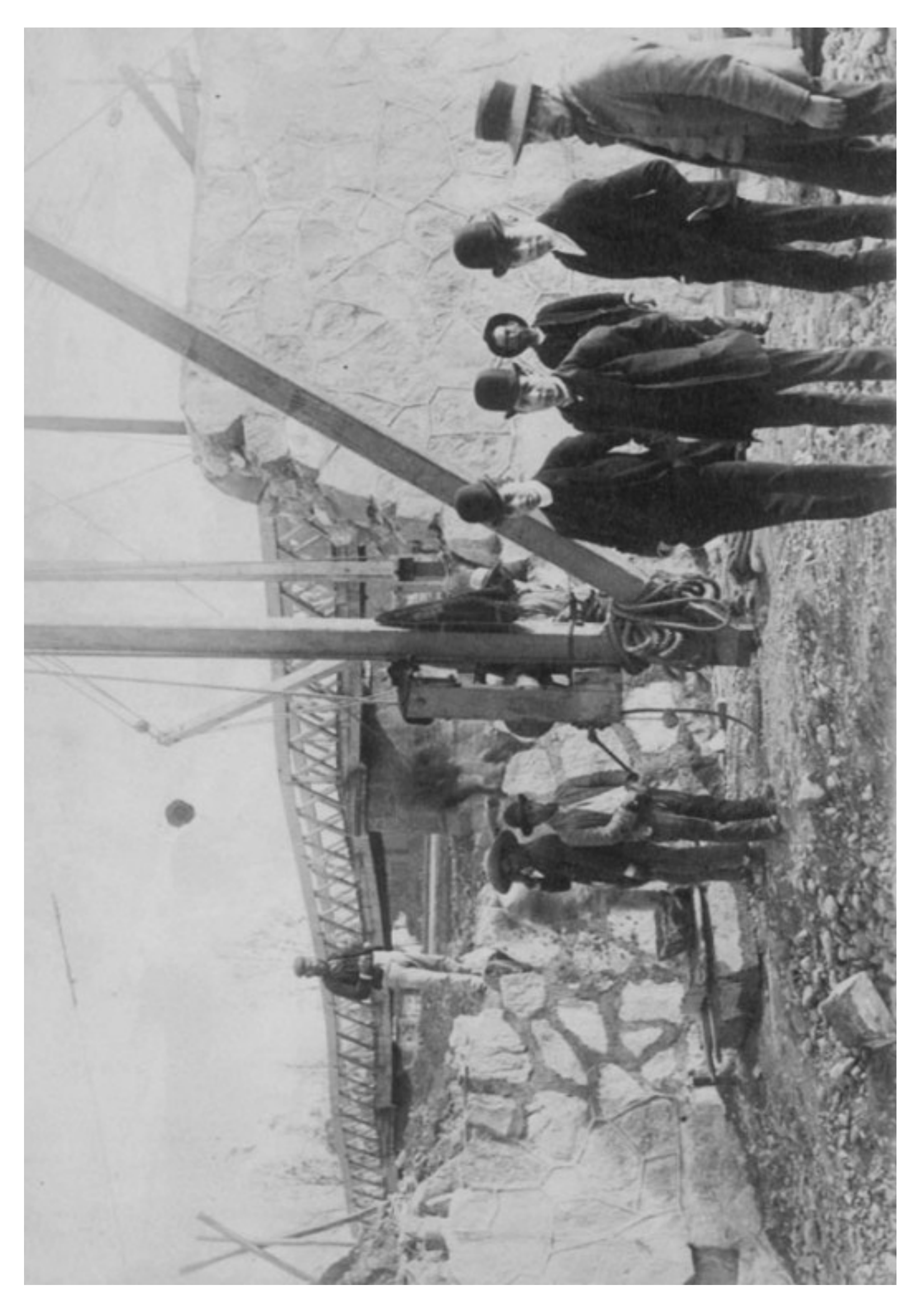
sanitaria y política[13]. Lejos de debilitarse, producto de las intervenciones urbanísticas, la zona comercial se vio fortalecida por la construcción de puentes de acero, del parque Forestal y del Centenario, como remanentes del terreno ganado al río luego de su canalización, atrayendo el interés de los comerciantes y de los habitantes de Santiago en general.

El río Mapocho y sus alrededores tempranamente fue un lugar de comercio y de esparcimiento del mundo popular, era el límite norte entre el mundo rural y urbano que caracterizaba la vida en Santiago desde inicios de la Colonia. Sobre el comercio de productos agrícolas, existen registros incluso precolombinos. Es en este sector en donde comenzaba el denominado camino del Inca, hoy conocido como Av. Independencia. Posteriormente en el s. XIX se ubicarán el Mercado Central en el sector sur del río y la Vega Central en el sector norte. Por otra parte, y si bien la ribera del río no fue ocupada por los vecinos de Santiago, si fue ocupada tempranamente por sectores marginales de la población, incluso en tiempos coloniales, la ribera del río era habitada por indígenas y por el naciente "bajo pueblo", y que, pese a sus crecidas, emplazaban sus rancheríos levantados para vivienda y ramadas. En estas últimas es en donde se vendían bebidas alcohólicas y comida, especialmente frituras, como lo demuestra la historiografía social[14], principalmente en la ribera Norte, sector habitado incluso por la élite santiaguina. Este era el límite del sector conocido popularmente como Barrio de la Chimba al norte del río Mapocho, más al poniente cerca del puente de Cal y Canto se realizaban faenas populares de extracción de arena y había un basural en donde los pobres de la ciudad buscaban alimentos o cosas para vender, como huesos para la construcción de peines, dados o botones.

---

[13] Manuel Durán. "Medicalización y disciplinamiento. La construcción higienista del espacio femenino, 1850-1920", en *Nomadías*, 9, 2009, passim.

[14] Gabriel Salazar. "La mujer de "bajo pueblo" en Chile: bosquejo histórico". *Proposiciones*, 1992, vol. 21, p. 64-78, passim.



Canalización Río Mapocho a fines de 1880. [Fotografía], colección Enterreno Chile, 1880, Archivo Enterreno (https://www.enterreno.com/moments/canalizacion-rio-mapocho-a-fines-de-1880-s-1724). Dominio Público

A fines del siglo XIX, en el contexto económico del *boom* salitrero y cultural de la *Belle Epoque*[15] vivida por la "élite" santiaguina, y por impulso del Intendente de Santiago Benjamín Vicuña Mackenna, se comenzó un plan de modificación urbana de Santiago, que incluía entre otras muchas obras, la canalización del río, la construcción de puentes y de un camino de cintura que fuera el límite entre la "ciudad culta" y la "ciudad bárbara"[16]. Los políticos, miembros de la clase alta santiaguina, que elaboraban los planes de cambio urbano, tenían como referente a las ciudades europeas del período, en especial la canalización del río Sena, en Francia.

La canalización del río Mapocho, implicó a la ciudad de Santiago ganar un importante terreno al río y se veía como una forma de mejorar las condiciones sanitarias de Santiago y además como un excelente negocio, es por esto que la traza del canal se hizo priorizando la ganancia de terrenos al sur del río, sector en donde el precio del suelo era más caro, como lo demuestra Castillo[17]. El plan de canalización que terminó posteriormente al mandato de Vicuña, implicaba la construcción de tres puentes de acero y la destrucción del puente Cal y Canto. También permitió, ya a comienzos del S. XX, el trazado e implementación del Parque Forestal, en los terrenos "ganados al río".

El higienismo, corriente de pensamiento médico y social, surgido en el contexto europeo de la lucha contra las enfermedades infectocontagiosas en el siglo XIX, que veía en las costumbres del mundo popular gran parte de las afecciones de la sociedad del período, se alojaba en las ideas de la clase política y se proyectaba en la tarea de planificar el cambio

---

15 Manuel Vicuña. *La belle époque chilena: alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo,* Editorial Sudamericana, 2001, passim.

16 Simón Castillo. *El barrio Mapocho y el parque Forestal: espacio público y representaciones de la ciudad en Santiago de Chile (1885-1900).* Tesis para optar al Grado de Magíster en Historia, Universidad de Chile, 2008, p. 15 y ss.

17 Ibid., p. 141.

urbanístico de este sector de la ciudad. En primer lugar, para poder realizar la canalización, era necesario sacar los ranchos, chinganas y cocinerías de la ribera del Mapocho, así como a los areneros y, en conjunto a estas medidas, proyectar la construcción de dispositivos para el control social de enfermedades infectocontagiosas que afectaban a los habitantes de la ciudad.

Paralelamente, el Código Penal de 1874 hizo carne la preocupación que los vecinos de Santiago y las autoridades mantenían desde la época colonial, persiguiendo a los sujetos considerados vagos y las personas que ejercían la mendicidad[18]. Se penaliza con prisión o multa al que contravenga el orden público, al encargado de animales feroces o dañinos, al que ofendiera el "pudor y las buenas costumbres", la embriaguez, al que se "bañare quebrantando las reglas de decencia", las riñas en público, los juegos de azar en las calles y plazas, etc. Es decir, se reglamenta una serie de aspectos de la vida cotidiana del bajo pueblo. En este contexto, es que en 1887 se comenzó a construir la Cárcel Pública en un sector cercano al Río Mapocho.

Ciertamente el sector central del río Mapocho, entre los puentes del actual Pio Nono e Independencia, tuvo un desarrollo semi industrial y comercial significativo hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, con la inauguración de la Estación Mapocho en 1912, de nuevos ramales que la conectaban con el sector poniente de Santiago y la comentada canalización del río Mapocho, en el contexto del auge económico del *boom* salitrero.

En contraste al crecimiento y modernización de la ciudad de Santiago, las condiciones de vida de los pobres de la ciudad eran deplorables[19], a la escasez de servicios básicos, la situación habitacional en los ranchos

---

18 Marco Antonio León León. *Las moradas del castigo. Origen y trayectoria de las prisiones en el Chile republicano (1778-1965)*, Centro de Estudios Bicentenario, 2019, p. 56.

19 Vicente Espinoza. *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Ediciones Sur, 1988.



Desde la Estación Mapocho hasta el Cerro San Cristóbal en los años '30s [Fotografía], colección Enterreno Chile, 1930, Archivo Enterreno (https://www.enterreno.com/moments/desde-la-estacion-mapocho-hasta-el-cerro-san-cristobal-en-los-anos-30s). Reconocimiento – No Comercial (by-nc)

y conventillos, la alta morbilidad y una de las tasas de mortalidad infantil más altas del mundo, se sumaba el aumento del fenómeno de la vagancia y la mendicidad[20] tanto de adultos como de niños, acentuado por las crecientes migraciones campo ciudad y faenas salitreras-ciudad, producto del cierre de estas últimas desde la década de 1920 a 1950, la ciudad no estaba preparada para acoger estas oleada migratorias internas, hecho que afectó las ya precarizadas condiciones de vida de la naciente clase obrera.

El declive del *boom* salitrero y la gran depresión económica afectaron de manera crítica a los sectores populares chilenos, es a partir de 1930 y hasta 1960 cuando se pueden observar movimientos importantes de población al interior del país, fenómeno que venía ocurriendo desde mediados del siglo XIX. El cierre de las oficinas salitreras provocó que cerca de 60.000 personas abandonaran el norte de Chile y se dirigieran a los centros urbanos, en especial a Santiago. No menor fue el impacto de la suspensión de las exportaciones de productos agrícolas, lo que provocó el aumento del desempleo en el campo y el consecuente movimiento de trabajadores en búsqueda de nuevas y mejores oportunidades en los centros urbanos. El historiador Armando de Ramón señala que hacia 1932, los contratos del ámbito de la construcción en Santiago, habían bajado en un 66% en relación con 1929. Además de las consecuencias macroeconómicas para el país, esto significó un aumento sin precedentes de la cesantía en el país. En el mismo año, se calculaba en cerca de 300.000 la cifra de cesantía[21]. Para la Liga de las

---

20 Luis Alberto Romero. *¿Qué hacer con los pobres?: Elites y sectores populares en Santiago de Chile 1840-1895*. Ariadna Ediciones, 2017.

21 Armando de Ramón. *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una Ciudad Urbana*. Ed. Mapfre, Madrid, 1992, p. 257.

Naciones, Chile era uno de los países más afectados por la depresión mundial de 1929[22].

Los análisis demográficos del período de 1930 a 1960, indican que la mayor parte de los migrantes eran de sexo femenino, excepto entre los rangos de entre los 20 a 24 años de edad, y que el rango etario principal entre los migrantes fue de entre los 10 a los 14 años[23]. Los niños y niñas acompañaban a sus madres, pero también migraban solos debido a situaciones económicas, por ser abandonados o por quedar huérfanos. Este fenómeno coincide con los relatos de la época en que el río Mapocho albergó a gran cantidad de niños vagos[24].

Las migraciones internas no hicieron más que acentuar los problemas sociales en las clases populares, especialmente los asociados a la vivienda y salud. Como se ha mencionado, el problema de la morbilidad general de la población producto de la presencia de enfermedades infecciosas y epidemias, especialmente de Viruela, es crítico. A eso se suma la alta tasa de mortalidad, principalmente infantil, que, hasta la década de 1960, fue de las más altas del mundo[25].

La expansión de la urbe, producto del crecimiento vegetativo de la población y de las migraciones campo ciudad, impactó profundamente la configuración de la zona urbana conformada por el barrio Mapocho. El sector de La Vega y el Mercado Central atraía a una gran cantidad de personas a este polo comercial, gracias a la red de tranvías eléctricos y posteriormente con la incorporación del motor diésel en el transporte

---

22 Patricio Meller. *Un siglo de economía política chilena 1890-1990*. Ed. Andrés Bello, Santiago, p. 48

23 Arthur M. Conning. *Estimación de la migración interna neta, clasificada por edad y por sexo, en las provincias y regiones de Chile durante los años 1930-1940, 1940-1952 y 1952-1960*. CELADE, 1968.

24 Alfredo Gómez Morel. *El Río*. Editorial Orbe, Santiago de Chile, 1969.

25 Carla Segovia & Miguel Trina. *Vida y muerte en una periferia de Santiago, Barrancas 1884-1969*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, 2001.

público. Desde la década de 1950, algunas líneas de micros tenían su paradero aledaño a lo que hoy día se conoce como mercado Tirso de Molina. También este espacio era elegido por los pobres de la ciudad, ya fuese para realizar actividades comerciales, como vendedores ambulantes o vendedores informales, ganando espacios en el puente de acero o "de los carros", en el desaparecido Luna Park o en los pasillos de La Vega.

La Estación Mapocho, por su parte, construida en el entorno ganado al río luego de su canalización a inicios del s. XX, fue una de las obras del centenario de la República, inaugurada en 1912, su diseño fue encargado Emilio Jequer, arquitecto francés que mandó a construir su bóveda de fierro forjado en Francia y Bélgica[26]. La estación unía a Santiago con las ciudades de Valparaíso e Iquique, y con las ciudades de Mendoza y Buenos Aires, a través del Ferrocarril Trasandino Los Andes-Mendoza. De esta manera, un pasajero que llegaba a la estación Mapocho, tenía como una de sus primeras imágenes de la capital, la imponente arquitectura de la estación y la popular imagen del Río Mapocho.

Por su parte, el "barrio chino" de la calle Bandera con sus cafés, cines, *boites* y cabarets, fue parte del entorno popular cercano al río Mapocho, su impulso se habría producido debido a la instalación de la estación de trenes[27]. Los bares y restaurantes que allí se encontraban fueron intensamente visitados tanto por la bohemia como por el hampa santiaguina.

---

[26] Alfonso Calderón. *Memorial de la Estación Mapocho*, Santiago, RIL Ediciones, 2005, p. 25 y ss.

[27] Cristian Salazar. *La vida en las riberas, crónica de las especies extintas del Barrio Mapocho*, Ed. Urbatorium, 2011, p 17.

También, y de manera temprana, en términos históricos, este sector verá el surgimiento y mantención de fenómenos de mendicidad, vagancia y delincuencia, cuyas expresiones han sido relatadas en una variedad de textos literarios y biográficos[28], como es el caso de la novela autobiográfica El Río, de Alfredo Gómez Morel, que a través del relato de su experiencia de vida como niño pelusa del Mapocho, repasa su experiencia cotidiana en este sector, desde un particular punto de vista, mostrando la crisis del mundo popular y su conformación como espacio de sociabilidad desde 1930 a 1950 aproximadamente. Relato que concuerda con las representaciones que la historiografía social ha hecho del mundo popular adyacente al Mapocho en el mismo período. Un mundo de comerciantes informales, de prostitución, de niños vagos que viven bajo los puentes del Mapocho, del hampa, sus códigos y sus significaciones, hombres, mujeres y niños que las ciencias sociales a partir de la década de 1960 comenzaron a circunscribir en la definición de "marginales".

A pocas cuadras del mundo popular, se encontraba el barrio propio, con casas bares y cafés estilo europeos, como la Confitería Torres o el *Tea Room* del Gath y Chaves, por donde paseaban los artistas y las familias: damas y caballeros de la alta sociedad santiaguina, o el Café del Hotel Crillón, frecuentado por Joaquín Edwards Bello hacia 1935. Aún avanzado el siglo XX, se podía ver a la bohemia capitalina en las tertulias literarias y en los bares imitando a los intelectuales franceses de principios de siglo de la *Belle Epóque*[29]. O las misas en la Catedral de Santiago los días domingo donde desfilaba la familia santiaguina de bien, con sus mejores trajes, imagen que tanto impresionó a la diplomática mexicana Aida Cuéllar en su visita a Santiago, en el contexto del centenario del nacimiento de José Toribio Medina, en 1952:

---

[28] Mauricio Gómez. *Marginalidad y realismo en la narrativa de bajos fondos chilena 1955-1973: el caso de Luis Rivano*, Tesis para optar al grado académico de Magíster en Literatura, Universidad de Chile, 2019.

[29] Manuel Peña Muñoz. *Los Cafés Literarios en Chile*. Santiago: RIL Editores, 2001, passim.

> Al día siguiente era domingo, y asistimos a misa en la hermosa Catedral de Santiago – edificio construido en el siglo XVIII-, que con el Palacio de la Moneda, forman la única riqueza colonial de esta ciudad.
>
> Después nos fuimos a andar por las calles, sorprendiéndonos el desfile de elegantes damas y apuestos oficiales con sus uniformes de gala; o de señores vestidos con tanta dignidad, como si fueran asistir a alguna importante fiesta matutina. Caminando llegamos hasta el parque principal, donde una banda de músicos, magnífica, ofrecía un concierto de piezas sinfónicas. Sin poder contener ya nuestra curiosidad, interrogamos:
>
> -¿Celebran alguna fiesta patriótica? La señora del Embajador cubano sonrió – más que con la boca con sus hermosos ojazos verdes- respondiendo:
>
> -No querida: en Santiago, son así todos los domingos[…].
>
> ¡Comprendimos porqué están orgullosos los chilenos de su Capital! Santiago de Chile es una ciudad hermosa y moderna, con personalidad propia[30].

La ciudad de Santiago hacia 1950 aún presentaba esta dicotomía, por una parte, la "ciudad bárbara" y sus arrabales, el río Mapocho y su entorno en donde se desarrollaba la sociabilidad popular santiaguina; por otro lado, la *Belle Epoque* con resabios de un pasado no muy lejano en donde las clases acomodadas imitaban los paseos y tertulias de tipo europeos.

---

30 Aida Cuéllar. "Evocación de Chile", en: *América*, vol. XXXVII, noviembre de 1952, p. 10.



Estación Mapocho en 1928 [Fotografía], colección Francisco Elías Calaguala Almendro, 1928, Archivo Enterreno (https://www.enterreno.com/moments/estacion-mapocho-en-1928). Reconocimiento - No Comercial (by-nc)

Capítulo II

Las grietas de la modernidad santiaguina: primera crisis de la infancia en la calle (1900 – 1940)

Representación y condiciones de vida de la infancia popular en el cambio del siglo

Rastrear la representación de la infancia en la historia de Chile es una tarea compleja, en tanto no abundan los registros que den cuenta de su existencia como grupo social. En el período colonial aparecen de manera periférica en los archivos judiciales y de manera masiva, pero seriada, en los registros de nacimiento parroquiales. También los podemos observar representados en el arte, especialmente en la pintura barroca, tal como nos lo señala Jorge Rojas para el caso chileno. El barroco americano se caracterizó por tener como motivos escenas sagradas, en ellas podemos observar que las figuras infantiles se representan con rasgos más bien adultos, figuras alargadas propias del manierismo europeo[31] en donde cuesta reconocer los rasgos infantiles. Es similar a lo que sucede con el arte medieval europeo, que tal como lo señaló Philippe Ariès a los niños de les representaba "[…]*como un hombre reducido, en miniatura* [...] *El niño era, pues, diferente del hombre, pero sólo por el tamaño y la fuerza, mientras que los otros rasgos seguían siendo semejantes*"[32]. En el mundo colonial, la identidad y la edad eran importantes sólo en relación a la pertenencia de las almas en el contexto de la fe católica. Era un mundo en el que se mantenían, por una parte la mentalidad medieval del español conquistador y por otra, la asociada a la naturaleza en los pueblos indígenas. En una sociedad poco tecnificada, los números e identidades eran importantes sólo para el conteo de las almas y de los impuestos eclesiásticos.

Superado, en términos formales, el período colonial, en la joven república no se manifestaba un interés especial por la infancia. Solamente

[31] Jorge Rojas. *Historia de la infancia en el Chile republicano*. JUNJI, Ocholibros, 2010, p. 25.

[32] Philippe Ariès. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus, 1987, p.15.

aparece la infancia pobre cuando la muerte, que era un fenómeno común en la sociedad tradicional chilena, comenzó a exceder a lo esperado en la época. A fines del siglo XIX, la mortalidad infantil ya era un problema que afectaba a la sociedad en su conjunto, llegando a ser una cuestión de salud pública hacia el cambio de siglo. Con el interés por los aspectos demográficos, surgió la necesidad de llevar la cuenta de cuántas personas nacían y morían en Chile. Así, del total de las defunciones ocurridas en Chile durante el año 1848, la mitad correspondía a niños de 0 a 7 años, mientras que para Santiago, el porcentaje ascendía al 78,5%[33]. En el período, aún no surgían las voces científicas del discurso médico, que con posterioridad intentarán llamar la atención de la opinión pública.

El avance de la modernización capitalista y la implementación de una mentalidad incipientemente técnica, así como la valoración por la exactitud y las mediciones en general, llevan al conteo de los primeros censos de población con carácter nacional a mediados del siglo XIX, y de manera más precisa a partir de la creación del Registro Civil y de Identificación en 1884. La imagen que se logra apreciar para el período a partir de las cifras que tenía su correlato en la existencia material de miles de familias pobres, es aterrador de acuerdo a datos de la Oficina Central de Estadísticas, puesto que entre 1892 y 1913 las defunciones fueron mayores que los nacimientos; lo mismo ocurrió en diferentes años, como por ejemplo 1919, 1921, estabilizándose hasta 1933, en donde la mortalidad nuevamente casi alcanza a la natalidad[34]. Este fenómeno de las altas tasas de mortalidad fue principalmente debido a la

[33] *Repertorio nacional formado por la Oficina de Estadística en conformidad del artículo 12 de la Lei de 17 de setiembre de 1847,* Imprenta del Progreso, Santiago, 1850, s/p. (cuadro). Citado por: Jorge Rojas, op. cit., p. 108.

[34] Carla Segovia & Miguel Trina. *Vida y muerte en una periferia de Santiago*… op. cit., p. 67 y ss.

mortalidad infantil, explicada, en el período en estudio, por las condiciones materiales de existencia de las familias pobres de Santiago.

La muerte infantil como fenómeno no fue un problema social sino hasta la segunda mitad del siglo XIX. La sociedad santiaguina mantenía características tradicionales, en donde la muerte de los niños era considerada, incluso, un descanso para sus almas. Hacia 1912, se repetían frases como "*es mejor que se haya muerto pequeño, cuántas cosas iría a sufrir si hubiera vivido; ángeles quiere el cielo, o estaría de dios que se muriera; si dios hubiera querido no se hubiera muerto*"[35]. Estas creencias se manifestaban en la religiosidad popular: una de estas era la celebración de "velorios de angelitos", una práctica asociada a la muerte de los niños en la primera infancia que, tanto en Chile como en otros países de América, fue desarrollada de manera masiva. El velorio de angelitos consistía en la celebración de la muerte de los niños considerados párvulos, menores de cinco años, a quienes se les ataviaba con alas y se le vestía de blanco, se les ponía en un altar y la familia y amigos "celebraban", a veces durante días, con comida, bebidas alcohólicas y cantos a lo divino; era habitual realizar una especie de procesión por las calles cercanas a la vivienda de la familia del niño fallecido[36]. Existen registros de esta ceremonia hasta mediados del siglo XX en Chile.

En las explicaciones sobre las causas de las altas cifras de mortalidad infantil, el discurso científico que va cobrando fuerza en la segunda mitad del siglo XIX, atribuía a la barbarie del pueblo, a sus costumbres, así como a las miserables condiciones de habitabilidad el origen del fenómeno. Así, en 1861, Pablo Zorrilla médico de la Universidad de Chile esgrimía que:

---

[35] "Causas de la mortalidad de los niños en Chile", en *Revista de Higiene Práctica* N°1, 1912, p. 18, citado en Carla Segovia & Miguel Trina, *Vida y muerte*… op. cit., p. 83.

[36] Karen Badilla & Macarena Pérez. *El velorio de angelitos: la comunidad metaforizando el mundo*. Seminario para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, 2002.



Reproducción de la pintura Velorio del Angelito. Chile, 1873. Oleo de Manuel Antonio Caro Olavarría. Copyright© "Colección Museo Histórico Nacional" Autor: Karl Richard Linderholm.

> […]el estado de semi - barbarie en que vive la jente del pueblo, domiciliada en un reducido e inmundo aposento, sin mas ventilador que una estrecha puerta, ni mas aire que respirar, en muchos barrios de la poblacion, que el cargado de emanaciones pútridas, el estado de miseria en que viven sus hijos, mal alimentados, mal vestidos, forman un conjunto de causas suficientes para enjendrar toda clase de fiebres; quien haya visitado los arrabales de Santiago, en particular los de la parte sur, se convencerá de estas verdades[37].

Se comenzaba a culpar a la familia, y en especial a las madres, de no saber cuidar a los niños y niñas, y se hacía énfasis en las creencias populares que incidían en el aumento de la mortalidad. Como ejemplos se daba el empacho y su cura, el mal cuidado de la dentición, el amamantamiento de nodrizas y el asistir a "charlatanes" al momento del agravamiento de las enfermedades[38]. Una de las soluciones que Zorrilla expone ante la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile, en 1861, es la intervención de la vida privada de las familias pobres, a través de la Sociedad de Beneficencia, como una especie de policía de la higiene:

> Del caso seria igualmente invocar la filantropía de la Sociedad de Beneficencia […]. Su cooperacion consistiria en nombrar una persona de su seno para que, apersonándose en cada manzana con la persona mas caritativa, le encomendara el trabajo de inspeccionar semanalmente las habitaciones de los pobres,

[37] Pablo Zorrilla. *Hijiene. Reseña de las causas de la mortalidad de los niños en Santiago, i medios de evitarlas. - Comunicacion de don Pablo Zorrilla a la Facultad de Medicina*. Anales de la Universidad de Chile, TOMO XVIII, Correspondiente al primer semestre de 1861, Imp. del Ferrocarril, 1861, p. 465.

[38] Pablo Zorrilla, *Hijiene*, p. 466 y ss.

> exhortándoles a practicar las leyes hijiénicas, el aseo, buen réjimen alimenticio, i todo lo que concierne al mejoramiento de la vida privada, mui particularmente en los niños[…][39].

Estas observaciones de la familia popular, desde el discurso médico y científico, se mantendrán durante el período, incluso avanzado el siglo XX. Abundan las cartillas y revistas de higiene dirigidas a las familias pobres, en especial a las mujeres, así como también los análisis de las causas de las enfermedades y de la mortalidad infantil. Las cartillas de puericultura, eran publicaciones médicas dirigidas al pueblo, sin embargo, no es posible tener claridad de su real alcance en una sociedad con bajos niveles de alfabetización. Ahora bien, estas cartillas como documentos del período, nos permiten observar la representación que se tenía de la familia popular, sobre todo de las prácticas de crianza y la visión sobre las costumbres populares por parte de la *intelligentsia* médica.

En 1912, Luis Calvo Mackenna, médico de la Universidad de Chile, director de la Gota de Leche, escribió uno de aquellos documentos, dirigido a las madres de Chile, en él da consejos de alimentación e higiene para el cuidado y la crianza de niños recién nacidos y hasta los 2 años de edad. En esta cartilla Calvo Mackenna señala que muchos de los niños que llegaban a los dispensarios, "*es por culpa de la madre o de las personas que los cría*" y que "*A los dispensarios van siempre muchos niños que se han enfermado por culpa de esos alimentos* [preparados], *porque las madres comienzan a dárselos siguiendo los consejos de alguna amiga*" y que, además, "*Son muchísimos los niños de pecho que llegan a los dispensarios con enfermedades graves causadas por la ignorancia o por la flojera de sus madres*[…]"[40]. Posteriormente

[39] Zorrilla, op. cit., p. 460.

[40] Luis Calvo Mackenna. *Lo que deben saber las madres para criar bien a sus hijos, Cartilla de puericultura al alcance del pueblo*, Imprenta Barcelona, 1913, p. 15.

señala, en relación a las costumbres de la clase popular que: "*Hay mucha gente que da a los niños comida, frutas y golosinas para que no se les* reviente la hiel. *Esta es una ignorancia muy grande de esas personas y la consecuencia de eso es que enferman a los niños, a veces con enfermedades muy graves y mortales*"[41].

Con todo, la situación de los niños en Santiago se fue agudizando en el cambio de siglo, la denominada cuestión social, relacionada a las condiciones de vida y a la protesta de las clases populares que hicieron preocupar a las clases dirigentes en el proceso transición y reacomodo de la sociedad al incipiente capitalismo. De los fenómenos que afectaron con mayor agudeza al denominado bajo pueblo, podemos enumerar las pésimas condiciones de habitabilidad, la escasa infraestructura sanitaria, el aumento de las enfermedades sociales, el alcoholismo y como se señaló, con anterioridad, la mortalidad infantil.

El barrio Mapocho como espacio de socialización de los "niños vagos"

La sociedad santiaguina de inicios del siglo XX continúa siendo profundamente tradicional, la familia, como institución burguesa de socialización de la infancia, aún no se estabiliza en el mundo popular, a pesar de los esfuerzos de la iglesia y de las clases dirigentes. Tal como lo señaló Gabriel Salazar, la familia peonal a fines del siglo XIX e inicios del XX, se había desintegrado[42]. El fenómeno del abandono por parte del peonaje masculino, y el largo proceso de despojo de tierras y de expulsión del campo, producto de las continuas crisis económicas del capital

---

[41] Ibid., p. 13.

[42] Gabriel Salazar. *Labradores, peones y proletarios (Siglo XIX)* Santiago de Chile: Ediciones SUR, 1989; 2ª edición, pp. 135-137.

mercantil financiero que afectaban a las familias pobres, fomentó la migración femenina e infantil a los centros urbanos, especialmente a Santiago. Las mujeres, con sus hijos a cuesta, se instalaban en diferentes zonas de la capital, especialmente en los alrededores del barrio de la Chimba y del río Mapocho, pues, este espacio presentaba un potencial en términos de generación de ingresos. En este contexto, una de las principales actividades laborales femeninas era la instalación de cocinerías y de chinganas[43]. Mientras que los niños, mezclaban actividades lúdicas, con el trabajo en la Vega, la venta de periódicos en el centro, la recolección de huesos en los basureros para su venta y posterior confección de peinetas, dados y otros, así como la ejecución de robos menores, entre otras actividades. Nicomedes Guzmán, escritor de origen proletario, perteneciente a la generación del 38, hijo de heladero ambulante y de obrera doméstica, evocando la vida de los "palomillas" del Mapocho de la década de los 20, describía la situación de los niños trabajadores en el siguiente párrafo:

> Y si algunos prevalecen, entre ellos se destacan la fisonomía enérgica de Zorobabel y la de su hermana Angélica, avivada por unos dulces y apacibles ojos. Demasiado crecido para sus diez años y demasiado pequeño para la responsabilidad de hombre que ya tenía, Zorobabel era el compañero indispensable de nuestras correrías. Y cuando, por las tardes, el trabajo le daba oportunidad para incorporarse de nuevo al país de la infancia, los "palomillas" lo acogíamos como él se lo merecía. Sus pantalones largos, y las ampollas y callos que honraban sus manos, eran credenciales suficientes para que lo respetáramos como jefe[44].

---

43 Gabriel Salazar. "La mujer del bajo pueblo", passim.

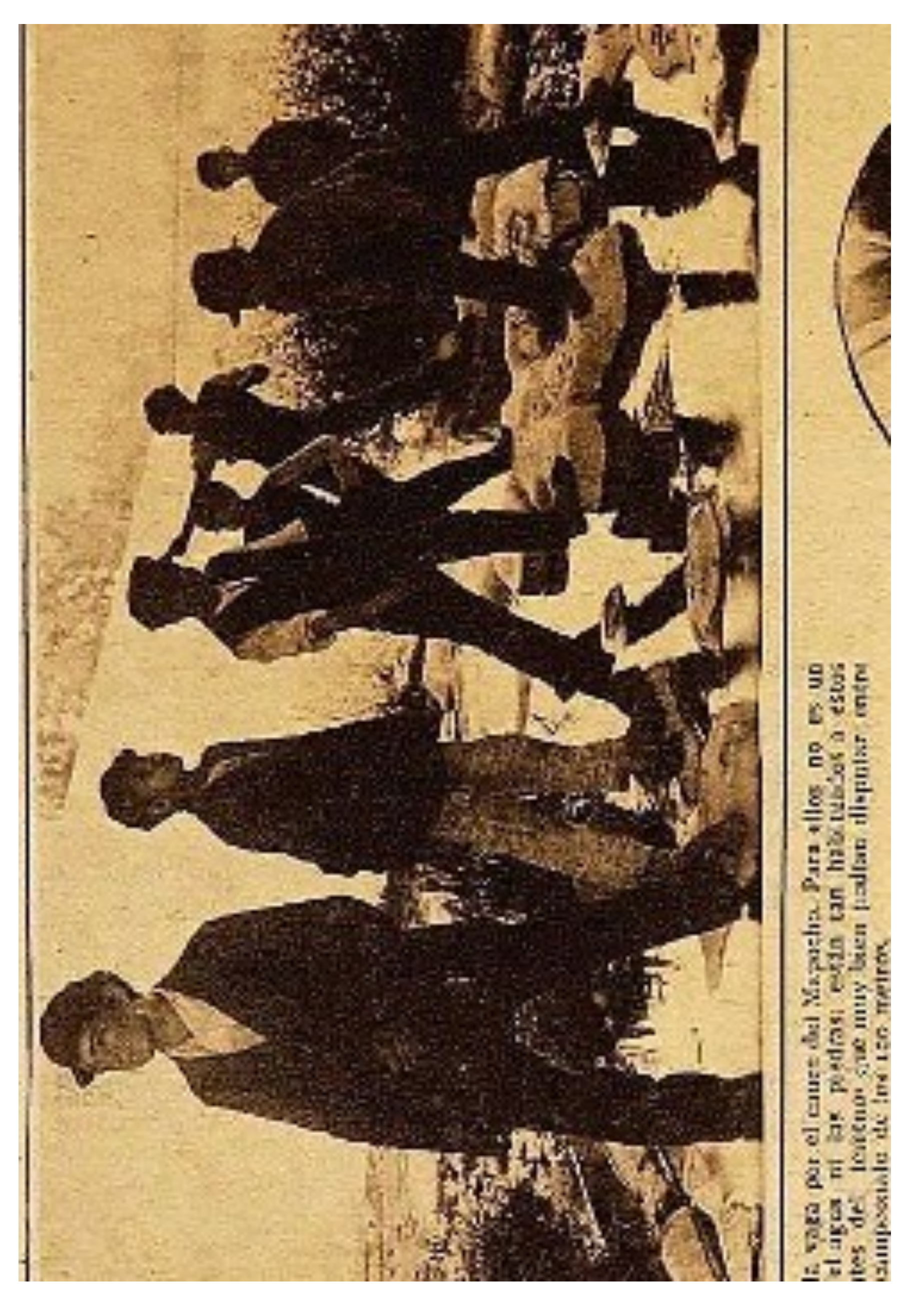
44 Nicomedes Guzmán, *La sangre y la esperanza, barrio Mapocho*, Editorial Orbe, Santiago de Chile, 1943, p. 14.

El barrio de la Chimba y el sector Mapocho puede ser considerado como un espacio de frontera, desde tiempos coloniales, límite que separaba la "ciudad culta" y la "ciudad bárbara", una frontera fluida de intercambio económico y social, pero también un lugar de manifestación profunda de la sociabilidad popular, en donde el ocio y la fiesta, mezclados con el trabajo pesado y la miseria, se vivían de manera intensa. En este contexto, la vida se desarrollaba principalmente en los espacios públicos, mientras que la familia como institución socializadora, no tenía mayor incidencia en el desarrollo de los niños y niñas que lo habitaban. Como lo ha demostrado la historiografía, la institución familiar en las sociedades tradicionales fue débil en términos de reproducción de los cánones culturales para la infancia, estando supeditada esta formación a la relación que los niños desarrollaba con el mundo adulto[45], sobre todo en un contexto donde la escuela no representaba una opción para la masa infantil que desplegaba su vida en las calles de Santiago. La socialización estaba mediada por relaciones de subordinación al mundo adulto, especialmente en actividades de tipo laboral. En este plano, la infancia no representaba las características que, posteriormente, irá adquiriendo en el despliegue de la modernidad.

El aumento de la población y la densificación de las áreas urbanas cercanas al Barrio Mapocho, estuvo dada por las características que este espacio presentaba. En sus cercanías se encontraban el Arenal, el Campamento y la población Ovalle[46]. En una misma área se encontraba la Estación Mapocho, la Vega Central, El Mercado, La Cárcel Pública, la Iglesia de la Recoleta, entre otros servicios, que hacía que por el sector

[45] Philippe Ariès. *El niño y la vida familiar*, op. cit., p. 10 y ss.

[46] Luis Alberto Romero. *¿Qué hacer con los pobres?: Elites y sectores populares en Santiago de Chile 1840-1895*. Ariadna Ediciones, 2017, p. 38.



Niños vagos en el río Mapocho, "La banda de los lechuzas". Revista *Sucesos, semanario de actualidades*, marzo 22 de 1917

transitara gran cantidad de personas y representaba una gran oportunidad para los niños del Mapocho. Diariamente se podía ver a gran cantidad de niños de entre 5 a 10 años aproximadamente, ejerciendo una serie de actividades tales como la mendicidad, el canto en la locomoción pública, principalmente el tranvía, los mandados para los comerciantes de la vega, la venta de periódicos, entre otras, las que mezclaban con actividades delictivas como robos de oportunidad, entre otras.

Conceptualmente los niños vagos, en las primeras décadas del siglo XX, fueron conocidos por los chilenismos como *palomillas* y, posteriormente hacia mediados del mismo como *pelusas*. Un vistazo a tres importantes diccionarios de la época nos entregan luces sobre la dimensión social del significado de estas acepciones. El primero de ellos, de fines del siglo XIX, el diccionario de chilenismos[47] de Zorobabel Rodríguez, no menciona siquiera estas nociones, por lo que se puede deducir la poca relevancia del correlato social de su significado en el período. Lo anterior no quiere decir que, como fenómeno, no hayan existido niños vagos en Santiago, sino que como veremos, es una situación que se va agudizando avanzando el siglo XX.

En 1916, el *Diccionario de chilenismos y de otras locuciones viciosas* de Manuel Román, entrega una definición que contiene en su significado parte importante de las representaciones que en el período se comienza a tener acerca del problema de la presencia de los niños vagos en las calles de Santiago, que eran conocidos como "*palomillas*":

> **Palomilla**, f., dim. de *palomo*. Como en Chile llamamos palomita al insecto lepidóptero o *mariposa*, cuando éste se convierte en plaga para los sembrados y en molestia y perturbación para la gente, por desprecio le dimos el nombre de palomilla [...]

[47] Zorobabel Rodríguez, *Diccionario de chilenismos*, Santiago, Imp. El Independiente, 1873.

> Después, figuradamente, llamamos así al conjunto de chiquillos vagabundos (en castellano granuja. f.), y en general, al conjunto de personas de poquísimo valer, la *morralla*, *gentualla* o *gentuza* [...][48].

Hacia 1928, José Toribio Medina, en su obra *Chilenismos, apuntes lexicográficos*, define palomilla como "*Suplementero, lustrabotas sin hogar o simples palomillas de los que viven del latrocinio de la carga depositada a lo largo de los muelles*", probablemente, estas definiciones se referían a los niños vagos de Santiago y de Valparaíso, en todo caso, llama la atención la referencia a las actividades laborales asociadas al hecho de no tener hogar, lo que claramente refleja una realidad del período. Por su parte, el diccionario del habla chilena de la academia de la lengua, de 1978, define *palomilla*, como "*Niño vagabundo, callejero, mal vestido; Granuja; Niño que tiene tendencia a meter ruido, a molestar*" y define *pelusa* como "*Niño vago, callejero, o travieso*" y pelusiento; "*Dícese de un niño que anda desaseado*". Estas definiciones contienen las representaciones que en el período se tenía de los niños vagos: traviesos, desaseados, mal vestidos, granujas, con tendencia a meter ruido y a molestar. Atributos todos que estaban en contra del discurso ilustrado y modernizador. Eran niños que se encontraban por fuera de las normas y no estaban contenidos por las instituciones "civilizadoras" burguesas, que eran la familia y la escuela, niños que, por su presencia y aumento, molestaban a los vecinos de la ciudad.

Hacia 1925, la revista Zig-Zag, publicaba en tono de denuncia, el problema de la presencia de estos "granujillas" que se dedicaban a la venta de periódicos en las ciudades de Chile:

---

48 Manuel Antonio Román. *Diccionario de chilenismos y de otras locuciones viciosas*, Tomo IV, Santiago de Chile, Imp. San José, 1916, p. 114.

> […] En todas las ciudades de Chile hay suplementeros, porque entre nosotros la venta del diario o de la revista se ha hecho siempre por intermedio de esos granujillas, que recorren a escape toda la población, durante el día entero. Y en todas partes se presentan en el más espantoso desaseo, llegando algunos a producir una verdadera repugnancia; ropa harapienta, la camisa (cuando llevan) hecha mil pedazos, y de color barro, sin zapatos, a lo más con alpargatas; la cara, las manos, el cuello cubierto por espesa capa de mugre. Y en tal estado suben y bajan corriendo a los tranvías, a los autobús y a los trenes, entran a los restaurantes, a los teatros, se detienen frente a las iglesias y en todas partes formas grandes algazaras celebrándose unos a otros ocurrencias o chistes groseros. No hay duda que estos muchachos son peligro de infección. Es de suponer que cualquiera epidemia encuentra en ellos fecundo campo para la reproducción de bacilos y microbios y realmente no comprendemos cómo nadie se ha preocupado de reglamentar sus actividades, exigiéndoles, cuando menos, condiciones de limpieza y salud compatibles con su diario trato con toda la población […][49].

Hacia 1939, según datos de la época, ya habían más de diez mil niños sin hogar vagando por la ciudad de Santiago. Mientras que, a mediados de la década de 1940, se calculaba que en Chile había alrededor de sesenta mil niños y niñas abandonados por sus familias[50]. El Padre

---

[49] "Para mejorar el gremio de los suplementeros". En: *Zig-Zag*. Santiago, 4 de julio de 1925. Citado por Bastián Quintana, *De "pelusas" y "choros" Niños en situación de vagancia y la delincuencia infantil en Santiago. 1900-1930*. Informe final [Seminario de Grado: El aporte de la teoría de los Movimientos Sociales]al estudio de la Historia Social], para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, 2010, p. 23.

[50] Iturriaga, Abelardo. "Características psicosociales del niño chileno delincuente y abandonado". Archivos del Instituto de Psicología, Universidad de Chile. Vol. I. Citado por Poblete, Sandra. *Abandono y vagabundaje infantil en Santiago 1930 - 1950*. Tesis

Alberto Hurtado, figura paradigmática en el cuidado de la infancia que habitaba el Mapocho a mediados del siglo XX en Chile, señalaba en 1947 que alrededor de cuatro mil niños vivían en la calle, ejerciendo la mendicidad y el robo, y sin vínculos familiares significativos[51]. Por su parte, en 1948, el Juez del Primer Juzgado de Menores de Santiago, señalaba a la prensa que alrededor de siete mil niños y niñas vagaban por las calles y de estos una parte importante se ubicaba en el lecho del Río Mapocho[52]. Estas estimaciones del período, más allá de su exactitud, permiten dimensionar la magnitud del problema de los niños vagos, que en gran medida, se mantenían habitando las riberas y puentes del río Mapocho, así como el entorno urbano que conformaba el Barrio Mapocho y la ciudad de Santiago en general.

Los niños del Mapocho no se mantenían estáticos, la ciudad era su espacio, en ella se movían diariamente. En el registro documental "Imágenes reencontradas de Santiago, años veinte"[53], se pueden apreciar diferentes zonas de Santiago Centro de la década de 1920, entre ellas la Estación Mapocho que revestía una función fundamental para la conectividad de Santiago. En las imágenes en blanco y negro, se ve ingresando un tren a la moderna estación, mientras un niño aparece corriendo, cruzando las vías férreas justo enfrente de la locomotora, para encontrarse con otros niños que esperaban la llegada del tren. Si bien no es posible inferir con claridad el motivo de la presencia de los niños en esta escena de celuloide, sabemos, por relatos del período, que la estación Mapocho era un lugar frecuentado por los niños del Mapocho

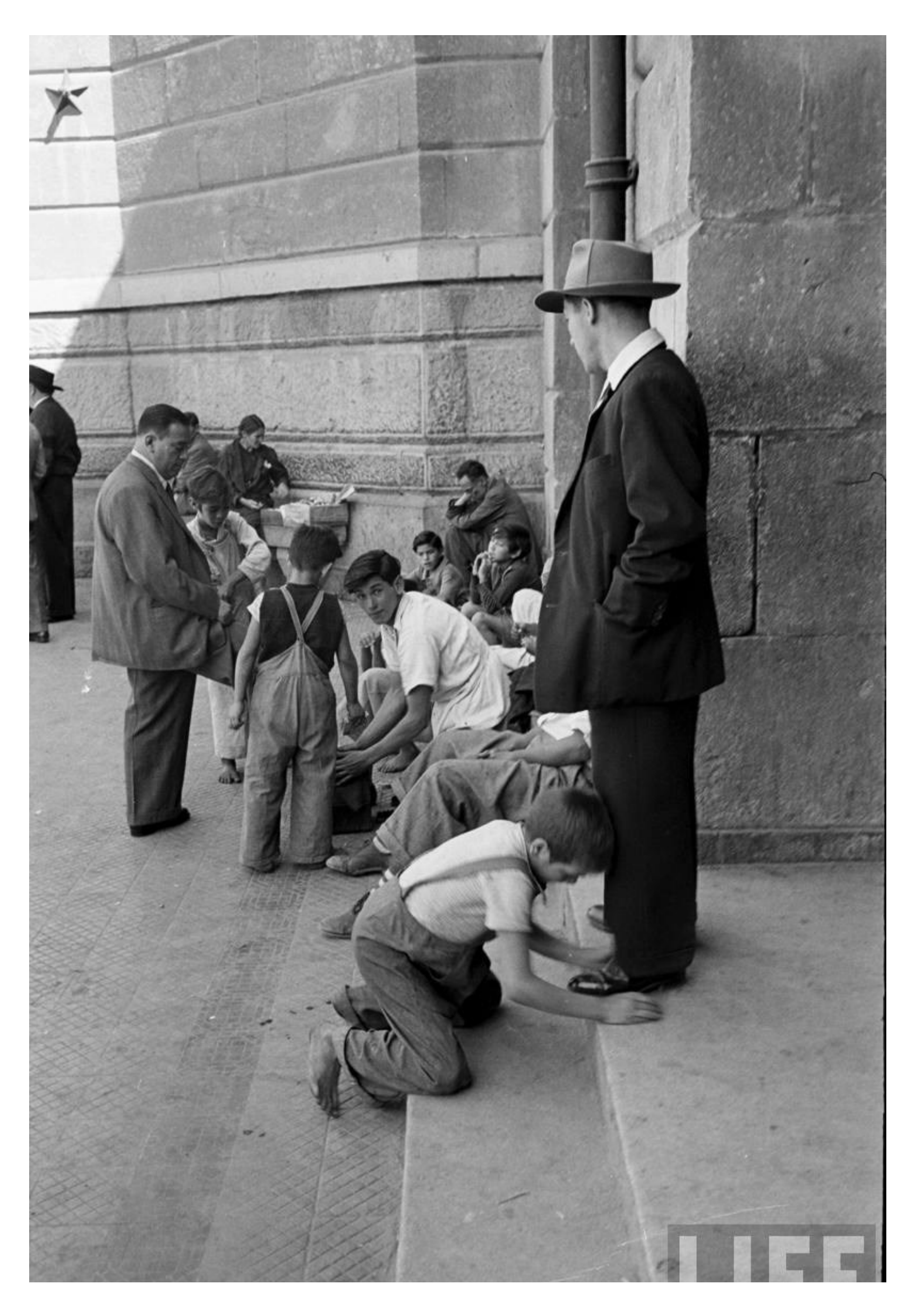
---

para optar al grado de Magíster en Historia, mención Historia de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 1999, p. 9.

[51] Ximena Montero. *La Menor Vaga*. Ed. Jurídica, Stgo., 1967, p. 46.

[52] Poblete, *Abandono*…, op. cit., p. 9.

[53] Carmen Brito (Restauración). "Imágenes reencontradas de Santiago, años veinte", Chile, 1920, en: http://cinetecavirtual.uchile.cl/cineteca/index.php/Detail/objects/2609.



Niños lustrando zapatos en el Cementerio, 1950 [Fotografía], colección Archivo LIFE, 1950, Archivo Enterreno (https://www.enterreno.com/moments/ninos-lustrando-zapatos-en-el-cementerio-1950). Reconocimiento - No Comercial (by-nc)

con el fin de pedir monedas a los pasajeros que arribaban, o aprovechar algún descuido para obtener alguna ganancia mediante el hurto[54]. Durante este período, y tal como lo señala Jorge Rojas, la cotidianidad de los niños del Mapocho se dividía entre actividades laborales, como "canillitas" o vendedores de periódicos, "corteros" o cargadores, cuidadores de autos en la Estación Mapocho y sus inmediaciones, cantantes de locomoción colectiva, y otras actividades como la mendicidad; ya fuese puerta a puerta, a las salidas de cines y teatros, o simplemente se dedicaban a actividades delictuales, como el hurto, entre otras[55]. Con todo, la experiencia infantil de los niños de la calle, estaba mediada por lo lúdico y por la transgresión de las normas, y el barrio Mapocho presentaba posibilidades infinitas para pasar el día.

Una de estas actividades cotidianas, entre tantas que disfrutaban, era la de colgarse de los tranvías eléctricos, que hacia fines de 1940 habían reemplazado en su totalidad a los "de sangre". Una representación del período describe las jugarretas de los palomillas en las estaciones de los tranvías de la estación San Pablo hasta altas horas de la noche:

> Llegaban ya los carros del servicio de "ahorrado". De pronto, el cruce de calles, se alumbró con resplandores de fiesta. Rugían y rechinaban las ruedas en las curvas sin alquitranar. Había "tacos". Blasfemias. Gruesas voces de maquinistas. Campanilleos. Los aseadores, negros de tierra y aceite, se trepaban como gatos a los vehículos. Nosotros, tras ellos, nos colgábamos en racimos de las pisaderas. Otros, nos metíamos al interior de los carros a recolectar boletos usados, que después jugábamos, al "hachita y cuarta". Los aseadores no descansaban, en su tarea de limpieza, levantando el piso de los pasillos y manipuleando con las

[54] Alfredo Gómez. *El Río*. Editorial Orbe, Santiago de Chile, 1969.

[55] Jorge Rojas, *Historia de la infancia*, op. cit., p. 219.

escobillas aceitosas en los motores. Las cobradoras nos espantaban inútilmente:

- ¡Zafen, miéchicas, palomillas del diablo! [...]

- ¡P'abajo, chiquillos jodidos! [...]

Lanzaban puntapiés a granel[56].

Los juegos comunes a la infancia pobre desde fines del siglo XIX hasta avanzado el s. XX, y que se pueden rastrear en las fuentes, eran el trompo, los juegos de bolitas, el volantín, la payaya "practicado de preferencia por las niñas"[57], la que a principios del siglo XX se jugaba con bolitas, pero que con el tiempo se transformó a un juego con piedrecitas. De entre los juegos, "las bolitas" es mencionado por Gómez Morel, en su novela el Río, como un juego habituado por los "choros" en la cárcel, como una manera de evocar una práctica aprendida en la infancia. La descripción que hace es del juego denominado los "tres hoyitos", que se juega en parejas y que trascenderá el tiempo en las prácticas infantiles proletarias del siglo XX[58].

Eran tres hoyitos en el áspero suelo del patio. Estaban en hilera, separados entre sí por un metro de distancia. Había muchos más en esta cancha, que los choros destinaban al juego de las bolitas. Jugaban todas las tardes en la media hora anterior al encierro. […]. Cada hoyo tenía el tamaño de una bolita no más grande que una cereza. Para jugar había que alejarse tres metros del primero

[56] Nicomedes Guzmán. *La Sangre…* op. cit., p. 79.

[57] Maximiano Flores. *Juegos de bolitas. Trabajo presentado a la Sociedad de Folklore Chileno del 4 de Setiembre i del 6 de Noviembre de 1910*, p. 86.

[58] Oreste Plath. *Aproximación histórica - folklórica de los juegos en Chile. Ritos, mitos y tradiciones*, Ed. Nascimento, Santiago de Chile, 1986.

> y debía lanzarse la bola tratando de embocar en el último. Eso, raras veces ocurría. Por ello, se tomaba en cuenta cuál bola había quedado más cerca del tercer hoyo. El competidor debía calcular muy bien el empuje inicial que imprimía al arrojar la bola. La técnica del juego consistía en alejar, por medio de violentas colisiones, la bolita del contrario. Mientras más distante se la largara, menores eran las posibilidades de ganar del rival. […]. Los ladrones hacen de las bolitas una cuestión de honor. Mientras mejor se juega, mayor es la consideración en el grupo. Quizás se sienten niños, y les gusta. Reviven cosas que en su ayer sólo soñaron, pero que no experimentaron en la infancia. Y al lanzar la bola están viviendo su batalla. Toda la lucha de vivir se resume a eso: a "achuntarle al hoyo", a "dar en el blanco"[59].

Evidentemente no es el único juego, y suponemos que el Río Mapocho, y su cauce, otorgaban infinitas posibilidades de entretenimiento, como todos los cauces de agua que han atraído a los niños durante la historia, prácticas que pueden ser rastreadas a través de una variedad importante de fuentes literarias[60].

La experiencia infantil en el entorno popular del río Mapocho, y su estación de trenes, La Vega y los tranvías, así como las calles en general, no se encontraba mediada por las instituciones propias de las sociedades modernas como la familia y la escuela. En este contexto, la incorporación de pautas culturales se daba en el contacto con el mundo adulto no familiar y con otros niños y jóvenes de mayor experiencia en

[59] Alfredo Gómez, *El Río*, pp. 298 y 299.

[60] Sólo por mencionar alguna, podemos citar las novelas costumbristas de Mark Twain, de entre las más conocidas *Las aventuras de Tom Sawyer* de 1876 y *Las aventuras de Huckleberry Finn* de 1884. En ambos casos, se describen las aventuras y desventuras de dos niños a lo largo del Río Misisipi ambientada en el Estados Unidos pre guerra de Secesión.

la vida en la calle. La socialización de los "niños vagos", en este mundo fronterizo, les fue habilitando para adaptarse a las complejidades de la vida en la calle. El proceso de aprendizaje les diferenciaba de otros niños más integrados al ámbito familiar, pues los niños que habitaban el Mapocho, debían enfrentarse a situaciones cotidianas donde incluso podía jugarse la vida.

Del conventillo al río: niños abandonados, huérfanos y guachos

Son variadas las circunstancias que hicieron que cientos de niños y niñas vivieran en las calles y en las cercanías del Mapocho durante el siglo XX. El abandono por parte de sus progenitores, antes o después de nacer, la muerte de alguno de sus dos progenitores o de ambos, y las condiciones sociales de los hogares en donde nacieron[61]. El elemento transversal a todas las causas de la vida en calle para los niños y niñas fue la violencia de la cual eran víctimas por parte del mundo adulto, en condiciones de doble subordinación: primero una estructural o de clase, por ser parte o haber nacido en familias empobrecidas, proletarias o en proceso de proletarización en vías de formación capitalista, y en segundo lugar, una evolutiva, por estar subordinados al mundo adulto, en el contexto de la creciente crisis del mundo popular, ocurrida en el seno de una sociedad persistentemente tradicional. Esta subordinación se manifestó, durante todo el siglo XX, en una diversidad de formas de violencia.

A los ojos del mundo, los niños sin padre o nacidos de relaciones fuera del vínculo marital, eran denominados de manera despectiva

---

[61] René Salinas & Manuel Delgado. "Los hijos del vicio y del pecado: la mortalidad de los niños abandonados (1750-1930)." *Proposiciones* 19 (1990): 44-54. Passim.

como guachos. En la segunda mitad del s. XIX se decía de "*Guacho, a, araje.* [que] *Su significación más conocida, fundamental, por decirlo así, es bastardo: terrible palabra con que la sociedad echa en cara a los hijos el pecado de los padres*"[62]. Nacían con un estigma de inferioridad por ser considerados hijos del pecado, en una sociedad tradicional, profundamente católica. Legalmente, hasta bien avanzado el siglo XX, los niños nacidos fuera del vínculo matrimonial, fueron conocidos como hijos ilegítimos[63].

Como lo demuestra Gabriel Salazar, a mediados del siglo XIX comenzó una masiva ola migratoria desde el campo a los centros urbanos, este fenómeno se dió de manera sostenida, con altos y bajos, durante más de cien años[64]. Las grandes crisis de acomodo del capitalismo, y la temprana inserción chilena en la economía mundial, afectaron de diversas maneras a los estratos pobres de la sociedad. Una de las formas en que se vieron afectados, fue en la desintegración de la familia en el estrato peonal, el abandono por parte de los hombres de las mujeres con los hijos de ambos, así como el nacimiento fuera del matrimonio, aumentó la cantidad de niños considerados guachos.

Una gran cantidad de personas buscaron mejorar sus condiciones de vida en las ciudades, las mujeres se dedicaron a una diversidad de labores para mantenerse y mantener a sus hijos e hijas. Lavanderas, planchadoras, cocineras, vendedoras, chinganeras, entre otras, fueron las actividades que comenzaron a desarrollar a su llegada a Santiago. La sociabilidad del Barrio Mapocho, el Barrio de la Chimba y sus alrededores, ofrecían la oportunidad de desplegar una diversidad de habilidades. Mientras las niñas ayudaban en los quehaceres considerados domésticos, estando relegadas, con mayor intensidad que los hombres, al

---

62 Zorobabel Rodríguez, *Diccionario de chilenismos*, Santiago, Imp. El Independiente, 1873.

63 René Salinas & Manuel Delgado. "Los hijos del vicio y del pecado: la mortalidad de los niños abandonados (1750-1930)". *Proposiciones*, 1990, vol. 19, p. 44-54.

64 Gabriel Salazar. *Ser niño "huacho"*, op. cit. Passim.

espacio privado; los niños, por su parte, se dedicaban a las labores que el espacio circundante les permitía, dejando algunos momentos del día para el juego[65].

Por otra parte, la historiografía nos señala que la valoración por la infancia, en el lento proceso de acomodo de la sociedad tradicional a los cánones de la modernidad, hizo que las antiguas formas de deshacerse de los niños no queridos, fuera cambiando paulatinamente. Al aborto y al infanticidio, comunes, pero solapados, se fue sumando de manera expansiva, como lo ha señalado René Salinas, la práctica de la "exposición" de niños a las instituciones privadas y posteriormente públicas, que acogía a niños abandonados, como lo fue la Casa de Expósitos de Santiago.

> La casa de Expósitos de Santiago comprende dos secciones que son: la de Huérfanos, mayores de 6 años, ocupados en la escuela o los talleres; y la de Expósitos o niños en lactancia, menores de 6 años, de los cuales unos están en Establecimiento y otros en casa de las nodrizas[66].

No todos los niños huachos terminaban en la casa de expósitos, había algunos sin padre o sin madre que debido a la violencia que sufrían en

[65] Entre los juegos del cambio de siglo se mencionan en los documentos de la época, las guerras de piedras que enfrentaban a los niños de una y otra ribera del Mapocho con toma de rehenes y con destrucción de ranchos incluidas, juegos violentos en donde salían algunos heridos. También se mencionan los juegos de bolitas, el trompo y, en general, las travesuras que la imaginación les permitieran desarrollar. Las normas y las instituciones moralizantes, como la escuela y la familia, se encontraban alejadas de la vida de los niños del Mapocho.

[66] Luis Olivares Muñoz. *La mortalidad infantil y sus causas en la Casa de Expósitos de Santiago*. Memoria de prueba para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad de Chile, 1892, p. 3.

el hogar, decidían abandonarlo, empujados por las circunstancias. El hecho que sus progenitores encontraran una nueva pareja, el ingreso al hogar de personas que no eran sus padres o madres biológicas, hacía que los niños entrarán en conflicto de autoridad, sobre todo cuando nacían más hermanos, generándose situaciones que, casi siempre, terminaban en golpizas. Los niños considerados rebeldes eran internados o simplemente expulsados del hogar. Muchos de ellos se fueron de sus hogares, huyendo de las malas condiciones de vida, del alcoholismo de los adultos, de las agresiones verbales y físicas y de todo tipo de vejaciones. Existieron también los que huían de las instituciones para huérfanos, en donde se encontraban aislados de la sociedad, realizando actividades dirigidas a transformarlos en obreros ideales y madres ejemplares. El río Mapocho, sus puentes, riberas e "islas", comenzaron a recibir a un sinnúmero de infantes que, en rebeldía contra el mundo adulto y contra las instituciones, se plegaron a un sistema cultural particular, asociado a la vida callejera.

Así lo describe la novela autobiográfica El Río de Alfredo Gómez Morel, exponente de la denominada "literatura de los bajos fondos", en ella relata su infancia, desde el abandono de sus progenitores, la vida con una familia de acogida, su migración obligada a la capital, las vejaciones vividas en el seno de su familia, la compleja relación con su madre, el paso por instituciones educacionales de la iglesia, los abusos sexuales de que fue víctima, hasta su llegada a la ribera del río Mapocho, en donde se convertiría en un "pelusa", acogido por otros niños, tratando de insertarse en el mundo del hampa mapochino, aprendiendo las pautas culturales, como la jerga y las costumbres, y viviendo situaciones traumáticas que lo transformarían y lo situarían en una forma de existencia particular.

Respecto a los conflictos que gatillaban la salida de los niños de sus hogares, Gómez Morel escribirá, en diferentes pasajes de su novela autobiográfica *El Río*, situaciones vinculadas a esto. Con respecto al

momento del rompimiento con la figura materna y sobre la decisión de comenzar a vagar, recuerda que:

> Cuando regresé con la carne fui a la cocina, me senté frente a una mesa y tocaron a la puerta. Al ir a abrir pasé frente al dormitorio de mamá: se oían alaridos. Abrí. Era un hombre andrajoso y sucio. Me encogí de hombros, lo miré sin verlo y hubo de ser muy extraña mi cara porque el hombre se retiró sin decir nada. Probablemente era un mendigo. Volví a la cocina. Llegó mi madre en ropas menores apenas cubiertas por una bata rosada de seda. Sorpresivamente se me abalanzó y me dio una de las más grandes pateaduras que recibí a su lado:
>
> —¡Canalla! ¿Pidiendo protección? Ya verás, huacho infame. Te enseñaré a comportarte en mi casa. Me tomó por los pelos y me arrastró hasta una piececita que hacía las veces de recibo, frente al dormitorio. Me empujó al suelo. Había una mesa de caoba negra y sobre ella una estatua de bronce que el Mono ganara en un concurso de equitación. La levantó para dejarla caer sobre mi cabeza:
>
> —¡Mujer, cuidado, que lo matas! —gritó entrando el Mono. Venía con la llave de la puerta en la mano.
>
> Le entrabó los brazos y dándole un brutal bofetón la arrojó al suelo. Cayó a mi lado. […]. Me levanté del suelo, me sacudí, fui a la cocina. Caminaba encorvado como un enano que volviera del infierno: arrugado, estupefacto, lastimado como nunca estuve antes, como jamás lo estaría después, y para siempre. Llegué a la cocina. Miré aquella mesa en donde muchas veces me quedé dormido con la cabeza apoyada entre los brazos, miré el clavo donde colgaba mi chaquetita parchada, la tomé, me dirigí con ella bajo

> el brazo en busca de la puerta de calle […]. Me puse la chaqueta y salí de aquella casa. Vagué, vagué, vagué [...][67].

La novela autobiográfica de Gómez Morel es rica en representaciones, en la remembranza de la experiencia vivida por el niño que una vez fue. Su niñez en el Mapocho se ubica a fines de los años 30 en el siglo XX, y expresa de manera paradigmática, los eventos y emociones encarnadas, así como la descripción con detalles de la arquitectura y funcionamiento de un submundo, de lo que la sociología contemporánea ha denominado "subcultura".

El río se caracterizaba por ser un lugar tanto especial como simbólico, al que se entraba previas pruebas. Un espacio que escondía a los "niños vagos", y que, al dejarlos entrar, los situaba en una estructura de funciones, en donde no eran considerados necesariamente niños, o al menos no eran tratados como tal, sino como un eslabón del funcionamiento de la cultura del hampa mapochina. Ahora bien, la vida para los niños del Mapocho continuaba siendo particularmente hostil, mal mirados por la sociedad; denominados a inicios del siglo XX "palomillas" y hacia la década de 1950 como "pelusas", molestaban con su presencia. Eran perseguidos por las instituciones policiacas y violentados por el mundo adulto y por otros niños mayores. En este contexto, agruparse era necesario para la sobrevivencia y evitar el confinamiento en las instituciones del Estado.

Bajar al río no era una decisión abrupta, tomada de un momento a otro, primero se daba un acercamiento, lo que contemporáneamente podríamos denominar "socialización callejera", en donde se comienza a disfrutar del espacio público, de la calle y de sus posibilidades, de la calle como un territorio en donde elidir la normativa disciplinante del

---

67 Alfredo Gómez, *El Río*, op. cit. pp. 61-64.



Niños vagos en la ribera del Río Mapocho, 1965 [cuadro de película]. Título: "Por tierra ajena" (1965); virtual.uchile.cl/cineteca/index.php/Detail/objects/2353. Director: Miguel Littin. Producción: Cine Experimental de la Universidad de Chile. Licencia: CC BY-NC-ND

mundo adulto, un "no lugar" donde la subordinación se tornaba porosa. Un ejemplo de esto lo podemos apreciar en el relato de Toño, el apodo de Alfredo Gómez en su experiencia en el entorno mapochino, justo antes de bajar al río:

> Hasta muy avanzada la noche pensé en lo hermoso que sería salir otra vez del colegio. Con más decisión, eso sí. Vagar por las calles, ir por las plazas, observar a los chicos, jugar con los perros vagabundos, tocar timbres en las puertas y arrancar, montarse en la parte posterior de los coches tirados por caballos, ir al río y volver a contar mis hazañas a los chicos de mi curso. Pensé que equivaldría al placer que ellos sentían cuando periódicamente salían a sus casas. Yo nunca iba. Prefería quedarme en el colegio o enfilaba hacia el río. No bajaba, naturalmente. Desde el puente me quedaba mirando los juegos de los pelusas, sus abrazos, sus risas[68].

La ciudad con sus edificios, su monumentalidad, sus luces y sombras, se va transformando en un espacio cultural vivido, en un territorio caminado y conocido. Experimentado a través de una práctica con contornos lúdicos que comienza paulatinamente a ser habitado por la infancia abandonada, como espacio recreacional libre. Se va configurando *la calle*, que, especialmente en el río Mapocho, su torrente y sus posibilidades, así como sus alrededores, la Vega y el Mercado, con aromas, colores y sabores particulares, van atrayendo a los niños.

Y los niños no bajaban de inmediato al río, eran invitados por sus pares y una vez allí, de acuerdo al relato de Gómez Morel, debían demostrar su valentía y su lealtad al grupo. Del mismo modo, Gabriel

---

[68] Alfredo Gómez, *El Río*, op cit., pp.100 y 101.

Salazar, en un texto fundamental para el entendimiento histórico del fenómeno; *Ser niño huacho en la historia de Chile*, plantea – en primera persona- que los guachos, producto de su experiencia, se agruparon y formaron "pandillas" que sustituían los afectos y la protección de la familia, en donde la camaradería formaría códigos de cohesión y pertenencia grupal.

> Nuestra única posibilidad radicaba en buscarnos entre nosotros mismos, puertas afuera [...]. Fue lo que aprendimos a hacer, desde el principio. En torno a los pilones, donde, semidesnudas lavaban las mujeres. En la "caja del río", en guerra de piedras contra los chimberos [...]. En el puente de palos, en los muladares, en las recovas, frente a las chinganas. Yendo y viniendo como nubes de moscas o de avispas. Así fuimos construyendo un afiebrado mundo propio [de] camaradería que, para nosotros los huachos es un principio básico de vida[...][69].

De esta manera el río y las calles se comenzaron a llenar de niños vagos. Las crisis económicas y el naciente modelo económico capitalista, producía en sus márgenes una vasta población que no accedía a los beneficios de los negocios de exportación de materias primas. En el "bajo pueblo", estudiado extensamente por la historiografía social, subordinado al orden capitalista predominante, nacían los hijos e hijas de la miseria, que por diferentes motivos llegaban a la calle, a las plazas, mercados, estaciones y puentes del Río Mapocho. Y para los vecinos era un problema, y lo será durante todo el siglo XX, en que se pensaba que los niños crecerían aprendiendo

[69] Gabriel Salazar, *Ser niño huacho en la historia de Chile*, op. cit., p. 46.

modos poco ortodoxos de sobrevivir, los que, finalmente, terminarían afectando al cuerpo social.

La calle, se decía, era un lugar que los niños debían evitar, pues los contaminaba. Allí encontraban las malas juntas, y se alejaban de las familias (cuando existía), de la escuela y de los lugares adecuados para futuros ciudadanos de bien:

> El niño que llega a aficionarse mucho a la calle, comienza por experimentar cierta frialdad para con los seres de su hogar, echa al olvido su higiene personal, mortifica su débil organismo, adquiriendo el hábito mortífero del tabaco, frecuenta la compañía perniciosa de pilluelos rotosos y descarados, ya avezados a la vida lóbrega que proporciona la vagancia y cuya única ocupación consiste en perturbar la tranquilidad pública, colgándose de los vehículos, dedicándose a juegos peligrosos en medio de las calles donde fluye mucho tránsito, injuriando a las personas mayores, alborotando los domicilios con griterías desaforadas, toques de timbres, etc.
>
> La calle es la escuela de la delincuencia. Muy frecuente es el espectáculo de los malhechores precoces, niños de 13, 14 años escasamente, sumidos ya en una perversión inaudita. Nada más afligente en realidad que esas vidas truncadas, aniquiladas moralmente por la privación desde la más tierna infancia, de una educación esmerada, de un apoyo férreo, y que constituyen el oprobio de la sociedad, la tortura constante y moral de aquéllos que, por negligencia o por espíritu inhumano, los dejaron librados a los ásperos embates de la vida[70].

[70] *El Liceano*, viernes 1 de septiembre de 1933, p. 7.

Pero la calle estaba lejos de ser una elección para los niños abandonados, huérfanos o "huidos". Esta más bien se presentaba como la posibilidad unívoca, pues no existía en Chile ni el marco legal, ni el desarrollo cultural que permitiese el surgimiento de alguna política de protección eficiente, por lo que los niños debían rebuscarse a falta de institucionalidad, de un lugar para sobrevivir. Mientras que el Estado dirigía sus esfuerzos a contener una faz del fenómeno, la denominada delincuencia infantil que era vista como una situación cada vez más aguda.

En 1937, el diario Las últimas noticias, señalaba que en Chile había alrededor de 2.000 niños iniciados en el delito. Se pensaba que "*el menor sin tutela llega fatalmente al vicio y al delito*[…]". En este período, se observa que la preocupación por los niños y sus derechos, era incipiente y la presencia de las hordas de niños vagos, no pasaba de ser preocupante por ser un potencial problema delictual, además de una molestia a la vista a los transeúntes de una dicotómica ciudad, en donde la imagen de niños descalzos, con ropas raídas, pidiendo limosnas, era inaceptable.

En las cartas al director de las Últimas Noticias del año 1941, un lector se quejaba de la presencia de mendigos en Santiago, señalando cómo para los extranjeros esta situación era más crítica que en Nueva York o Madrid, en donde los mendigos se escondían y no mostraban tanta miseria como los locales, "*los mendigos de la Península* [ibérica] *podían dar limosna a los de Chile*", señalaba con ironía. En esta comparación además explicaba cómo los mendigos extranjeros mostraban más dignidad que los locales, que eran capaces de mostrar sus miserias a plena luz del día:

> El ciego madrileño, que es el más corriente de los mendigos españoles, o el "buy an apple" de las calles neoyorquinas […] conservan todavía una cierta dignidad de su desgracia, que entre los nuestros se ha perdido totalmente. El pordiosero chileno ya

> no surge en el recodo de una calle, o en las sombras del anochecer. Como se ha constituido en un profesional, busca los sitios céntricos y la cegadora luz meridiana que haga resaltar con dramatismo espectacular el mudo lenguaje de sus andrajos que cultiva con verdadero primor […][71].

En ciertos sectores de la población santiaguina, se denunciaba esta "puesta en escena" como una performance destinada a hacer más efectivo el limosneo, especialmente de parte de los niños vagos, como los que producían su día a día en los puentes del Mapocho, que "imploran caridad en forma teatral"[72] y que fueron denunciados como "el sainete de la miseria", en un reportaje de la Revista Vea en 1939:

> La mendicidad ha tomado en Santiago formas grotescas. Se están ensayando sistemas nuevos. La vagancia infantil, que hasta ahora no ha podido ser resuelta […] se está manifestando en aspectos inesperados. En el lecho del río Mapocho, con los pies en el cieno, resbalando entre las piedras plantadas en medio de la corriente, hay muchachos que improvisan una angustiosa petición exhibiendo con algo de estudiada teatralidad su miseria y abandono […] Estas exhibiciones exageradas de miseria, sólo sirven para que los enemigos del régimen las aprovechen interesadamente en desmedro del prestigio gubernativo[73].

71 "Vergonzoso cultivo de la miseria", *Las Últimas Noticias*, 02 de agosto de 1941.

72 "Se representa el sainete de la miseria. Niños vagos son los actores; escenario: el Mapocho", Revista *Vea*, 12 de julio de 1939.

73 Ídem.

Una parte de la sociedad se ve reflejada en esta protesta, un estrato de la sociedad vio en este terrible fenómeno, más que la necesidad de ayudar y proteger a la infancia abandonada, un peligro para la imagen que Chile proyectaba ante el resto del mundo, en tanto los niños vagos deambulaban por sectores de la ciudad visitados por turistas extranjeros. Fuera de los restaurantes y las *boites* de moda del Santiago de la década de 1940, los niños esperaban a los asistentes de la clase alta para pedirles una moneda, de noche y muchas *veces* en los fríos inviernos, descalzos y desabrigados, pequeños y pequeñas de corta edad, mendigaban una "*chaucha por el amor de dios*" o de "*un diecesito pa' pan*", un periódico del período lo describía así:

> […] en plena Plaza Bulnes, corazón del barrio Cívico, donde funcionan Ministerios y reparticiones fiscales, hay también un dancing que frecuentan la aristocracia y las clases adineradas. Pues bien, de 1 a 4 de la madrugada, la ancha puerta de ese establecimiento ofrece a diario un espectáculo deprimente, que no tendría parangón con el de las más sórdidas callejuelas de Whitechapel. Las damas que bajan de los coches para entrar a la boite se ven asaltadas por turbas de niños mendigos que, en muchos casos, se aferran de sus carteras, si estas demoran en abrirlas para darles una limosna.
>
> Entre el público que concurre a esta clase de establecimientos lo que más abunda son los extranjeros y turistas. Pensemos un momento en la impresión que recogerán de nuestro país esos visitantes, contemplando estos cuadros vivos de una miseria que no es dable encontrar en ninguna otra capital del Continente[74].

[74] "Vergonzoso cultivo de la miseria", *Las Últimas Noticias*, op. cit.

De esta manera, los niños y niñas arrojados a la calle, víctimas de la miseria de los conventillos y la violencia de un hogar sumido en el alcoholismo y los malos tratos, los huachos, comenzaban a habitar el río, que los acogía y los escondía. Desde allí, recorrían la ciudad, jugando, trabajando y mendigando, tratando de sobrevivir a pesar de las preocupaciones de la sociedad santiaguina.

Crisis social y desplazamientos de población infantil, el caso del terremoto de Chillán de 1939

Como es sabido, gracias a la historiografía social, durante el siglo XX se produjeron grandes movimientos de población hacia los centros urbanos, especialmente a Santiago. Familias completas, hombres, mujeres, niños y niñas, llegaron paulatinamente, en oleadas migratorias ocasionadas, en su mayoría, por crisis sociales producto de situaciones económicas, como la pérdida de tierras por parte del pueblo mapuche, o el caso del cierre de las oficinas salitreras o catástrofes naturales como el terremoto de Chillán de 1939, sólo por mencionar algunas de las que han quedado registro.

Respecto a este último evento, al terremoto de Chillán de enero de 1939, podemos señalar que fue el movimiento telúrico que mayor cantidad de víctimas ha cobrado en Chile. Los registros del período señalan que más de 25 mil personas habrían fallecido, solamente en la ciudad de Chillán, la que fue arrasada por el sismo, quedando reducida a escombros. Un periodista que acompañó a la comitiva Presidencial que acudió a la zona del desastre, relató como parte de su crónica, lo visto un día después del sismo:



AQUI OFRECEMOS un alcance gráfico acerca del problema de la infancia abandonada, a cuya solución tiende el plan de la Alcaldesa, señora Graciela de Schnake, que consulta su reeducación y transformación moral en Escuelas Hogares, la primera de las cuales será inaugurada el 15 del presente en esta capital (INFORMACIONES PAG. 7)

Las Ultimas Noticias

DIARIO-MAGAZINE DE SANTIAGO PARA TODO CHILE

Año XXXVII—N.o 11.311.—Santiago de Chile, miércoles 9 de agosto de 1939.—40 Ctvs.

"***Aquí ofrecemos un alcance gráfico del problema de la infancia abandonada…***", Periódico Las Últimas Noticias, Santiago 9 de agosto de 1939

> El espectáculo que presenta la ciudad de Chillán es lo más impresionante que puede imaginarse. Ninguna palabra, ninguna relación, ningún esfuerzo literario podrá reflejar aproximadamente la realidad de que aquí ha ocurrido. La ciudad es un campo de desolación y ruina, al que no puede compararse nada de lo que hasta ahora ha podido verse en la realidad o en la fantasía[75].

La crisis provocada por el fuerte terremoto empujó la modernización del Estado en lo relativo al manejo de catástrofes[76] y la actualización de las normas de construcción de edificios en Chile[77]. Por otra parte, la catástrofe provocó el desplazamiento de población hacia Santiago, tanto en búsqueda del auxilio inmediato, por ejemplo, en el uso del sistema de hospitales para los heridos, como la llegada de personas que venían a la capital a buscar una oportunidad para continuar con su vida, producto que lo habían perdido todo. Hombres, mujeres y niños, durante los días posteriores al terremoto, fueron abandonando las zonas afectadas por el sismo. Algunos, por sus propios medios, otros en trenes dispuestos por la autoridad para llegar a Santiago, de acuerdo a la gravedad de las lesiones que presentaran. Las personas que no tenían parientes en Santiago, eran ubicados en la Escuela de Artes y Oficios, la que fue preparada para funcionar como Hogar de Emergencia. La prensa de la época cubría la llegada de los damnificados:

> Continúan llegando a la capital trenes trayendo a cientos de víctimas y damnificados del terremoto del sur.

---

[75] "3.000 muertos habían sido sepultados hasta ayer en Chillan". *La Nación*, viernes 27 de enero de 1939, p. 11.

[76] Ley N°6334, *Crea las Corporaciones de Reconstrucción y Auxilio y Fomento a la Producción*. Chile, abril de 1939.

[77] Decreto 884, *Reemplaza Ordenanza General De Construcciones*. Chile, junio de 1939.

> Cada convoy es esperado en la estación respectiva por miembros del Comité de Socorros, médicos, enfermeras y ambulancias para prestarles rápida atención.
>
> Muchos damnificados tienen aquí familia a cuyos domicilios se han ido a hospedar, circunscribiéndose la atención a los que carecen de toda clase de ayuda o recurso [...].
>
> En la tarde de ayer visitamos el Hogar de Emergencia que funciona en la Escuela de Artes y Oficios. En realidad conmueve ver a hombres, mujeres y niños que traen en su rostro la impresión de terror que le produjeron las horas trágicas que han vivido. La gran mayoría vienen completamente faltos de ropa habiéndose procedido inmediatamente a proporcionarles lo necesario[78].

A los hogares de emergencia, llegaban también niños y niñas huérfanos, que se habían salvado de la catástrofe:

> Algo que en realidad emociona son los numerosos niños que milagrosamente han escapado de la muerte, muchos de los cuales han perdido a sus padres sin tener más amparo que el refugio que por el momento se les brinda en ese hogar, atendido con esmero por maestros primarios.
>
> Algunos se entretienen en jugar en los amplios patios de la escuela sin que su corta edad les permita apreciar la magnitud de sus desgracias. Otros callados, miran con visible nerviosidad cuando se les pregunta por detalles de la catástrofe con el ánimo de conocer la impresión exacta que quedó en ellos[79].

---

[78] *La Nación*, lunes 30 de enero de 1939, p. 12.

[79] Ídem.

La tragedia generada por el terremoto movilizó a una parte de la ciudadanía hacia el desarrollo de acciones de apoyo a los damnificados. Algunas organizaciones políticas, como el recientemente creado Frente Popular, conformado por partidos políticos de izquierda, junto a algunas asociaciones y federaciones, iniciaron campañas para fomentar y facilitar la adopción de los niños huérfanos provenientes de la zona de catástrofe, mediante la apertura de un registro de inscripciones de los interesados:

> El Comité Provincial del Frente Popular ha abierto un registro en su Secretaría general de San Diego 164, para que se inscriban las personas caritativas que estén en condiciones de adoptar uno o más niñitos huérfanos que ya han empezado a llegar a nuestra ciudad. Se advierte que solamente se entregarán estas víctimas del terremoto a personas responsables y que tengan los medios suficientes para atender al sostén y educación de los pequeños[80].

La llegada de niños huérfanos desde las zonas afectadas, trajo aparejado situaciones de organización y logística del movimiento de personas. Muchos de los niños eran traídos a Santiago, sobre todo en los primeros días luego de la catástrofe, sin tener claro sus identidades, elemento que afectaba la posibilidad de encontrar a sus familiares en la capital. Esta situación quedó a la vista una vez que se fueron restableciendo las comunicaciones con la zona afectada y se fue normalizando la atención de los heridos y sobrevivientes:

> Queda, sin embargo, un punto que convendría organizar con mayor eficiencia y es la relacionada con los niños que son traídos

[80] "Un registro de inscripciones para personas que estén en condiciones de adoptar niños huérfanos abrió Frente Popular de Stgo.", *La Nación*, lunes 30 de enero de 1939, p. 13.

> a Santiago desde la zona devastada. En su mayor parte han quedado huérfanos y su situación nos coloca a todos ante el deber de extremar las medidas para que su desgracia no se acreciente en el futuro. Se estima que podrían existir parientes que pudieran hacerse cargo de ellos y para esto sería necesario hacer una estadística, publicar sus nombres o si ello no fuera posible por tratarse de niños de corta edad que no pudieran suministrar datos al respecto, establecer en cada caso en qué circunstancias fueron recogidos, el sitio preciso y algunas declaraciones de personas del vecindario de las ciudades destruidas que acrediten su identidad [...]. Se ha comprobado que dadas las circunstancias de apremio, muchos de los niños en referencia han sido traídos a Santiago y repartidos en diversos puntos sin establecer una documentación referente a cada uno de ellos, siquiera en cuanto a la forma y donde fueron recogidos, de manera que pueda facilitarse su identidad en caso necesario. Han llegado camiones con muchos de ellos, cuyos conductores no han sabido a dónde dirigirse para colocarlos y sin el más mínimo antecedente que permita identificarlos llegado el caso[81].

Tres meses después de la catástrofe que provocó el aumento de la cantidad de niños desvalidos y huérfanos y que activó redes de adopción en Santiago, la prensa publicaba el caso de un niño de trece años, que habiendo sido recibido por un particular en Santiago, manifestaba síntomas de estar afectado producto de la experiencia vivida.

> Hoy pasará al Juzgado de Menores y luego será sometido a cuidadosos exámenes médicos el muchacho que ayer fue detenido

[81] "La suerte de los niños", *2a de "Las Últimas Noticias",* miércoles 1 de febrero de 1939, p. 12.

> por Investigaciones y que resultó ser el autor de las misteriosas quebraduras de vidrios que tanta alarma provocaron en el hogar del señor Alfredo Lagos Navarrete, Vicuña Mackenna 371.
>
> Este muchacho tiene 15 años de edad y escapó milagrosamente en el terremoto de Chillán. Desde entonces ha quedado semi transtornado, sobreviniéndole una verdadera manía por quebrar vidrios. Este niño fue traído a Santiago junto con centenares de damnificados y el señor Alfredo Lagos lo acogió en su casa, cariñosamente.
>
> Pues bien, a los pocos días empezaron a caer piedras sobre las galerías, rompiendo numerosos vidrios. Aun en la noche caían piedras, causando destrozos en las galerías, vitrinas, ventanas y halls. Casi un mes estuvo Investigaciones estudiando el extraño caso, y fué preciso destacar detectives hasta en los techos. Finalmente se descubrió el misterio. El niño daminificado era el autor.
>
> Los vidrios rotos son centenares. Los daños se avalúan en 2.500 pesos. Hablamos en Investigaciones con el niño daminificado autor de estas extrañas actividades, y nos manifestó que desde el terremoto siente inclinación a destruirlo todo y que le gusta escuchar el ruido de las quebrazones de vidrios, lo cual le hace recordar la catástrofe de su pueblo. Este niño al hablar revela signos de no estar completamente normal[82].

Si bien al principio, los niños huérfanos eran traídos en trenes y camiones, desde el sur de Chile, llegando con cientos de víctimas del terremoto, pasando los meses, había niños que viéndose solos luego del cataclismo, sin sus familias, viajaban a la capital a buscar suerte. Estos

[82] "Niño que tal vez esté enajenado se dedicaba a quebrar vidrios en residencias de Vicuña Mackenna, escapó del terremoto de Chillán". *2a de "Las Últimas Noticias"*, viernes 24 de marzo de 1939, p. 10.

niños, en la mayoría de los casos, fueron engrosando la cantidad de niños vagos que habitaban las calles de Santiago, como queda expresado en el siguiente testimonio:

> Mi papá era carpintero, trabajaba haciendo muebles en la casa, y mi mamá lavaba ropa. Mi viejo arreglaba muebles, y tenía un letrero que decía: "se barnizan y se arreglan muebles". Algunas veces le llegaban somieres y tenía una máquina para estirarlos. Yo le daba vuelta como podía, y como era chico me tenía que subir a un cajón [...] yo le daba vuelta a la rueda, para estirar el alambre [...]
>
> - "hace juerza hijo [...] cabro chico [...] no te ganai ni el plato de comida", me decía el viejo [...]
>
> - "bueno, hágalo usté po' iñor" [...] dejaba todo botado y me iba a jugar con los cabros.
>
> Así era mi vida, hasta que ocurrió el terrible terremoto de Chillán. El 25 de enero, ¿o de febrero? [...] da lo mismo la fecha, pero fue en 1939 que llegó el terremoto de Chillán. Tengo viva la imagen de cómo se abría la tierra y se tragaba a la gente [...] Mi mamá y mi papá estaban en la casa, ella estaba durmiendo en la pieza, porque fue de noche, y mi papá leía un diario[...] recuerdo que le gustaba mucho leer a mi papá. Entonces empezó el movimiento[...] yo era tan chico que no me imaginaba la desgracia que iba a ocurrir. Me arranqué de la casa, y me fui pa'l patio, en el patio recé mucho pa' que se terminara esa cuestión del movimiento[...] y cuando llegué, cuando llegué a la pieza, ya no había vida de ellos, porque se les había caído el techo encima[...] y así fue como mis viejos murieron y yo me quedé solo[...] yo traté de auxiliarlos, pero ya era tarde. Ahí fue cuando llamé a la vecina, y ella me socorrió un poco, me anduvo consolando, porque yo[...]

> yo quedé llorando[...] llorando[...] me caían las lágrimas[...] de tristeza[...] de ver a mis dos viejos que estaban muertos.
>
> Fue ahí cuando empecé a patiperrear por todo el pueblo[...] dormía en la calle bota'o[...] tenía 9 años no más. me acuerdo que lo pasé mal en ese tiempo, tuve frío y hambre[...] fue bien triste. Y como no tenía nada que perder, pues no tenía ningún pariente en Chillán, decidí venirme pa' Santiago y me encaramé en un camión. Cuando llegué a la capital, lo que más me llamó la atención fue el río Mapocho, y como el camión iba pasando lentito por el puente Independencia, me tiré camión abajo. Ahí fue cuando vi por primera vez a los cabros. Yo los miraba desde arriba del puente, apoyado en la baranda, ellos estaban abajo, a la orilla del río, y estaban haciendo una fogata, porque ya era casi de noche. Eran puros cabros chicos, igual que yo, así que bajé por las enredaderas y me junté con ellos[...] a los tres días ya era su amigo. Éramos como 20 cabros, todos de la misma edad[83].

Durante el siglo XX, el terremoto de Chillán de 1939, no fue el único evento que provocó el movimiento de niños y niñas hacia la capital chilena. Las continuas crisis económicas y sociales, que golpearon a las clases populares chilenas, afectaron con mayor fuerza a los más vulnerables, en este caso a los niños y niñas, los que llegaban a Santiago, a veces acompañando a sus familias, ya fuese a sus padres o a su madre, como lo relata la historiografía social, o solos; escapando de condiciones de vida misérrimas. Los relatos que podemos encontrar del período perfilan la imagen de una infancia huérfana o abandonada que busca desde temprana edad producir su vida material en los espacios y en las posibilidades que las grandes ciudades, como Santiago, les otorgan. Y

[83] Juan Cerda, nacido en Chillán en 1930, citado por María Bravo & Patricia Madrid, *El otro Santiago, Los niños del Mapocho en el siglo XX. 1930-2002*, Seminario para optar al Grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, 2003, p. 31.

el sector del barrio Mapocho, tenía las condiciones para la sobrevivencia, un área de flujo comercial de alimentos, como era la Vega y el Mercado Central, y de movimiento de personas, dado por los terminales de micros y la estación Mapocho, de presencia de Iglesias, como la Recoleta Dominica, y el río Mapocho, que presentaba condiciones para que los niños vagos pudiesen esconderse de la policía y dormir bajo sus puentes.

Capítulo III

Regulación, representaciones e institucionalidad: ¿qué hacer con los niños vagos?

Las instituciones y los niños del Mapocho: caridad, irregularidad y protección integral

La presencia de los niños vagos en el río Mapocho y sus alrededores, era un tema particularmente sensible para la opinión pública capitalina durante casi todo el siglo XX, aspectos morales, de higiene y de orden social, se mezclaban con la naciente preocupación por la infancia abandonada como problemática social. Los "palomillas" del Mapocho vivían bajo los puentes del río, luego de su canalización iniciada a fines del siglo XIX, los niños no dejaron de llegar, siendo recibidos por otros niños que habían llegado antes. Por generaciones, el Río Mapocho, sus puentes, adoquines, islotes y riberas, fueron el hogar de cientos de niños y niñas huérfanos, abandonados y huidos, y el entorno del concurrido Barrio Mapocho, La Vega, El Mercado, la Estación Mapocho, el Cementerio General, el Parque Forestal, entre otros lugares, representaba un escenario propicio para su sobrevivencia. La imagen que nos entrega la diversidad de fuentes sobre la presencia de niños vagos en la ciudad de Santiago desde inicios del s. XX y su persistencia a través de todo el siglo, nos indican que el aumento de su presencia fue preocupando a los vecinos de la ciudad y a los legisladores, haciéndose un problema de Estado hacia fines de la década de 1920.

Como lo han demostrado los estudios de Jorge Rojas Flores[84] y María Angélica Illanes[85], la preocupación por la infancia se comienza a hacer patente desde la promulgación de la Ley N°3654 de Instrucción Primaria Obligatoria de 1920 y La Ley N°4447, conocida como Ley de Menores de 1928, que van configurando un sistema de control, dirigida a

---

[84] Jorge Rojas. *Historia de la infancia en el Chile republicano*. JUNJI, Ocholibros, 2010.

[85] María Angélica Illanes. *En el nombre del pueblo, del estado y de la ciencia: historia social de la salud pública Chile 1880-1973: hacia una historia social del siglo XX*. Ed. La Unión, 1993.

la integración, disciplinamiento y confinamiento de la infancia, principalmente pobre, en el proceso de modernización de la sociedad chilena.

Ya desde el período colonial, la preocupación por la infancia huérfana y pobre, canalizó acciones de la Iglesia Católica y de organizaciones privadas inspiradas en la caridad y la beneficencia. La incipiente acción de estos grupos, se tradujo en el surgimiento de dispositivos de aislamiento y control de la infancia abandonada, como lo fueron los asilos de expósitos e internados. Por su parte, el Estado, limitaba su rol al disciplinamiento social a través de la emisión y aplicación de leyes y ordenanzas, y a la entrega de subsidios a estas instituciones, cumpliendo un rol fundamentalmente policíaco y asistencial sobre la infancia pobre.

El Estado comienza, tímidamente, a intervenir en el problema de la infancia desvalida a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, cuando la crisis social llegaba a un punto tal, que hacía tambalear al orden social oligárquico[86]. En este período se fundaron escuelas y casas correccionales, dirigidas a los niños infractores de la ley, en el contexto de la construcción de Estado y del orden social capitalista en Chile. Los discursos de la infancia desvalida, como problema público en la época, estaban dirigidos principalmente a relevar la importancia de contener un problema en potencia, en tanto el creciente número de niños desvalidos a futuro podrían convertirse en sujetos que atentaran contra el orden social.

El discurso hegemónico, cargado del cientificismo médico y de las significaciones de la dicotomía civilización-barbarie, manifiesta la concepción negativa que los grupos dirigentes tenían del bajo pueblo. La profusa literatura higienista dirigida al pueblo, señalaba que tanto el alcoholismo, como la debilidad orgánica y las "malas costumbres", de la familia obrera eran el caldo de cultivo de las enfermedades sociales, tal

[86] Mario Garcés. *Crisis social y motines populares en el 1900*. Lom Ediciones, 2003.

como lo demuestra la amplia literatura del período[87]. De entre estos fenómenos, asociados a comportamientos de las clases populares, una de las que más preocupaba a la *intelligentsia* capitalina, era la delincuencia infantil.

Y con el fin de rescatar a los niños y niñas, de la decadencia de sus entornos, y de paso a la sociedad, se proponía separarlos de sus familias y de su entorno cercano, para ponerlos en las escuelas y en reformatorios, para transformarlos en futuros hombres y mujeres de bien, en obreros disciplinados y miembros de familias bien constituidas, que aportaran con su trabajo al progreso de la patria.

El discurso de la protección de la infancia trasladaba el foco del castigo, resabio del período colonial, hacia el disciplinamiento, resguardo y corrección de los menores. En conjunto con otros dispositivos como la escuela, los internados y reformatorios, hicieron su aparición en las primeras décadas del siglo XX en Chile. En 1912, se proclama la Ley 2.675, de Protección a la Infancia Desvalida que otorga al Estado la posibilidad de disputar la tuición de los niños en condiciones de abuso y abandono, tal como lo plantea Rojas[88]. Este marco legal permitía internar en cárceles y escuelas correccionales a los niños y niñas considerados vagos y ociosos, los que hasta 1928, año de la promulgación de la Ley de Menores, eran sometidos al Código Penal.

La superación del régimen centrado en la responsabilidad de los delincuentes infantiles y la promoción de la actuación tutelar del Estado, comenzó paulatinamente, con la ley 4.447 de 1928. En la opinión pública había una clara preocupación por la situación de miles de niños abandonados y huérfanos, que terminaban viviendo en la calle, en el contexto de la expansión urbana, las migraciones campo ciudad y la

---

87 Guillermo Eyzaguirre & Jorge Errázuriz. *Estudio social, monografía de una familia obrera de Santiago*, Imprenta Barcelona, Chile, 1903.

88 Jorge Rojas, *Historia de la Infancia*, op. cit., p. 361.

crisis económica que afectaba con mayor fuerza al mundo popular. Existía un consenso en la sociedad sobre la necesidad de que el Estado interviniera activamente en la situación que afectaba a los más desvalidos de la sociedad.

Bajo la administración del Estado de Carlos Ibáñez del Campo, su gobierno remitía al congreso mensajes relativos a la necesidad que el proyecto de ley se aprobara lo antes posible: "*La infancia desvalida, abandonada y delincuente es un hecho de tan grave y notoria trascendencia social, que no es posible continuar más tiempo ante él, en una actitud de simple expectación. En efecto, por una parte, el niño abandonado o el delincuente es síntoma de un grave mal que urge remediar; por otra, es en sí mismo, un peligro permanente que es indiscutible corregir*"[89].

La Ley de Menores N°4.447 de 1928 incluyó el enfoque de justicia tutelar hacia los menores, y fue la plataforma de las iniciativas de asistencia proteccional y reeducativa, que pretendían superar los enfoques centrados en la sanción y el castigo que caracterizó a la legislación sobre infancia hasta aquel momento. Este cuerpo legal, se preocupará de los niños "irregulares", y no de todo el universo infantil, sólo de los que se encontraban en "situaciones de peligro material o moral", es decir, los niños que se alejaban de la norma social; los niños mendigos, los abandonados, los niños delincuentes, los que no asisten a la escuela, los que no obedecían a los adultos, que habían nacido en familias pobres en donde había problemas de alcoholismo, etc. Es decir, se preocupaba de la "infancia anormal", de lo que la psicología social denominó históricamente como sinónimo de "desviación social"[90].

[89] Mensaje de la primera Ley tutelar de menores 4.447 de 1928, citado por: Alejandro Tsukame, "Trayectorias de adolescentes y jóvenes que infringen la ley penal; contextos institucionales para la prevención", en *Señales*, p. 81.

[90] Ver: Doris Cooper. *Delincuencia y desviación juvenil*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2005.

La normativa no llegará a cambiar el estatus jurídico de la infancia, sino que va a responder a la problemática del control y protección de la infancia irregular[91]. Situación que, se pensaba, provenía principalmente de su ubicación en la sociedad y de la herencia. En este sentido, se hacía énfasis en la familia y en el comportamiento de los niños. La legislación no buscaba definir el rol de la infancia en la sociedad, ni sus derechos, sino en la protección y contención de los denominados "menores" considerados "objetos de protección".

A partir de aquí, se crean los Juzgados de Menores, en donde la figura del Juez de Menores será central, en la aplicación de las medidas de protección. En este sentido, las medidas tomadas, siempre se caracterizaron por la discrecionalidad, en donde el parecer del Juez era la voz central en el destino de los niños y niñas "irregulares".

La Ley de Menores N°4447 creó, además, la Dirección General de Protección de Menores, los Tribunales de Menores y las Casas de Menores, denominadas Centros de Tránsito, Diagnóstico y Observación. Tal como lo señala Lombaert[92], el innovador sistema de protección, no discriminaba entre niños autores de delitos y los que se encontraban en situación irregular. Con algunas modificaciones a la normativa y con la creación de nueva institucionalidad, como la creación del Consejo de Defensa del Niño hacia 1934, Protinfa y Coname en reemplazo de esta última, la situación de los "menores en situación irregular", no se vio mayormente modificada hasta entrada la década de 1970, con la creación del Sename. Con todo, la relevancia de la Ley de menores de 1928, radica en que perfeccionó el rol del Estado en el cuidado de la infancia

---

[91] Daniela Fuenzalida. *Protección jurídica y social de la infancia: situación actual en Chile desde la perspectiva del derecho público*. Memoria para optar al grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, 2014.

[92] Erik Lombaert. "Modelos económicos y concepciones de la niñez y adolescencia", en *Revista Cuaderno de Trabajo Social*, 14(1): 54-74, 2020, p. 63.

desvalida que se había esbozado en la Ley N° 2,675 de 1912[93], otorgándole la responsabilidad de velar por la infancia bajo un marco tutelar. En su primer artículo, se expresaba el espíritu de la ley: "La función de atender al cuidado personal, educación moral, intelectual y profesional de los menores que, en los casos contemplados en esta ley, corresponda al Estado, se ejercerá por medio de la Dirección General de Protección de Menores"

Los niños vagos que eran apresados por la policía, debían pasar de manera obligada por el Primer juzgado de Menores, creado por la Ley N°4.447, que comenzó a funcionar en 1929 y tenía facultad sobre toda la Provincia de Santiago, y sus atribuciones estaban relacionadas con tuición, protección del tribunal en caso de abandono y peligro moral, mala conducta, abandono de hogar y delincuencia en todos sus grados

Hacia 1936, el juez de menores Samuel Gajardo señalaba la importancia de que el Estado se hiciera cargo de los menores en "situación irregular", ya que, a su juicio, existía la posibilidad cierta que terminaran siendo delincuentes. Igualmente, en base a su lectura de la ley, dividía a la situación irregular en tres grupos, los niños abandonados producto de fallecimiento de sus padres o el abandono de sus deberes, disgregación de la familia, etc., los que se hallaban en peligro moral o material y los delincuentes, haciendo énfasis en la relación abandono-delincuencia, al señalar que: "*Los niños abandonados constituyen un grave problema social, por cuanto, entregados a su propia suerte, son fáciles víctimas de la explotación, cuando no entran a la vagancia o la mendicidad, lo que constituye siempre una etapa preliminar de la delincuencia*"[94].

En 1935, el Primer Juzgado atendió a 2.265 menores de edad, de los cuales 763 correspondieron a menores de 14, siendo un 86,7% de sexo

93 Eric Palma. *La situación de vulneración de niños, niñas y adolescentes abordada en la legislación chilena entre 1833 y 2018*, Tesis para optar al grado de Magíster en Derecho, con mención en Derecho Público, Universidad de Chile, 2018, p. 4.

94 Samuel Gajardo. *Justicia con alma*, 1936, p. 27.

masculino, y un 13,2% niñas[95]. Hacia mediados del siglo XX, las causas que involucraban el fenómeno de la vagancia infantil se habían triplicado, llegando a más de 1800 casos de situaciones de abandono de hogar, mala conducta, mendicidad, peligro moral y protección del tribunal[96]. Estas cifras, si bien coinciden con el aumento de la población de Santiago, también hacen notar el aumento del fenómeno de la vagancia infantil.

El interés del estado por erradicar la vagancia infantil va configurando nociones que constituyen la base doctrinaria de la legislación y las prácticas asistencialistas hacia la infancia abandonada. El concepto de "irregularidad", presente en el lenguaje jurídico referente a los niños abandonados, huérfanos, mendigos, etc., se encontraba relacionado a los significantes de "lo anormal" en el período.

La noción de irregularidad es propia de una época, de un período histórico en donde la situación de la infancia abandonada se hacía crítica en las sociedades modernas. Así, por ejemplo, uno de los textos recurrentemente citado en las memorias de grado del período en estudio, de diferentes profesiones vinculadas a la infancia abandonada, es *La infancia irregular* de L. Bourrat de 1946, que apareció en francés en su primera edición. En las tantas definiciones que entrega para la noción de irregularidad, una de ellas señala que:

> Evidentemente, esos niños y esos adolescentes forman un grupo muy dispar, en el que entran los paralíticos, ciegos y

[95] Olga Hauck. *La reeducación del menor delincuente en Chile*. Memoria de prueba para optar al grado de Licenciado. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad de Chile. Santiago, 1937, p. 34.

[96] Norma Cabezas, Et. Al. *El problema del niño en situación irregular a través de las instituciones de mayor injerencia en la asistencia infantil de Santiago en el año 1953*. Memoria de prueba para optar al título de Asistente Social. Escuela de Servicio Social. Servicio Nacional de Salud, Santiago, 1956, pp. 108-109. Citado por Poblete, *Abandono*, op. cit., p. 32.

> sordos, retardados intelectuales, inestables y perversos; hasta enfermos. Su falta de adaptación puede estar ligada a causas muy diferentes: factores hereditarios, innatos o constitucionales, taras familiares o sociales; deficiencias o irregularidades educativas; traumatismos u otras afecciones médicas. Por último, su inadaptación puede revelarse en las condiciones más diversas: en el cuadro familiar, para los niños indisciplinados; en el cuadro escolar, para los retardados pedagógicos; en los tribunales, para los niños delincuentes […]. Habitualmente son designados con el término de anormales […][97].

También se mencionan los epítetos de "niños deficientes o en peligro moral", "niños desarmoniosos", "desequilibrados", "inadaptados", dados en diferentes contextos técnicos y académicos, pero que finalmente concuerdan en que la noción de *niños irregulares* es una nomenclatura que contiene a las antes mencionadas; "Esta definición permite englobar a toda la infancia deficiente y en peligro moral"[98], señala. La infancia deficiente es considerada una antítesis de la infancia normal, integrada a los cánones sociales y partícipes de las instituciones disciplinantes como la familia y la escuela. Los niños vagos se encontraban al margen de aquellas, lo que perpetuaba su irregularidad manteniéndolos como un potencial peligro para la sociedad.

La pedagogía francesa de las primeras décadas del siglo XX tenía por preocupación la integración de los niños considerados anormales a la institución escolar. Binet y Simón en 1917 publicaron en Francia su obra *Niños anormales*, texto que sería utilizado como manual para el trabajo con infancia irregular en contextos escolares, durante parte

---

[97] L. Bourrat. Et. Al. *La infancia irregular, psicología clínica,* Ed. Kapelust, Buenos Aires, Argentina, 1948, p. 2.

[98] Bourrat, *La infancia irregular*, op. cit., p. 4.

importante del período. Con un enfoque científico, desarrollaron explicaciones basadas en estudios de niños que no lograban insertarse a la estructura de significados y disciplina de la escuela pública. En este contexto, definen continuamente los lineamientos de los que podía considerar un niño anormal:

> ¿Qué son pues niños anormales, y por qué deben los poderes públicos interesarse en su educación? Han de hacerse aquí distingos, para que se nos comprenda bien. El lenguaje médico aplica el término de anormal a todo individuo que se aparta declaradamente de la media lo bastante para constituir anomalía patológica. En realidad, los anormales constituyen grupo por completo heterogéneo de niños; su rasgo común, verdadero carácter negativo, es que, por su organización física e intelectual, estos seres se vuelven incapaces de aprovecharse de los métodos ordinarios de instrucción y de educación usadas en escuelas públicas[99].

Dentro de la categoría de niños anormales, de acuerdo a la pedagogía francesa de Binet & Simon, se encontraban los niños "inestables", los indisciplinados considerados "anormales de carácter; se manifiestan por su turbulencia, verbosidad, falta de atención y, a veces, por su maldad"[100]. Eran los niños que no se adecuaban a las normas y estructura escolar y que "halla en la escuela un ambiente hostil, cuya disciplina le hiere"[101], los niños que provocaban problemas a sus maestros y a sus compañeros de clase, para los que la escuela pública de la sociedad moderna, no estaba en condiciones de retener, a los que no les interesaba

---

99 Alfred Binet y Th. Simon. *Niños anormales*, Librería y tipografía médica M Roig, Barcelona, 1917, p. 24.

100 Binet y Simon, *Niños anormales*, op. cit., p. 44.

101 Binet y Simon, *Niños anormales*, op. cit., p. 48.

lo que la escuela podía ofrecer, y en ocasiones eran rechazados por sus maestros y sus pares, por no compartir las mismas pautas culturales y muchas veces por ser pobres. Un problema común de los niños indigentes, era el no tener, siquiera, la implementación de vestuario mínima para asistir a la escuela, en consecuencia, lo que la escuela les podía ofrecer no era visualizado como una prioridad. Finalmente y como conclusión, los pedagogos señalaban: "*el inestable entra temprano en la vida, y ahí lo tenemos lanzado a la sociedad donde puede facilmente, dado su carácter, devenir dañino*"[102].

El castigo físico, como forma de someter a los niños irregulares a la disciplina, era recurrente, sin embargo, la infancia "inestable", entre ellos los niños vagos, no se sometían fácilmente, principalmente producto de su "tendencia dominante" y de "un orgullo indomable", transformándose esto en un problema para los pedagogos del período:

> Casi siempre el inestable se irrita y subleva contra el castigo, de modo que los maestros acaban por evitar infligírselo. Hay en esto señal de carácter muy interesante para el psicólogo, pero en cambio muy comprometido para la pedagogía. ¿Cómo entonces someter los inestables a cualquiera disciplina? Grave problema, tanto más necesario de resolver cuanto son los inestables los que se aprovechan de la educación de anormales; de ellos es de quienes se sacará mejor provecho. Opinamos que, para dirigir niños, ha de conocerse primero su tendencia dominante. La lectura de las respuestas al cuestionario, nos permite entrever que el principal móvil del inestable, es el amor propio, orgullo, vanidad, en una palabra, toda la gama de manifestaciones egoístas. En

[102] Ídem.

> naturalezas de este temple, el castigo no puede triunfar fácilmente, ya que encuentra como obstáculo orgullo a veces indomable[103].

En el ámbito de la infancia irregular chilena, la educación se consideraba como una herramienta terapéutica que podía revertir la situación de los niños abandonados, en tanto la comprensión del fenómeno se daba a través del filtro cientificista, en donde la pedagogía y la naciente psicología como disciplina, tendían a patologizar las conductas de la infancia irregular. En este sentido, la noción de *inteligencia*, propia de la psicología de la época, se abocaba a medir y a agrupar a los niños mediante test que eran aplicados en instituciones como escuelas y reformatorios. La pedagogía, la psicología y el derecho se encontraban íntimamente ligadas y compartían un objeto de estudio particular: el comportamiento de la infancia irregular. En este plano, Abelardo Iturriaga, quien llegaría a ser el primer director de del instituto Central de Psicología de la Universidad de Chile y quien era además docente en el Instituto pedagógico en la misma casa de estudios, señalaba hacia 1935 respecto las características de los niños anormales:

> Los niños de carácter anormal. Los encontramos también en las escuelas corrientes. Pero en los que pertenecen a medios pobres, los factores desfavorables del carácter se agravan con la pobreza intelectual, moral y sobre todo con la pobreza económica. Estos niños vagan un tiempo, o cometen delitos sexuales o se juntan con individuos de pésimos antecedentes. Son inestables,

[103] Binet y Simon. *Niños anormales*, op. cit., p. 55.

> impulsivos o kleptómanos. Tienen muy desarrollado el instinto luchador y el espíritu destructor[104].

La psicología hacía una taxonomía de la infancia irregular, niños anormales, abandonados y vagos, representaban un potencial riesgo para la sociedad moderna en formación. A partir de una perspectiva que emanaba desde una lectura científica del problema, se pretendía establecer la etiología de la infancia irregular que se comenzaba a definir con el concepto de "menores". Esta noción agrupaba a los niños abandonados, huérfanos y delincuentes: "*Los niños y jóvenes abandonados y delincuentes (en realidad el abandonado es un delincuente en formación), reciben también el nombre de menores, término que tiene más significación jurídica que psicológica o pedagógica, pero que posee la propiedad de abarcar tanto a los niños como a los adolescentes*"[105].

Las observaciones con carácter científico procuraban realizar una etiológía de la infancia abandonada, basada en un determinismo biologizante[106]. Se buscaban las causas del abandono y sus consecuencias en el contexto familiar; sus condiciones de habitabilidad, en las razones del abandono del padre errante o en los vicios de la madre, así como en el alcoholismo que afectaba a una parte importante de las clases populares. Estos elementos manifestados por la familia obrera, preocupaban a la *intelligentsia* santiaguina, tanto por las determinaciones genéticas que podía acarrear, como por ser considerados causa de una infinidad de

---

104 Abelardo Iturriaga (Profesor de Psicología del Instituto Pedagógico y Psicólogo de la Casa de Menores). "La inteligencia de los Niños y Jóvenes delincuentes". *Boletín de la Dirección General de Protección de Menores, Revista de psicología, pedagogía, derecho y psiquiatría*, Año III, septiembre de 1935, p. 734.

105 Ídem.

106 Ana García. *Protección jurídica y social de la infancia: situación actual en Chile desde la perspectiva del derecho público*. Memoria para optar al grado en Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, 2015, p. 52.

males que afectaba a la sociedad. Así, el discurso hegemónico consideraba que en la constitución de las familias populares y sus costumbres, yacían las causas de la situación de abandono de miles de niños y niñas en las ciudades:

> Los niños abandonados. Son huérfanos o ignoran el paradero de sus padres. El padre se va a trabajar a otro pueblo o es tan pobre que no puede mantener a la familia. También es frecuente que la madre, a veces viciosa, abandonada por el marido, se una a otro hombre y abandone a su vez a los niños. O bien ambos padres son bebedores y de mala conducta y no se preocupan de aquellos. Los menores entonces viven, o con personas emparentadas, tíos, abuelos, generalmente muy pobres, o simplemente con extraños, gente que se compadece de los niños o que quiere explotarlos[107].

De la misma manera, en el discurso pedagógico, la infancia abandonada era representada como un cuadro lúgubre, de características negativas, tanto a niveles físicos como intelectuales:

> El niño abandonado se caracteriza por su aspecto deprimido por su apocamiento, por su complejo de inferioridad. Son niños desnutridos, muchas veces con enfermedades contagiosas contraidas en los medios miserables en que han estado refugiados: conventillos, casas de pensión de último orden, casas de prostitución o la calle. Son comunes la sarna y las enfermedades venéreas. En el aspecto intelectual son débiles de la inteligencia en

107 Iturriaga, "La inteligencia de los niños y jóvenes delincuentes", op. cit. p. 735.

> gran porcentaje. Pero también los hay normales [...] En los débiles y en los normales se nota un gran retraso pedagógico[108].

Se consideraba que la trayectoria natural de un niño abandonado era la vagancia, que incluso era transmitida genéticamente; pues se pensaba que "*el vagabundaje o nomadismo se heredaría como un rasgo recesivo ligado al sexo, la tendencia sería transmitida por la línea materna*"[109]. Luego, la vagancia lo llevaría a convertirse en delincuente. También existían voces que ligaban definitivamente la herencia genética de familias alcohólicas a la anormalidad y la tendencia al mal, como se señalaba en la revista de Carabineros de Chile, en 1928:

> […] la tara hereditaria se localiza con notable predilección en el sistema nervioso […]. La funesta herencia del vicio no solamente ataca al niño antes de nacer, sino que le persigue aún mucho tiempo después de haber escapado de este peligro. El temperamento y las anormalidades constitucionales de los progenitores favorecen en la descendencia las tendencias al mal […][110].

Se pensaba que la única solución era la reeducación de los niños, y se veía a la educación como una tecnología con el potencial de cambiar la trayectoria de individuos destinados, producto de una serie de taras heredadas y por su desarrollo por fuera de la familia y la escuela, a la delincuencia. Hacia 1935, se señalaba que:

---

108 Ídem.

109 Iturriaga, "La inteligencia", op. cit., p. 737.

110 "La herencia de la criminalidad", en *Revista de los Carabineros de Chile*, N°6, año 1, 1928, p. 39

> Los vagos. Son numerosos. Un niño abandonado cae casi siempre en la vagancia. Pero los hay también del segundo grupo (anormales del carácter), como los inestables, los nómades, los discordantes en su desarrollo intelectual y afectivo. Los vagos se transforman más tarde en rateros o en holgazanes ya que no han adquirido hábitos de iniciativa, perseverancia, exactitud, etc. La inteligencia quedará escasamente desarrollada por falta de estímulos, y el carácter se deformará totalmente. La tarea de la reeducación es imprescindible y al mismo tiempo difícil[111].

En 1949, en el contexto de las Jornadas Nacionales de Ciencias Penales, los profesionales de diversas áreas como magistrados, profesores, abogados, médico psiquiatras, criminólogos, representantes de la policía y visitadoras sociales, discutieron sobre una diversidad de temas, entre ellos el de los menores abandonados, "anormales" y delincuentes. La necesidad de incluir dentro de un concepto general a los menores vagos, delincuentes, mendigos, abandonados, etc., hizo que en aquellas Jornadas se discutieran y analizaran aspectos comunes a cada uno de los grupos mencionados. Se concluyó entonces que aquellos menores mostraban marcadas desviaciones de la conducta, en uno u otro sentido, en comparación con otros menores cuya conducta era, convencionalmente, calificada como normal. Mediante este tipo de encuentros el concepto de "menores en situación irregular"[112] se fue fortaleciendo y llenando de significantes que cruzarán las normativas y las acciones de las instituciones hacia los niños de la calle durante todo el siglo XX.

---

[111] Iturriaga, "La inteligencia", op. cit., p. 735.

[112] Roberto Caqueo, Et. Al., *Menores en situación irregular: un estudio de algunas instituciones existentes y sugerencias para posibles medios de rehabilitación*. Seminario – memoria para optar al título de Profesor de Estado en las asignaturas de Inglés, Historia y Geografía y Castellano, Universidad de Concepción, Facultad de Filosofía y Educación, Departamento de Psicología, 1967, p. 9.

El problema de la "no frecuentación" escolar de la infancia indigente

A inicios del siglo XX, la sociedad santiaguina se encontraba convulsionada. Mientras la oligarquía terrateniente y mercantil financiera se encontraba viviendo la *belle epoque*, producto de las ganancias de la minería del salitre y de los negocios basados en las exportaciones agrícolas, una parte importante de la sociedad chilena se encontraba viviendo una profunda crisis social, relativa a las pésimas condiciones de vida en la ciudad.

Una de las manifestaciones terribles de la cuestión social, hacia fines del siglo XIX e inicios del XX, que atacó principalmente a las clases populares, fue el fenómeno de la mortalidad infantil. Las condiciones de habitabilidad de los grupos pobres de la ciudad y la especulación de los arrendadores, las migraciones campo-ciudad y la escasa infraestructura urbana, así como el alcoholismo y la desintegración de la familia obrera, acompañada de altos índices de morbilidad en el plano de enfermedades infectocontagiosas, afectaron principalmente a los más desvalidos de la sociedad. La mala nutrición de los niños y niñas agudizó la prevalencia de enfermedades degenerativas, y la presencia de enfermedades transmitidas en el nacimiento, como la sífilis, provocaba un debilitamiento y problemas congénitos en los niños y niñas sobrevivientes. En los años de la Primera Guerra Mundial, Chile presentaba índices de mortalidad incluso más altos que los países que se encontraban en abierto conflicto bélico[113].

En este cuadro general, la asistencia a la escuela no era una situación que las familias proletarias consideraran de primer orden. En general, la sociedad chilena aún no desarrollaba un interés por la educación, excepto en las familias acomodadas y de preferencia en el mundo

[113] Carla Segovia & Miguel Trina, *Vida y muerte*, op. cit., passim.

masculino, para el resto de la sociedad, la instrucción escolar se encontraba aún en ciernes. Hacia 1900, Chile contaba con 2.712.145 habitantes, de los que 756.893, el 28%, sabía leer y escribir, mientras que entre la población escolar, de 5 a 15 años, que ascendía a 647.955 niños y niñas, de las que tan sólo el 17% asistía a la escuela[114].

Los pocos niños y niñas que asistían a la escuela, lo hacían de manera esporádica, por las grandes distancias que debían recorrer en el campo, por ejemplo, o por la falta de materiales e insumos escolares mínimos, como lápices y cuadernos o ropa y zapatos. El resto de los niños y niñas se dedicaban a otras actividades: a cuidar de los hermanos menores y del trabajo doméstico en el caso de las niñas principalmente, o en actividades agrícolas y de cuidado de animales en general; en el campo, tanto niñas como niños. En la ciudad, por su parte, los niños desarrollaban actividades como suplementeros, corteros, lustrabotas, o cualquier actividad, legal o ilegal, que les permitiera reditar algo de dinero.

La escuela era concebida por médicos e intelectuales del período, como Pedro Bannen y Eloísa Díaz, por ejemplo, como un dispositivo civilizatorio de las clases populares[115], que era necesario fomentar como una manera de promover el desarrollo de la nación. En ese sentido, y con un espíritu "liberal y progresista", Pedro Bannen, como miembro de la Sociedad de Instrucción Primaria, comprendió la necesidad de crear "escuelas para proletarios", y como lo demuestra María Angélica Illanes, la intentó implementar, pero al no tener el apoyo de aquella organización, lo hizo por cuenta propia, y para eso eligió uno de los barrios aledaños al Río Mapocho, el Arenal, en la vieja Cañadilla:

---

114 "La Ley de Instrucción Primaria Obligatoria" ante el Senado, Santiago, 1903, (datos construidos en base al Censo de 1895).

115 María Angélica Illanes, "*Ausente, señorita" El niño chileno, en la escuela para pobres y el auxilio, Chile, 1890-1990.* Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas, Santiago de Chile, 1991, passim.

Al norte de la ciudad existe uno de los barrios más poblados y más antiguos, donde el progreso ha sido más lento, pues todavía se ven allí esos conventillos que son verdaderas colmenas humanas. Nos referimos al llamado barrio del Arenal, lo que formaban la vieja Cañadilla, por donde entró el Ejército victorioso de Los Andes. Fue ese centro de población, en su mayoría indigente, donde pululan por millares los niños pobres, el elegido por el Sr. Bannen para establecer su modesta escuela de proletarios.

Encontró una antigua casa tejada, de pobrísimo aspecto, situada en la calle Pinto, esquina Escanilla, en el corazón mismo del dilatado barrio.

En abril de 1899, Bannen abrió su escuela con el entusiasmo de un apóstol. Pero, ¡extraño fenómeno!, los niños a quienes estaba dedicado este plantel, no acudieron al primer llamado.

Era porque los niños estaban demasiado habituados a la calle, al vagar libre, y porque sus padres, que no sienten anhelos de mejoramiento, por el egoísmo que engendra la necesidad, emplean a sus hijos en todos los menesteres domésticos y consideran que es una carga tener que mandarlos a la escuela.

Fue preciso ir a sus propios hogares, incitar a los pequeñuelos por halagos, obsequiándoles con dulces y galletas y persuadir a los grandes del deber de procurar la instrucción de su prole.

[…] Veinte fueron los primeros alumnos de la nueva escuela. Al principio se hizo menester contemporizar con su natural indocilidad para conseguir que continuaran asistiendo día por día. Había que acostumbrarlos a permanecer sosegados, atentos, que aprendieran a sentarse, es decir, inculcarles el espíritu del orden y de la disciplina escolar.

[…]. Pero en general los resultados fueron satisfactorios […]. Quedaba comprobada la posibilidad de instruir a los niños

> menesterosos del pueblo, a todos esos niños que se solazan fuera de sus viviendas, a quienes tanto les da dormir "acurrucados" bajo los sofáes de piedra de la Alameda, o bajo las grandes vigas de los puentes del Mapocho[…][116].

A pesar de estos esfuerzos particulares, el problema de la inasistencia radicaba en situaciones vitales de la infancia popular, la alimentación, el hambre de los niños, les impedía siquiera pensar en asistir a la escuela. En esta línea, y con la intención de combatir la desnutrición infantil y atraer a los niños indigentes a la escuela, en 1908 se crearía la agrupación denominada "Olla infantil", cuya finalidad era alimentar a los niños indigentes que asistían a las escuelas primarias. El mismo año se creó la Sociedad de Ollas Infantiles. En 1929, existían 30 instalaciones de este tipo, en escuelas públicas y privadas en Chile y se repartían 96.000 raciones[117].

La preocupación por la educación de la infancia irregular, de los niños huérfanos o abandonados, se presentó como un fenómeno recurrente. En Chile, la Ley de instrucción primaria obligatoria N°3.654, de 1920, señalaba en su artículo 6° que "*La indigencia no excusa de la asistencia escolar*", y se establecían multas y penas menores para los padres y cuidadores de los niños que no fueran enviados a la escuela. El Estado comenzó a realizar esfuerzos para educar a los niños vagos, los hogares de niños huérfanos y otros dispositivos privados y públicos, contaban con planes para formar a los niños principalmente en los ámbitos morales y de higiene.

Como complemento a la Ley N°3.654, en 1928 se instauraron las Juntas Comunales de Auxilio Escolar, encargadas de promover y organizar los servicios de alimentación y auxilios para las escuelas públicas.

---

[116] *Sociedad Escuela de Proletarios. Reseña histórica*. Imp. Cervantes, 1910, p. 6.

[117] *Las ollas infantiles de Chile*, Imprenta Arturo Prat, 1929.

También se les solicitó "*vigilar y asegurar el cumplimiento de la obligación escolar* [...] *y de un modo especial, promover y organizar los servicios de alimentación escolar y otros auxilios a los alumnos de las escuelas públicas*[...]"[118]. Fue el organismo que tuvo la responsabilidad, mediante el auxilio escolar, de hacer cumplir la obligatoriedad de la ley de instrucción primaria y fomentar la asistencia y la permanencia de los niños a la escuela, en la larga implementación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria.

El discurso civilizatorio de inicios del siglo XX, que concebía a la educación como un instrumento civilizatorio, fue siendo desplazado ya hacia la década de 1930 por uno que concebía a la educación como un instrumento técnico de cambio cultural, especialmente dirigido hacia la infancia popular. En la misma línea, se hablaba de reeducar a la gran masa de niños y niñas que pululaban por las calles de Santiago en el contexto de una nueva crisis económica. La inasistencia escolar de los niños indigentes, grupo que incluía a los niños vagos, fue un problema en la instalación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria.

La inasistencia "o no-frecuentación", representaba uno de los principales obstáculos a la recepción de la oferta educativa en las clases populares. El diagnóstico del problema apuntaba principalmente a aspectos sanitarios y sociales que afectaban a la infancia popular y que incidían en la inasistencia a los establecimientos, a pesar de las medidas coercitivas implementadas a partir de la ley de instrucción primaria obligatoria. Las causas de la "desviación" infantil, que implicaba la inadaptación manifestada en la no frecuentación escolar, podían ser de orden hereditarias o adquiridas, como enfermedades o causas sociales y culturales, manifestadas en las condiciones de habitabilidad y las creencias de los padres. En palabras de un experto del período:

---

118 DFL 5.319 Dirección General De Educación Primaria, Ministerio de Educación Pública, Art. 19.

> Las causas de la no-frecuentación escolar. Estas causas pueden ser consideradas desde varios puntos de vista:
>
> 1.° La no- frecuentación debida a factores psíquicos y constitucionales, que alteran la personalidad y la psicología del niño, haciendo de él un desviado del tipo común, por consiguiente un inadaptado al programa y a la disciplina escolar y sobre todo a la vida colectivas. Este estado puede ser debido a la constitución hereditaria o a enfermedades adquiridas, que pueden hacer del niño un psicópata, un anormal mental y social.
>
> 2.° La no-frecuentación por causas de enfermedad. Los estados patológicos que ejercen una perniciosa influencia en los escolares pueden ser pasajeros y repetidos, o agudos, o, en fin, crónicos.
>
> 3.° La no-frecuentación por causas de orden social, representando diversos factores a substratum económico o moral, como la ignorancia y atraso de los padres que consideran la instrucción de sus hijos como una carga costosa e inútil, la pobreza, la insuficiencia y la insalubridad de las habitaciones, subnutrición de los escolares, la lejanía de las escuelas, los procedimientos y métodos de enseñanza inadecuados, son todos factores que influyen directamente y en gran medida sobre la frecuentación escolar[119].

De las "anomalías de carácter y mentales" que incidían en la inasistencia de los niños indigentes a la escuela, la "herencia" fue considerada central. Esta determinaba, como un estigma, la conducta y las capacidades de la infancia pobre que devenía indisciplinada y vagabunda. Así, hacia 1931, Claudio Salas difundía que:

---

119 Claudio Salas. "El problema de la no-frecuentación escolar en Chile", *Revista de Educación,* 28 (1931), p. 53.

> La herencia sifilítica, alcohólica, neuropática, tuberculosa, explica etiológicamente la producción de perturbaciones nerviosas del carácter o mentales, de que están atacados los niños indisciplinados y de frecuentación irregular. En esta categoría se reclutan los delincuentes y los vagabundos. En efecto, la generalidad de estos niños presentan una debilidad mental y un grado de atraso intelectual marcados y a menudo una forma de desviación moral[120].

En 1920, de cada 100 niños que se encontraban en la obligación de asistir a la escuela, sólo 51 lo hacían. Veinte años después, en 1940, la situación no había cambiado de manera sustancial, pues de 100 niños que asistían a la escuela, 57 lo hacían, mientras que 43 "*vagaban por las calles, habían sido lanzados a la mendicidad o incorporados prematuramente a la vida del trabajo*"[121]. En 1963, la situación de la infancia "desertora", compuesta en gran número por "niños vagos" que no asistían al colegio, por diversos motivos de irregularidad, evidenciaba que "*en la actualidad 568.900 niños entre 7 y 14 años, un 29% de la población escolar no recibe ninguna enseñanza. 435.000 jóvenes, entre los 15 y los 19 años que no van a la escuela*"[122].

Posteriormente, en el gobierno de la Unidad Popular se dio énfasis al gasto fiscal en educación, aumentando en el período 1970 a 1972, de un 17,4 a un 19% del gasto fiscal total[123]. Sin embargo, la expansión del sistema educativo se dio principalmente en la educación media[124].

---

120 Ídem.

121 Ektor Franco. "La exposición retrospectiva de la educación chilena", *Revista de Educación,* 4 (1941), p. 8.

122 Federación de Educadores de Chile, El Magisterio para el pueblo. Proyecto de Asistencialidad Escolar, "Chile, 1963", citada en María Angélica Illanes, 1991, p. 249.

123 Carmen Luz Latorre. *La asignación de recursos a educación en los últimos años*, Santiago, 1978, p 17.

124 María Angélica Illanes, "*Ausente, señorita"*, op. cit., p. 278.

Los niños del Río Mapocho y la irrupción de las instituciones de la Iglesia y Carabineros a mediados del s. XX

Alrededor de la década de 1950, la situación de los niños y niñas que vivían en las calles de Santiago, incluyendo el barrio Mapocho y los puentes del río, no se vio sustancialmente modificada, las instituciones, bajo el marco legal imperante intentaron, bajo diferentes preceptos y con distintos objetivos encontrarlos, "recogerlos" y confinarlos. Los niños veían en la policía y en los curas que bajaban al río una amenaza más para su integridad. De ellos había que huir, pues implicaban el ingreso a reformatorios o casas de acogida. Esta experiencia vivida por los niños, se encuentra contenida, principalmente en la literatura, por ejemplo, en las obras de Alfredo Gómez Morel o de Enrique Lafourcade.

En "El río", novela autobiográfica de Alfredo Gómez, situada a fines de la década de 1930, se describe la relación que Toño, un "niño pelusa" del Mapocho, desarrolla con las instituciones como la escuela, los reformatorios, las instituciones de la iglesia y la cárcel. De una manera descarnada, relata la forma en que sufre de un sinfín de abusos al interior de escuelas y prisiones para menores, las que en el período se encontraban en el mismo recinto que las de adultos[125]. Muestra como el mundo adulto que tenía por función acoger y proteger a los niños huérfanos y de la calle, habitualmente, terminaba abusando de ellos.

Lafourcade, por su parte, recrea en su novela, la experiencia realista de Juanito, un pelusa del Mapocho que vivía junto a su pandilla a mediados del siglo XX. En uno de los pasajes recrea el terror que los niños del Mapocho sentían por los curas que bajaban al río a lacear niños para llevarlos a las casas de acogida:

---

[125] Alfredo Gómez, *El Río*, op. cit., p. 99 y ss.

De pronto alzó los ojos. Un ruido suave, un rumor que persistía. Algo, algo bajaba por el puente. Algo oscuro, gris, un animal, una rata negra gigantesca, larga. Una mano[...] No, una escalera[...] ¡Una escalera! Dio un salto, comprendiendo. -¡Los curas, h'ones!

La pirámide se estremeció como si un aire la trizara, como si una astilla de hielo, una espada en llamas, la hubiese partido. -¡Los curas! ¡Los curas! - chilló el Carlitos Gardel, remeciendo a perros y niños.

La escalera ya había topado las lajas del río. Una sombra trataba de bajar. -¡Los curas!- gritaron ahora varios, desconcertados, aunque aún sin atreverse a deshacer la sólida geometría de sus sueños.

De pronto, el miedo fue penetrando en la clausura, y la conciencia del atroz peligro. De súbito la pirámide explotó, se derrumbó en medio del terror de las epidermis fragmentadas, y del deslumbramiento del centro tibio y escondido. La mitad de los niños escaparon, dormidos soñando.

-¡Apretemos, mierda!- Ordenó el Juanito.

-¡Los curas, maricones!

Un grupo corría hacia el puente Purísima, por el lecho del río. Otros salieron hacia las cloacas. Ya se advertía mejor el peligro. En medio de la luz, que iba transformándose en celeste, mostrando las aguas el río, las imágenes negras de los curas, presididas por una, regordeta. Más escaleras. Linternas. Se escuchaban en el aire el zumbido, como de una mariposa, de los lazos.

Dos sacerdotes con lazos, con las sotanas atadas a la cintura.

- ¡Corran, h'ones! - gritó de nuevo el Juanito, saltando entre las piedras, metiéndose al agua.

-¡Al agua!

-¡A la isla!

-¡Agachen la cabeza! ¡El lazo![126].

De noche y cuando se acercaban los días fríos de invierno, el sentimiento de caridad movilizaba a los curas a bajar a las riberas del río canalizado, para salvar a los niños de su posible muerte por hipotermia o por ahogamiento, como lo indica una crónica publicada en el periódico Las Últimas Noticias en 1944, donde se indica la muerte de siete niños ahogados en las zanjas realizadas por trabajos en la rivera del Río Mapocho, en aquel lluvioso invierno:

> […] el río en estos inviernos terribles debe conmoverse, porque se ve obligado a quitarles su hogar […] los niños sin madres, estaban haciendo en el Parque Forestal, cerca del puente de Recoleta, unas zanjas para pasar, no sé qué alambres. Era invierno, hacía mucho frío. Era una tarde bonita vestida de arreboles, la brisa cantaba en los grandes árboles, pero hacía frío. Los niños eran, tal vez, siete. Se acostaron aquella tarde en las zanjas. Allí estaba abrigado. Nadie pudo suponer que en la noche lloviera. Pues bien, llovió torrencialmente, tanto que las zanjas se llenaron de agua. Los pobres muchachos, tomados de sorpresa, no pudieron salir. Les fue imposible, nadie los vio, nadie los pudo aliviar.

[126] Enrique Lafourcade. *Novela de Navidad*, Santiago: Zig-Zag, 2014 [1965], p. 65.

> Al día siguiente, señora, los niños hijos de nadie, amanecieron ahogados […][127].

También lo señaló el poeta Teófilo Cid en el prólogo de su libro *Niños en el río*, y como testigo de la muerte de un grupo de niños que vivían en los puentes del Mapocho en 1953:

> La noticia no apareció en la prensa. La ciudadanía -ejemplar palabra- ésta como avergonzada, había querido ocultar, de esa manera hipócrita, el triste suceso. Pero el hecho dejó caer sus semillas en el ánimo del poeta y de esa polinización resultó el poema que ahora presentamos al público[...]. Aquella noche del riguroso invierno de 1953, habían muerto, ateridos por el frío, varios niños, de esos que la sociedad, con inmenso egoísmo, mantiene aún bajo los puentes del Mapocho. Ellos son la prueba palpable y fresca de la enorme falla de la realidad, pétrea y rugosa. El racimo de sus cadáveres destila un agrio alcohol sobre nuestras pasajeras dichas y continúa -a pesar del tiempo inexorable- envolviéndonos en sus melancólicos vapores[128].

Del mismo modo, en la investigación desarrollada por Carmen Carmona, en el contexto de su tesis de grado de pedagogía en castellano de 1962, describe la muerte de ocho niños en las calles de Santiago, suceso que habría movilizado a las autoridades de la época para crear el Hogar Nocturno Infantil, a cargo de la Casa Nacional del Niño de dependencia del Servicio Nacional de Salud:

---

127 *Las Últimas Noticias*, Santiago, 1944.

128 Teófilo Cid. *Niños en el río*, Santiago, Ediciones Espadaña, 1955, p. 6.

> En el invierno de 1954, un invierno más frío que los corrientes, y ante el espectáculo de la muerte de ocho niños, debido al frío, en las calles de Santiago, el entonces Presidente de la República, don Gabriel González Videla solicita la cooperación de la casa Nacional del Niño, para que albergara durante la noche a los niños vagos de la ciudad. El 6 de julio de 1954 alojaron en las salas de la institución los primeros 15 niños. Esta primera redada fue traída por carabineros y por miembros de la Defensa Civil [...][129].

Así como el Hogar infantil del Servicio Nacional de Salud, también el Ejército de salvación, el Hogar de Cristo y Nuestra Casa, fueron algunas de las organizaciones que desde mediados del siglo XX, se esforzaron por sacar a los niños que dormían en los puentes del río Mapocho, la mayoría movilizados como reacción a las pésimas condiciones en que vivían los niños del Mapocho.

También hubo iniciativas individuales, como la de Polidoro Yáñez, quien intentó sacar a los niños del río, estableciendo una "República de los Niños", una metodología de trabajo que buscaba empoderar a los niños vagos que asistían al hogar, para superar la calle:

> Una tragedia familiar en su vida hizo que Polidoro Yáñez abrazara la noble causa de emplear el resto de sus días en un esfuerzo para salvar a los seres descarriados de la sociedad, que desde su más tierna edad y huérfanos del amor maternal, se ven obligados a robar para poder subsistir.

129 Carmen Carmona Castro. *La atención y educación de los niños en situación irregular y el hogar infantil del Servicio Nacional de Salud*, Memoria de prueba para optar al título de Profesora de Estado en la asignatura de castellano, Universidad de Chile, 1962, p. 28.

> Así ocurrió hace algunos años, cuando Polidoro Yáñez se dio a la tarea de afrontar la enorme responsabilidad de sacar los vagos del Mapocho y reeducarlos para que se conviertan en hombres dignos de ser incorporados al seno de la sociedad. Eligió más de un centenar de ellos y comenzó la dura jornada de convencerlos de que debían abandonar sus malos hábitos, aprender a ganarse la vida honradamente y respetar a sus semejantes […]
>
> Para hacer conciencia en ellos de la responsabilidad y posibilidad que cada cual tiene en la colectividad, formoles una especia de República Autónoma, con sus ministros de Estado y su aparato administrativo […]. Son muchos los contratiempos vicisitudes que ha tenido que sufrir este idealista con sus parias, para poder sobrevivir con su curiosa "República"; sin alimentos ni vestuario, luchando contra la fuerza ciega de los elementos a plena intemperie, durante el frío y las lluvias invernales y el calor abrasador del verano; contra la incomprensión de los hombres y la indolencia de las autoridades, la vida de este pequeño conglomerado representan una verdadera odisea de la tragedia humana, cuyos capítulos finales están resultando un triste y doloroso fracaso de un experimento social[130].

La falta de recursos y medios materiales habría hecho que la iniciativa de Polidoro Yáñez llegara a su fin, dejando una leve huella en la historia de la vida de los niños vagos del Mapocho, hacia mediados del siglo XX.

Entre las organizaciones vinculadas a la iglesia católica se encontraba "Mi Casa", que fue fundada en 1947 por el presbítero Alfredo Ruiz Tagle, quien contaba que "*El trabajo en servicio de los niños desamparados se*

---

130 "El extraño caso de don Polidoro Yáñez y los parias del Mapocho, el fracaso de una gran labor social", *Fortín Mapocho*, 17 de septiembre de 1947.

inició con once niños 'pelusas' del Mapocho[…]"[131]. Esta institución, comenzó a recibir aportes del Estado a partir de 1967, una vez promulgada de la Ley de Menores. A partir de este hito, su fundador señalaba que, "*fue necesario iniciar el aumento en la captación de menores objetos de la ley*"[132]. A partir de este proceso, lograron ampliar su obra a diferentes zonas el país, en Arica, San Antonio, cinco casas en Santiago, Temuco, Valdivia y Osorno. En ese período también se creó la Policía de Menores, el "levantamiento" de niños vagos estaba a cargo de Carabineros de Chile, quien los derivaba a los tribunales en los cuales los Jueces de Menores establecían su destino. Alfredo Ruiz, fundador de Mi Casa, resaltará la labor de esa institución en la década de 1960 y reconocerá, "*en forma muy especial el trabajo, dedicación y 'conocimiento' del problema del distinguido oficial, coronel (R) Alfredo Vicuña Ibáñez, quien cuando era teniente en Concepción, inició el trabajo con menores con un espíritu y abnegación encomiables*"[133]. La rápida expansión de Mi Casa, entre fines de 1960 e inicios de 1970, se vio frenada por la disminución de la subvención en el gobierno de la Unidad Popular y se vio obstaculizada, de acuerdo a lo que señalaba Alfredo Ruiz Tagle, por la "infiltración marxista" en las casas de acogida, especialmente en la de Temuco en 1971, por lo que "se tuvo que despedir de la Fundación en pleno régimen de la Unidad Popular" a 80 trabajadores de la institución[134].

La fundación mantuvo su expansión y su calidad de institución colaboradora del Estado en la ejecución de dispositivos del Sename, durante la dictadura militar.

Respecto al "Hogar de Cristo", fundado en 1944, probablemente la figura del Padre Alberto Hurtado es la más representativa en el trabajo con niños vagos del Mapocho hacia la década de 1950. Alberto

---

131 Alfredo Ruiz Tagle. *Arauco la Bronca*. Ed. Andrés Bello, 1983 p. 1.

132 Ibid., p., 2.

133 Ibid., p., 3.

134 Ibid., p., 4.

Hurtado manifestó tempranamente su preocupación por los pobres. El sacerdote jesuita salía por las noches a buscar a los niños que dormían bajo los puentes del río Mapocho, alrededor de una fogata, apiñados junto a sus perros para mantener el calor y pasar los duros inviernos[135].

También los ubicaba en la Piscina escolar, que posteriormente sería conocida como piscina de la Universidad de Chile, cuyo sistema de calefacción hacía que sus muros exteriores de mantuvieran calientes, o en los transformadores eléctricos de la Plaza Italia, o en cualquier lugar que les permitiese capear el terrible frío invernal de la ciudad. Su técnica consistía en llevarles café y cigarros a los grupos de "pelusas", y tratar de convencerlos de ir a los refugios de invierno. Al inicio, los niños vagos del Mapocho huían de Alberto Hurtado, así como lo hacían de la policía y de los adultos en general, que casi nunca ofrecían nada bueno, sin embargo, ante la insistencia del hombre de la sotana negra, accedían a ir a la hospedería de la calle López de Bello, recién fundada en 1944, siempre y cuando pudiesen ir con sus fieles mascotas; sus perros. Así lo rememoraba Juan Cerda, en 2003, quien fuera un niño de la calle, un "pelusa" del Mapocho, en la década de 1940.

> Me acuerdo que cuando llegó el padre Hurtado, habíamos un montón más o menos durmiendo ahí, con los perros. Y llega el padre y nos dice: "a ver patroncitos[...] yo tengo una casa grande para ustedes, quiero que se vayan para allá, para el hogar"[...] nosotros lo mirábamos pa' rriba[...] porque era un cura más o menos de dos kilómetros de alto, o al menos esa sensación daba[...]. Entonces el "cara 'e sopaipilla" me dice; "oye llegó el vampiro". Le decían el vampiro, porque tenía unos dientes grandes, y como era tan alto y con su sotana negra[...] en seguida nos dijo "ya, quien se va conmigo"[...] pero había un chiquillo que no quería irse al

135 "Pero hay otros niños…" *Las Últimas Noticias,* 24 de junio de 1944, p 2.

> Hogar, y sacó una cortaplumas, amenazando al curita[...] pero nosotros forcejeamos hasta quitarle la cortapluma[...] la pesque y la tiré a agua[...] y después el tonto me quería pegar, era un poquito más grande que yo, cuando se calmó le dije: "mira, vos estai cometiendo un error grande", le dije[...] "pa' qué le queriai pegar al cura con la cortapluma[...] sabis que el cura viene a hacer una obra por nosotros[...] y nos va a llevar, fijo que nos va a llevar a alguna parte"[...] Entonces dijo el cura "súbanse por esos cordeles", y como había enredaderas pa' arriba[...] "súbanse por esos cordeles", dijo y se pescan bien de la enredadera y me esperan arriba en el puente [...] Hizo un viaje primero, y después vino a buscarnos a nosotros. Dos viajes hizo, porque la camioneta era muy chica[…][136].

En 1961, el Hogar de Cristo contaba con 18 hogares y atendía a 430 niños. Esta década presencia una nueva modalidad ensayada por esta institución formalmente laica, pero de espíritu católico, consistía en integrar a familias "bien constituidas"; matrimonios con hijos, que serían los responsables de cuidar y dar educación a los niños vagos. La nueva modalidad, apuntaba a que los niños se desarrollaran en un ambiente familiar y recibieran el afecto que hasta ese momento no habían recibido por parte del mundo adulto. El Hogar de Cristo contrataba a las familias para que recibieran a 12 niños, les enviaran a la escuela, se preocuparan de su ropa y sus comidas. La idea era superar el modelo de aislamiento de los menores, con el fin de reeducar a los niños y jóvenes.

[136] Juan Cerda, nacido en Chillán en 1930, citado por María Bravo & Patricia Madrid, *El otro Santiago,* op. cit., p. 35.

La idea, que tenía un trasfondo técnico, no prosperó, llegando a su fin en 1967, debido a motivos de orden presupuestario[137].

El año 1958, ambas fundaciones, Mi Casa y el Hogar de Cristo, realizaron un estudio para determinar la magnitud del problema de los niños vagos, llegando a la cifra que fluctuaba entre los 300 a 600 niños viviendo en la calle. Ya en1961, y frente al desarrollo del que sería el evento global más importante del período, el mundial de fútbol, el Estado y las instituciones preocupadas del problema, tomaron en consideración las voces que hablaban de la pésima imagen que daría el país si los extranjeros que asistían al evento vieran este "espectáculo callejero" de los niños abandonados vagando por la ciudad, por lo que se decidió realizar un empadronamiento a los niños para luego sacarlos del río y llevarlos a las instituciones. Respecto a este último punto, vinculado a los números reales de niños que vivían en la calle hacia inicios de la década de 1960, el secretario General de la Comisión Interministerial de Menores, Carlos Hurtado E., señalaba:

> Es mucho lo que se especula con los números. En 1961, en vista del Campeonato Mundial de Fútbol, se realizó un trabajo coordinado entre diversos servicios, tanto públicos como privados, para evitar el espectáculo callejero de los niños pidiendo limosna. En ese tiempo, aunque el problema era más agudo que ahora, bastó un establecimiento, el Hogar de Emergencia de la Dirección de Asistencia Social, con una buena coordinación policial y otras instituciones de asistencia, para que el espectáculo callejero desapareciera. La mayor cantidad de menores que albergó este establecimiento fue de 215; si a éstos se agregan los que se internaron en la Comisaria de Menores y los que llegaron

[137] Escudero, J. C. (2013). "Los Orígenes del Hogar de Cristo en Chile". Série-Estudos - Periódico Do Programa De Pós-Graduação Em Educação Da UCDB, (25). https://doi.org/10.20435/serie-estudos.v0i25.307.

> al Hogar de Cristo, el número de Menores provisoriamente internados sube a trescientos[138].

Durante la década de los 60 se promulgó la Ley de Menores N°16.618 de 1967, que dió paso a la instalación de una renovada institucionalidad dirigida al trabajo de erradicar la vagancia infantil y dar protección a los menores irregulares. Esta legislación, promovió el trabajo de las instituciones privadas que venían preocupándose de los menores en situación irregular, especialmente con los niños vagos del Mapocho.

Paralelamente al trabajo desarrollado por las fundaciones de inspiración religiosa, como Mi Casa y el Hogar de Cristo, Carabineros de Chile comenzará a desarrollar iniciativas tendientes al trabajo con la infancia irregular. A fines de la década del 50, Alfredo Vicuña Ibáñez, Capitán de Carabineros, tenía la misión de derivar a orfanatos y reformatorios a los niños que encontrara durmiendo o vagando por las calles de Concepción. En este contexto es que implementó la idea de inaugurar un "Club de Menores", en 1959. Posteriormente, en 1960, y producto del terremoto que azotó al sur de Chile ese mismo año, la cantidad de niños vagos aumentó en Concepción, lo que llevó a transformar este Club en un Hogar de Tránsito, que estaba a cargo de Carabineros. En 1962, el alto mando institucional evaluó positivamente la iniciativa, trasladando a Vicuña a Santiago con el fin que replicara la experiencia en la capital. Paralelamente, la institución policial comenzó el proceso de incorporación de personal femenino.

La incorporación de la policía uniformada al cuidado de los niños en situación irregular, especialmente los niños huérfanos, abandonados y vagos, no estuvo exenta de polémica, en tanto se le acusaba, desde la vereda de las instituciones de fundamento eclesiástico, de no tener

---

138 Carlos Hurtado. "Los menores abandonados, tema de siempre", en *Revista Mensaje* Vol. 13, N° 131 (agosto, 1964), p. 360.

experiencia en la temática y de fomentar el aumento de los niños vagos, más que de terminar con el "círculo vicioso" que pretendían romper. En 1964, tres años antes de la promulgación de la Ley de Menores, que terminaría refrendando su inclusión en el trabajo con niños en situación irregular, se cuestionaba el trabajo de carabineros con la infancia desvalida, en tanto se decía que en su rol de garantes del orden, debían estar abocados principalmente a la prevención de la delincuencia, a lo que la institución respondía que:

> Tanto el mantenimiento del orden, como el espacio preventivo de la delincuencia se encontraban hasta hace poco afectados por la gran cantidad de niños abandonados que pululaban por las principales ciudades del país. En aquellas circunstancias se producía el nefasto y conocido círculo vicioso protagonizado por la calle, el niño, el carabinero, el tribunal y nuevamente la calle[139].

Desde la institución se argumentaba que la rotativa se producía por la falta de capacidad asistencial de los organismos encargados, por lo que debían intervenir para romper ese círculo, creando organismos de internación.

En 1964, el sacerdote jesuita Carlos Hurtado, director del Hogar de Cristo, se preguntaba a qué se debía el interés de carabineros por participar de los programas de protección de menores y sin lograr respuesta a sus cuestionamientos puntualizaba que la institución del estado incurría en un "falso planteamiento" al creer que instaurando más centros de internación, terminarían con el problema de los niños abandonados

139 A Queirolo, 14 de abril de 1964, citado por Carlos Hurtado, "Los menores abandonados", op. cit., p. 361.

que vagaban por las calles de las ciudades chilenas, y que a pesar de "su buena fe" Carabineros:

> […] actuó unilateralmente, sin coordinación con otros servicios, sin estudio previo de los menores que ingresarían a estos organismos, sin tener una idea clara de lo que se haría "después" con los niños que los llenarían. Es más: en cierto sentido agravó el problema, pues muchas madres de numerosos hijos, al conocer la hermosa iniciativa de la policía, internaron a sus hijos en las comisarías y hogares, copando su capacidad, antes que Carabineros pudiera romper el círculo vicioso. Pero los niños seguían vagando por las calles, aun en mayor número, sin que el problema se hubiera solucionado[140].

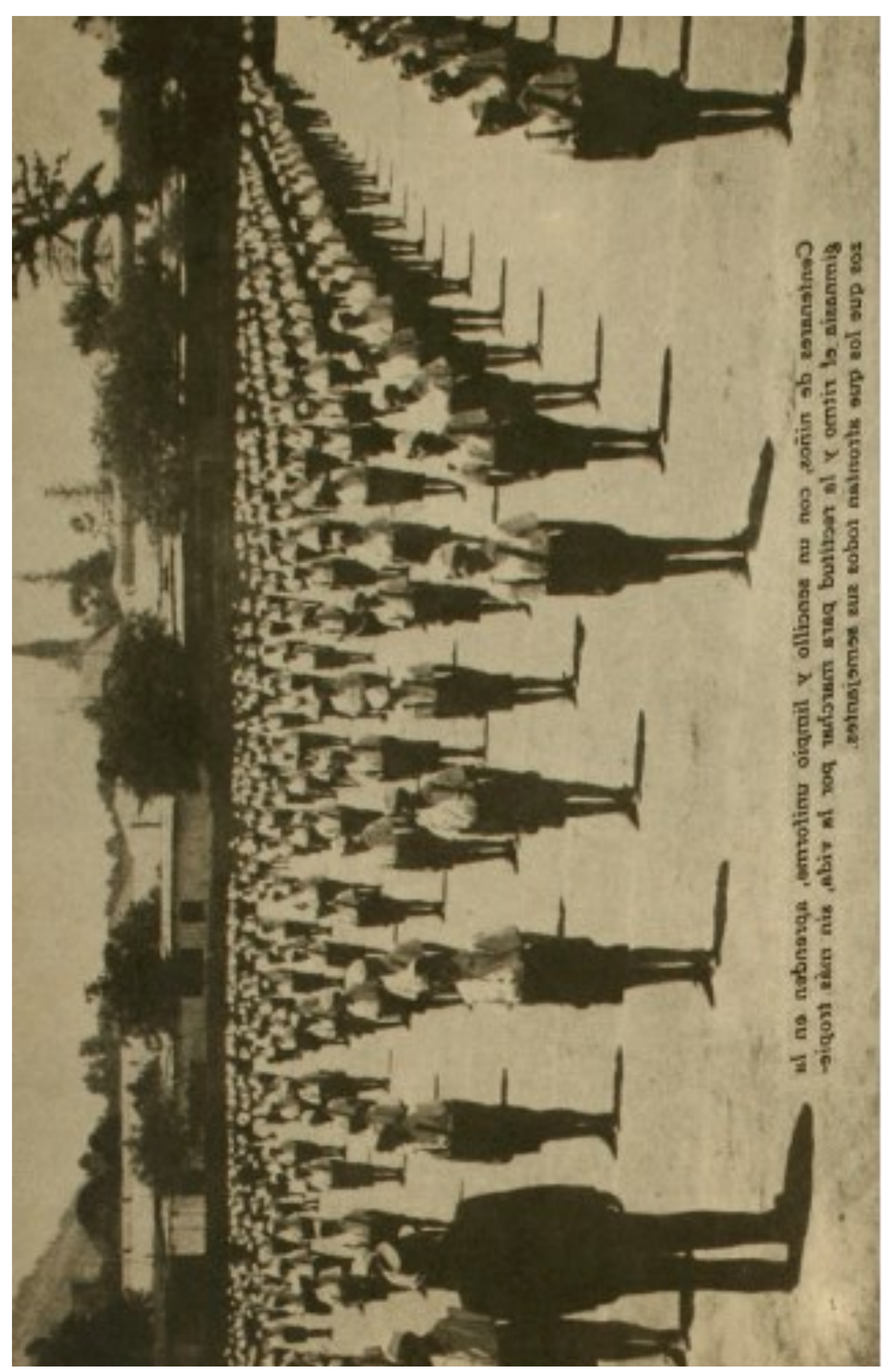
Estos serían los antecedentes de la fundación de "Niño y Patria" en 1963, la entidad de derecho privado de beneficencia, que se constituiría como Colaborador del Estado en el trabajo con infancia irregular. En el acta de fundación de Niño y Patria reza lo siguiente: "[...]*Carabineros recogerá a niños en completo desvalimiento material y moral, que en el mejor de los casos van a ser individuos sin horizonte y en el peor, delincuentes, para entregarlos a la sociedad después de este proceso de rehabilitación, como ciudadanos útiles y altamente responsables*"[141].

Por su parte, en 1943, el Consejo de Defensa del Niño había fundado la "Ciudad del Niño", creada como un proyecto que buscaba amalgamar las ideas de protección de la infancia desvalida, con el modelo de

---

140 Carlos Hurtado, "Los menores abandonados ", op. cit., p. 361.

141 *Cuerpo de generales de carabineros, Hitos institucionales, Tomo II*, Caupolicán Servicios Gráficos, Santiago de Chile, 2016, p. 101.



Revista de Gimnasia, Ciudad del niño, fundada en 1943. En Memoria chilena: http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-78428.html

atención familiar, propio de la institución del mismo nombre creada en Estados Unidos hacia 1921, surgida como respuesta a los criticados sistemas carcelarios de los reformatorios. En Chile, el ministro Oscar Gajardo, quien era además presidente de la Fundación Consejo de Defensa del Niño, inauguró el 23 de diciembre de 1943 las instalaciones que buscaban el desarrollo de integral de los niños vagos y abandonados, a partir de un modelo de atención familiar, con un sistema que incluía la participación de matrimonios en el dispositivo[142]. El Consejo de Defensa del Niño administró la Ciudad del Niño con importantes aportes estatales, los que fueron decayendo considerablemente en la década de 1970, cuando entra en vigor la normativa del Servicio Nacional de Menores que privilegió a las instituciones colaboradoras. Esto significó también la decadencia de la ciudad del Niño, la que cerró definitivamente sus puertas hacia el año 2002, debido a las políticas de infancia que privilegiaron la re-vinculación con la familia antes que la internación de los niños y niñas, nociones propias de la recepción de la normativa internacional de los Derechos del Niño y su interés superior, propias del período[143].

El entorno de "La Vega" como territorio en disputa a través del análisis de la prensa local

El entorno cercano al río Mapocho desde el período colonial, fue un sector de intercambio comercial. Ya en el siglo XX, se instalaron allí el Mercado de Abastos en la ribera sur y la Vega Central en la ribera norte. Conforme avanzaba el siglo, el comercio se fue consolidando, transformando el sector en uno de los de mayor movimiento de personas en la

---

142 *Ciudad del niño "Presidente Ríos": ellos serán felices*. Ed. Zig-Zag S.A., 1943.

143 Gobierno de Chile, *Política Nacional a favor de la Infancia y Adolescencia 2001-2010*, diciembre de 2000, p. 10.

ciudad[144]. Junto con el crecimiento del comercio, se fue asentando el gremio de comerciantes establecidos de La Vega, los que disputaron los espacios a los comerciantes ambulantes, a los sujetos que habitaban la calle y al mundo del hampa, en tanto veían como una amenaza esta presencia, a la confluencia de público y por ende a sus ventas. Durante gran parte del siglo XX, se puede detectar en la prensa los continuos reclamos de los comerciantes de La Vega, referente a la presencia de sujetos "de dudosa moral", en los entornos de la feria municipal. Esto implicó que el espacio público, la calle, se transformó en un territorio en disputa.

Y es que la calle, era un lugar que cada sector representaba de manera diferente, en tanto las experiencias vividas, asociadas a las formas de habitarla era también distinta. Los discursos frente al "otro" como un potencial peligro, y la necesidad de erradicar prácticas y personas, fue evidente de parte de los comerciantes de La Vega, y la continuidad de sus significados se pueden rastrear a lo largo del siglo pasado. La permanencia de la intención de "limpiar" el sector del Barrio Mapocho de vagos, prostitutas, corteros, lanzas, vendedores ambulantes, y todos los que de alguna manera interfirieran en la actividad comercial, puede observarse claramente en la prensa local. Ejemplo de aquello, es el periódico *Fortín Mapocho*, que fue fundado en 1947, como un órgano de difusión de los comerciantes de La Vega. En la diversidad de artículos que produjeron durante más de 30 años, se da cuenta tanto de los problemas gremiales y de la configuración cotidiana de este sector del Barrio Mapocho, así como de las prácticas de los sujetos que a diario lo recorrían. Pero, sobre todo, se puede apreciar la visión que una parte

[144] Para Gabriel Salazar, la ciudad que conformaba el entorno del Río Mapocho, no sólo vio el surgimiento del comercio, también fue un espacio que acogió tempranamente el desarrollo de actividades productivas del bajo pueblo. Ver: Gabriel Salazar. "Empresariado popular e industrialización: la guerrilla de los mercaderes (Chile, 1830-1885)", en: *Proposiciones*. Santiago: Área de Estudios e Investigaciones de Sur, 1986-(Santiago: Interamericana) v., n° 20, (sep. 1991), p. 180 -231.

importante de los comerciantes de La Vega, tenían de los niños y jóvenes que vivían en las calles y en los puentes del Río Mapocho.

En agosto de 1947, se describe una de las tantas razias contra los "vagos" del Mapocho:

> A mediados del presente mes, se inició en nuestra capital una batida contra los vagos, sean estos de cuello o descamisados. Toda disculpa de falta de trabajo y cesantía forzosa que se pueda esgrimir para escapar a la acción fiscalizadora de la justicia, no serán valederas y el individuo que no tenga domicilio y trabajo y que pretenda vivir a espensas de los amigos, serán considerados reos del delito de vagancia y sufrirán una reclusión mínima de 140 días con el consiguiente pago de costas [...] el propósito del Gobierno es reeducar a estos elementos que actualmente son unos crápulas y una carga para la sociedad[145].

Estas "batidas", realizadas por carabineros, serán comunes durante el período, y continuamente serán solicitadas por el gremio de comerciantes de La Vega. Los "vagos del Mapocho", principalmente niños y jóvenes, a la postre "menores irregulares" para la justicia, procuraban su alimentación mediante diferentes estrategias de sobrevivencia. Entre ellas se encontraba la recolección de alimentos en La Vega, la mendicidad y dependiendo de la edad, el robo por sorpresa y el asalto a transeúntes, entre otras. Parte importante del tiempo, estos niños y jóvenes, se movían principalmente entre el río Mapocho, sus riberas y sus puentes, viviendo de la comida que podían obtener en las cocinerías instaladas en las calles, y de las verduras y frutas que eran desechadas por los comerciantes de La Vega, mientras que por la tarde, una parte de ellos,

145 "Vagos y pungas invaden sectores comerciales de la feria: alarma", *Fortín Mapocho*, Santiago, 30 de agosto de 1947, p. 1.

salían del lecho y se dedican a realizar hurtos y robos. Esto era lo que la prensa local alcanzaba a observar a mediados del siglo XX:

> La rivera (sic) del río Mapocho, es y ha sido siempre, el refugio de los vagos y delincuentes de la gran ciudad. Durante el día viven de los residuos de frutas y comistrajos que arrojan las cocinerías del sector y de las monedas que les tiran los transeúntes desde los puentes. En la noche y al caer la tarde, salen del lecho del río y se dedican al escamoteo de carteras, diseminándose por los tenebrosos barrios donde abundan las cantinas y tugurios de peor renombre, dedicándose al cogoteo de los confiados transeúntes de la noche, a las más desenfrenada euforia alcohólica que terminan siempre en espectaculares peleas a cuchillas […][146].

Los comerciantes de La Vega se quejaban de la presencia de jóvenes andrajosos, hombres y mujeres que habitaban la calle y que transitaban en sus alrededores, principalmente en las calles Lastra y Andrés Bello, en actividades consideradas ilícitas y fuera de la norma moral, entregados al ocio y al juego de dados y de chapitas. De acuerdo a la lectura que se hacía en la prensa, los negocios clandestinos de venta de bebidas alcohólicas, propiciaban la presencia de los "*vagos y delincuentes*" que "*repugnaban*" con su "*presencia física y moral*". Y, como se observa a lo largo del siglo XX, se quejan de la complacencia de las autoridades que, según ellos, no eran capaces de recluir a este "*bajo mundo de la capital*", que invadía La Vega tal como queda expresado en la siguiente descripción:

> Últimamente, los peores vagos y delincuentes, han invadido sin ningún escrúpulo, los alrededores de la vega Municipal,

[146] Ibid.

> estacionándose durante el día en las calles Lastra y Andrés Bello y ofreciendo al transeúnte el espectáculo vergonzoso de muchachos, hombres y mujeres tirados en la vereda y entregados al sueño y al sopor que produce la borrachera, mientras otros se dedican al juego de chapitas y al crap, ocupando calles y veredas, obstaculizando el tránsito de vehículos y peatones. Su presencia física y moral y sus andrajos, repugnan al más sufrido transeúnte y la obscenidad que hacen gala con su vocabulario, resultan intolerables. Sin ningún respeto hacia el numeroso público que concurre a la Vega, *estos delincuentes no solo han logrado hacerse repulsivos, sino que también temidos*. Estimulados por los innumerables negocios clandestinos que circundan la Vega, por la complacencia de las autoridades que parecen vacilar en avientar de este sector y recluir a este bajo mundo de la capital, la presencia de tales individuos perjudica enormemente al comercio de los alrededores ya que el público consumidor prefiere pagar más caro y malo por fuera, antes que exponerse al escamoteo, al insulto y la agresión de los audaces que han sentado sus reales en este sector comercial[147].

Además del problema de la vagancia y la delincuencia, indistinta, para una parte importante de los comerciantes establecidos del sector de La Vega, de la presencia de negocios "clandestinos", de hoteles de "dudosa reputación", también se encontraba el desarrollo del comercio no establecido, que era acusado por los comerciantes establecidos, de propiciar la delincuencia, y de amparar a los niños y jóvenes que dedicaban parte de sus jornadas a robar a los transeúntes, aprovechando las aglomeraciones que se producían. El Pasaje Rosas, el Puente de los carros,

[147] Ídem. La cursiva es nuestra.

el Luna Park, entre otras locaciones son mencionadas continuamente como lugares asociados al mundo del hampa.

El Luna Park era un sector de comercio que se fue estableciendo en la primera mitad del siglo XX en la ribera norte del río Mapocho luego del Puente de los Carros, en él había desde venta de comida, flores, hasta venta de herramientas. Hacia 1948, los comerciantes fueron erradicados, una parte de ellos fue trasladado al mercado persa tras la estación Mapocho, y otra parte importante se convirtió a las cocinerías de la denominada "Vega Chica" y en el "Mercado Artesanos", estableciéndose, finalmente, de manera formal. Lo mismo ocurrió con las floristas, las que fueron ubicadas en la ribera norte del Río, a estas últimas se les acusaba de amparar a los "vagos y pungas" del Mapocho. Así lo informaba la prensa local:

> Desde el lunes de la presente semana, quedará abierto al público de Santiago el nuevo Mercado Artesanos, cuya inauguración se llevó a efecto el viernes 16 del presente. Los comerciantes instalados en el Luna Park, se trasladarán a sus nuevos locales desde donde seguirán atendiendo a su clientela bajo nuevas condiciones de orden, aseo, respeto y garantías para el público [...].
>
> Las nuevas y modernas pérgolas que han sido levantadas a ambos lados de la Avenida La Paz, han sido ocupadas por las floristas del Luna Park y San Francisco, aunque estas últimas sólo en una mínima proporción. Para el lunes deberán trasladarse en su totalidad y en esta forma, quedará centralizado el mercado de flores de nuestra capital [...].
>
> Los comerciantes en artículos usados que se trasladarán al moderno Mercado Persa [...]. El célebre Luna Park con toda su tenebrosa historia de cogoteros, vagos, pungas y rameras, ha tocado a su fin. La policía municipal que instalará su Retén en el

> Mercado Artesanos, se encargará por otra parte, a realizar una operación de limpieza en todo el sector. El jefe del Retén que tendrá a cargo la guarnición, se aprestará para poner a raya a todos los delincuentes que pululan en el sector y que se albergan en el Luna Park y en algunos hoteles de asquerosa reputación.
>
> En esta forma, se ha puesto fin y se ha extraído de raíz el peor lugar con que contaba la gran ciudad de Santiago para dar paso a toda una obra de progreso y embellecimiento de la capital[148].

De esta manera, los improvisados galpones de madera y fonolitas, fueron, finalmente demolidos por el municipio de Santiago, ubicándose posteriormente en su lugar, los paraderos de las micros de recorrido "Tropezón", "Mapocho-Renca", entre otras de la Empresa de Transportes Colectivos del Estado (ETCE), aumentando el flujo de personas hacia ese sector de Santiago. Sin embargo, el problema del comercio no establecido, que, según el discurso de los comerciantes establecidos, propiciaba la delincuencia, pues no discriminaba entre comerciantes informales y hampones, no terminaría con la erradicación del Luna Park, estableciéndose con similares características, en el "Puente de los Carros", hasta bien entrado el siglo XX.

La disputa del territorio, emprendida por los gremios de comercio establecido del sector de La Vega, que comprendía la zona comercial del Barrio Mapocho, tenía como garantes a la policía uniformada. Continuamente, los comerciantes de la Vega Central, solicitaron la presencia de mayor dotación policial con el fin de "limpiar" el sector de los sujetos indeseables. Serán las gestiones del gremio de comerciantes organizados, los que durante todo el período, presionarán a la Alcaldía de Santiago para que se establezcan comisarías y puntos de vigilancia de Carabineros. En este sentido, más que la presión estatal para terminar

[148] "El Luna Park es sólo un mal recuerdo", *Fortín Mapocho*, 28 de abril de 1948, p.2.

con la vagancia y los fenómenos de delincuencia a los que se le asociaba, fueron los particulares los que intentaron, de manera infructuosa, terminar con un fenómeno arraigado en el sector, que tenía tanto tiempo como las actividades comerciales "establecidas" que allí se realizaban. Una interpretación en el período realizada por Carlos Lavín, da cuenta, describiendo desde una particular perspectiva, de la permanencia secular de ciertos tipos sociales, en el entorno del Barrio Mapocho:

> Hubo un puente de recia fábrica y un despiadado Corregidor que en mala hora urdió la estratagema de valerse de los trabajos forzados del hampa para su construcción. Ni que decir tiene que la promiscuidad se entronizó y envileció varias zonas del contorno, sellando y mancillando lugares de elección. La amplísima vía urbana […] ha debido quedar y permanecerá envilecida y dañada por tradición ineludible. De esta promoción es la Corte de los Milagros que al frente del Teatro Balmaceda revive las escenas del odiado Campamento y el destartalado Arenal; burladeros ambos, en días coloniales, de los pícaros y de los hampescos elementos sociales. En el transcurso del tiempo se repiten los desmanes y disturbios […] los equipos de vagos y pendencieros que reclutaban las milicias reviven hoy en la heterogénea plebe que congregan, en el Jardín de los Artesanos, los mostradores de serpientes, los prestidigitadores y charlatanes. Los "cachureos" y ventorrillos de las proximidades de La Vega y las hórridas márgenes de la canalización heredan la abigarrada pluralidad plebeya de los tenduchos de las rampas y de los baratillos del Puente Cal y Canto. Los niños abandonados, la crápula juvenil y toda la gentuza de la "palomilla brava" *son los herederos de las pandillas que pululaban alrededor del presidio colonial* […] Es todo un pasado que

> perdura en esa parcialidad urbana y que felizmente logró reducirse apreciablemente con la urbanización de Bellavista[149].

La relación de tensión, la batalla emprendida por los comerciantes en contra de los habitantes "impropios" del sector mapochino, se manifestaba a momentos de una forma ambivalente. Al mismo tiempo de mantener una ofensiva continua contra los "vagos y pungas" del Mapocho, los comerciantes desarrollaban actividades de caridad, hacia huérfanos, donaba alimentos al naciente Hogar de Cristo[150] y desarrollaban cenas de navidad para los reos de la Cárcel Pública.

En 1948, un grupo de mujeres comerciantes de La Vega, se organizaba para ayudar a nueve niños, hijos de una reclusa que se encontraba presa en la ciudad de Parral, la idea del grupo era reunir dinero para traer a los niños a Santiago e internarlos en instituciones dedicadas al trabajo con infancia abandonada. En 1948, se podía leer en el período Fortín Mapocho:

> Un grupo de señoras de la Feria Municipal, dirigidas por doña Ana Iturra, Elena Rambrall vda. de Pisado, Josefina Recabarren y Altiva Castillo, se hicieron eco de la iniciativa de la señora Rosa Gana de Zafra, presidenta Nacional del departamento femenino de la Cámara de Comercio Minorista de Chile para iniciar una ayuda a los hijos de Florentina Figueroa Rojas, recluida en la

---

149 Carlos Lavín. *La Chimba,* Santiago de Chile, Ed. Zig-Zag, 1947, p. 92. La cursiva es nuestra.

150 "*El Hogar de Cristo, agradece: La directiva del "Hogar de Cristo", ha enviado una nota de agradecimiento a los comerciantes de la Vega Central por el valioso aporte de frutas y verduras que están haciendo los días miércoles en favor de los desamparados de la fortuna que se cobijan en esta institución de caridad. Estos aportes, de cada miércoles, se seguirán solicitando semanalmente y en cada oportunidad las personas encargadas de ello serán acompañadas por un director del Sindicato*." *Fortín Mapocho*, 29 de agosto de 1952, p. 2.

> cárcel de Parral a quien acaba de conmutársele la pena de muerte por el asesinato de su esposo Eduvino Maureira Rojas, a fin de que puedan ser trasladados a Santiago e internados en la Ciudad del Niño.
>
> Fueron recolectados la suma de $3660.- entre los comerciantes de la Feria Municipal, los que fueron entregados a la señora.
>
> Los niños desamparados de Florentina [Figueroa] Rojas, son los siguientes:
>
> Fabriciano Maureira Figueroa, 16 años; Genoveva, 14 años; Blanca, 13 años; Francisco, 11 años; Irenia, 6 años; Haydé, 5 años; Julia, 4 años; Beatriz, 3 años y María, 1 ½ años[151].

Es probable que la conciencia caritativa de este grupo de señoras de la Feria Municipal, hiciera la diferencia entre los "niños abandonados" y la "crápula juvenil", tal como lo hacía Carlos Lavín, en el mismo período, y mientras los primeros infundían lástima, los segundos repulsión y miedo. Sentimientos que pueden rastrearse a lo largo del siglo XX, en los testimonios de una diversidad de sujetos, tanto ex niños pelusas del Mapocho, como en el caso de Alfredo Gómez Morel y de otros. La edad y la experiencia vital de los niños abandonados les hacía dedicarse a diferentes actividades de supervivencia, de acuerdo a sus posibilidades y capacidades. Así, por ejemplo, los niños pequeños que habitaban la calle, y que infundían mayor lástima, se dedicaban a la mendicidad principalmente, mientras que en la medida que crecían, los jóvenes, desarrollaban actividades más ligadas al mundo del hampa.

La década de 1950 no vio cambios significativos en la presencia de niños y jóvenes ni alrededor ni dentro de La Vega, tanto de la nueva

---

151 "Ayudan a nueve niños desamparados", *Fortín Mapocho*, Santiago de Chile, 17 de octubre de 1948, p, 3.

Vega Chica, que había nacido de la erradicación del Luna Park[152], como de la Vega Central, especialmente del patio de remates. La instalación de la 20° Comisaría en 1954, la cual surgía del grupo de Carabineros de control municipal, cuya función era el control del orden, precios y medidas al interior de la feria municipal, era esperada con ansias por los comerciantes, que veía en su presencia la solución al hampa en el sector mapochino, con esta medida, se buscaba que la policía reprimiera a los vagos y cogoteros, fiscalizara los "clandestinos" de venta de alcohol y desplazara a los comerciantes no establecidos y ambulantes del sector, de acuerdo al Fortín Mapocho:

> La misión de esta Comisaría no estará circunscrita sólo a controlar precios, pesas y medidas en ferias y mercados, sino que también a iniciar una enérgica batida contra el hampa de los alrededores de la Vega Central, a fin de que pueda terminar la acción de los lanzas y cogoteros y robos en la Feria Municipal. Asimimismo, se hará una enérgica fiscalización para terminar con los clandestinos de la calle Lastra, Pasaje Rosas y otros lugares adyacentes. Tampoco escapará a la acción de esta nueva Comisaría, los numerosos jugadores de "crap" que se han adueñado de la calle Salas y donde despluman a su gusto a los incautos que caen en sus bien planeadas celadas. El problema que crean los vendedores callejeros, más conocidos como los "ocho por docenas", será otra de las acciones depuradoras […] que hace falta realizar en el sector comercial Mapocho para que la población consumidora pueda llegar a abastecerse, sin correr el riesgo de ser engañada por los vendedores callejeros, ni cartereada por ese enjambre de muchachos y muchachas que con una mano ofreciendo limones, ajos u otros productos, emplean la otra para introducirla

[152] "La Vega chica de hoy", *Fortín Mapocho*, Santiago, 1 de enero de 1956, p. 5.

> en los bolsillos del público, aprovechando los estrechos pasillos de la Feria Municipal. Los comerciantes esperan llenos de confianza en la acción de la flamante 20ª Comisaría de Carabineros de Santiago[153].

El gremio de comerciantes de la Vega Central mantenía cada cierto tiempo reuniones con las autoridades del municipio y de carabineros, con el objetivo de aumentar la dotación policial del sector, los que no solamente se veían fuera de La Vega, sino también en los estrechos pasillos de la Feria Municipal, fenómeno que también se manifestaba en el Mercado Central y en el Mercado Matadero. Según el gremio, los vendedores ambulantes eran parte central del problema, confundiéndose con los "*cogoteros, lanzas y escaperos* [que] *han encontrado en las calles Salas, Andrés Bello, Lastra y Artesanos, campo propicio para cometer fechorías y adueñarse de las veredas para jugar al crap en la mayor impunidad*"[154]. Como parte de los problemas del sector mapochino, se señalaba en las reuniones la presencia de los clandestinos del a la fecha "siniestro" pasaje Rosas:

> También se dio cuenta en esta importante reunión de dirigentes, la acción de los numerosos negocios clandestinos de licores que mantienen permanentemente cerradas las cortinas, pero que en su interior mantienen verdaderos encierros de bebedores de la peor especie, citándose como caso especial el siniestro Pasaje Rosas el principal antro incubador de todos los espectáculos

---

[153] "La Vega Central y alrededores invadidos por el hampa: 20ª Comisaría entrará en acción", *Fortín Mapocho*, Santiago, Julio de 1954, p. 1.

[154] "Estudian forma de solucionar sus problemas", *Fortín Mapocho*, Santiago agosto de 1954, p. 3.

inmorales de hombres y mujeres borrachos deambulando por la calle y de las continuas peleas callejeras[155].

El lamento continuo de los comerciantes no cambió a lo largo de las décadas, la permanencia de "*calles y pasillos invadidos por mujeres y muchachos desarrapados y sucios, muchachas y muchachos obscenos e inmorales, luciendo sus desnudeces*"[156] en el principal mercado de la capital. El escenario de La Vega, dejaba imágenes de pobreza y marginalidad, que afectaba a una parte importante de la población santiaguina, los que eran vistos como una molestia que afectaba el acceso del público. El caso de mujeres con hijos, recogiendo alimentos del suelo era una situación cotidiana en el sector comercial del sector norte del Mapocho hacia 1957, hecho que fue expuesto por la prensa como el "festín de La Vega", en donde se describía que "*en los tarros basureros donde se arrojan los desperdicios de frutas, de carnicerías, chancherías y pescaderías, mujeres desarrapadas con sus hijos se disputan junto con los perros el festín de La Vega, dejando en el suelo un montón de pudriciones que el público tiene que verse obligado a pisar*"[157].

Por las noches, el sector Veguino, no era menos tranquilo, ocurriendo bajo el amparo de la oscuridad, los hechos más complejos que afectaban a las personas que habitaban la calle, los que eran descritos por los vecinos del sector, que muchas veces presenciaban estas situaciones, como simples "*actos de inmoralidad*". De acuerdo a descripciones del período:

En el portal de la Vega, en la esquina de Salas con Andrés Bello, se suceden noches infamantes, donde bestias en vez de hombres

155 Ídem.

156 "El punto negro del año", *Fortín Mapocho*, Santiago 1 de enero de 1957, p. 1.

157 "La Vega Central 1956: un balance desolador", *Fortín Mapocho*, Santiago 1 de enero de 1957, p. 2.

> se violan muchachitas menores de 10 años, donde bandas de muchachos y muchachas ejercen la prostitución más abyecta y donde cada noche los vecinos se ven obligados a levantarse a asomarse por las ventanas e impedir a gritos y acriminaciones la consumación de brutales atentados, tanto contra muchachos, como contra mujeres con sus pequeños, que han encontrado en este tétrico y obscuro portal, un sitio donde guarecerse en la noche[158].

La experiencia de la vida en la calle exponía a las personas que la habitaban, sobre todo a los niños y las niñas, al desarrollo de pautas morales que, seguramente, no ponderaban de la misma manera la norma social que el resto de las personas "de bien". En un espacio en donde ocurrían situaciones como las antes descritas, poco o ninguna significancia podían tener las denominadas "buenas costumbres", sino más bien les hacía desarrollar una actitud provocadora hacia el mundo integrado. Un ejemplo de esto se describe, en relación a las niñas y jóvenes que habitaban la calle y sus formas "desafiantes":

> Los hombres y mujeres que con sus niños acuden a comprar a la Vega, suelen presenciar con frecuencia y en pleno día actos tremendamente inmorales cuando muchachas sucias y obcenas de no más de 14 años se levantan sus harapos y enseñan desafiadoramente el sexo a los cargadores, sin ningún pudor y sin importarles la presencia de niños[159].

[158] Ibid.

[159] Ibid.

Una situación con características similares, se podía observar hacia 1964, cuando un grupo de jóvenes en las calles aledañas a La Vega, pasaban el rato molestando a las personas que por ahí pasaban, especialmente a las mujeres, a quienes lisonjeaban de manera grosera, acosándolas. Al menos así lo describía un relato de la época:

> Nuevamente la Feria Municipal y Vega Chica están siendo invadidas por una plaga de cogoteros, cuentistas, borrachos, vagos y otras gamas de la delincuencia nacional, elementos que están sembrando el temor y la desesperación […]. En las calles Salas, Andrés Bello, Artesanos y Nueva Rengifo, especialmente en las cercanías de las puertas de acceso, ya sea en la Feria o Vega Chica, se estacionan grupos de individuos cuya única labor consiste en molestar a todo el mundo, especialmente a mujeres, a las que hacen víctimas de sus inmundas groserías, agarrones, etc., inclinándose hasta el suelo cuando estas suben a sus vehículos, a objeto de mirarles las piernas, sin que les importe en absoluto de quien se trate[160].

En 1964, Luis Larenas, Administrador de La Vega, en carta al director del Fortín Mapocho, señalaba que además de los "vagos y borrachos los que convierten dichas calles, especialmente Andrés Bello y Nueva Rengifo en verdaderas letrinas", existía al igual que en años anteriores, la presencia de mujeres y niños que pasaban el día al interior de La Vega, robando y vendiendo productos a las personas que transitaban por La Vega, señalaba que:

---

160 "Crudo informe sobre la delincuencia", *Fortín Mapocho*, Santiago, 26 de noviembre de 1964, p. 2.

> […] se ha dejado caer una verdadera avalancha de mujeres que, con un enjambre de chiquillos, se dedican a hurtar muestras de los remates, las que posteriormente tratan de vender a la mano en los pasillos interiores o se estacionan en cualquier rincón a despiojarse o formar corrillos de donde parten garabatos o cualquier cosa que encuentran a mano, sin importarles donde caen o si hieren a alguien[161].

Cómo se puede observar, el mundo marginal-popular que habitaba el entorno de La Vega y el sector del Barrio Mapocho, mantenían una actitud desafiante hacia "los pijes" y los "giles", estando lejos de mantener una actitud sumisa o humilde. Muchos de los niños abandonados o huidos, los "palomillas" de mediados del siglo XX, que comenzaban a conocerse como "pelusas", habían crecido en este entorno siendo perseguidos por las instituciones y abusados por el mundo adulto, se transformaban rápidamente en la "crápula juvenil" que generaba repulsión y temor. Y seguramente ellos lo sabían. La distinción entre grupos sociales, se manifestaba como disputa por un territorio que históricamente había acogido tanto a comerciantes como a los grupos marginados de la sociedad. Claramente, desde la segunda mitad del siglo XX, las diferencias entre estos grupos sociales se habían acrecentado, mientras los comerciantes habían logrado transformarse en propietarios o arrendatarios de locales formalizados, los grupos de marginados continuaban desarrollando su vida material de manera similar a la que se había desarrollado, incluso, desde tiempos coloniales.

La solución inmediata que se buscó por décadas, estuvo asociada a la represión y al confinamiento de las personas que habitaban la calle, así, en 1964 la prensa local se centraba en la escasa dotación policial y en la ausencia de calabozos en la Comisaría de la calle Dávila, aledaña a la

---

161 Ibid.

Vega Central, contándose sólo con un pequeño espacio en el "*Retén Vega Chica, en cuyo calabozo sólo caben algunos, sin que haya otro para mujeres o niños que son tanto o más peligrosos que los hombres*"[162]. Durante décadas, pueden rastrearse en la prensa las solicitudes de "limpieza", "batidas" y "razias" policiales contra el "*enjambre de lanzas, escaperos, vagos, cogoteros, prostitutas y homosexuales, que tienen su cuartel general en las numerosas cantinas, hoteluchos, negocios clandestinos, pérgolas de floristas y ese hacinamiento de carpas, cajones y carretones que ocupan la ex Plaza Artesanos y las veredas frente a la Vega Chica, y hasta calle Salas*[…]"[163].

En 1967, el gremio de comerciantes del Mapocho se había organizado en el "Comando de Defensa de la Vega Central y sector Mapocho", que agrupaba a las organizaciones de comerciantes de la Vega y alrededores, su objetivo era terminar con la amenaza de la delincuencia, "con bandas bien organizadas, dirigidas por reconocidos delincuentes" que era una de las causas de la "gran decadencia comercial de este gran Mercado de Subsistencias", así como la presencia "[…]*de los 'aviones a chorro' que arrebatan carteras y bolsones*", también daban cuenta de cómo en "*La puerta de entrada de calle Salas con Lastra, donde muchos clientes del centro o del Barrio Alto llegan en auto a realizar sus compras, son asaltadas por gavillas de muchachos, que aprovechan cualquier descuido para arrebatar carteras y atentar contra la moral de respetables damas*". En una de tantas reuniones, sostenidas con las autoridades y con Carabineros, estos últimos "*se manifestaron decididos a cooperar con este Comando de Defensa y como primera medida de la operación limpieza que se piensa hacer, está la drástica eliminación de todos los vagos e indeseables, en el sector comprendido entre el Pasaje Rosas y Lastra*"[164].

A pesar de estos esfuerzos, la presencia atávica del mundo del hampa y los "vagos" del Mapocho se mantuvo en los siguientes años.

[162] *Fortín Mapocho*, Santiago, 26 de noviembre de 1964, p. 2.

[163] *Fortín Mapocho*, Santiago, mayo de 1967, pp. 1 y 8.

[164] Planifican "operación limpieza", *Fortín Mapocho*, julio de 1967, p. 8 (todas las citas del párrafo).

Paralelamente, el comercio organizado repetía las quejas y las solicitudes a las autoridades. Los sucesivos cambios de administración municipal y del gobierno central pasaban como antecedentes, frente a la continuidad de un mundo que parecía transcurrir en un tiempo lento, que mantenía arraigado formas culturales y prácticas de larga data.

En 1968, los comerciantes de La Vega, nuevamente se quejaban de la escasa presencia policial que había en el sector Mapocho, señalando que el mundo del hampa mantenía "*un cerco*" alrededor de este mercado de subsistencias, la explicación estaba en que las fuerzas policiales estaban ocupadas en el control de las movilizaciones políticas, en un momento en que la sociedad chilena, se encontraba profundamente politizada:

> Los permanentes problemas sociales con sus huelgas legales o ilegales, las huelgas estudiantiles y la ocupación de locales por los escolares que ya se han hecho una especie de tradición, están distrayendo la poca dotación policial que tiene que defender la propiedad privada y el orden público cuando los huelguistas se dirigen al centro de la capital[165].

Tal como había sido costumbre, la queja de los comerciantes se basaba en la presencia de los apodados "aviones a chorro", que eran principalmente jóvenes que asaltaban a las personas a la bajada de los paraderos de micro y los estacionamientos de la Plaza Tirso de Molina, los que luego de su accionar, huían por los patios de la Vega y los patios de remates. También se hacía mención a los "corteros", que eran niños y jóvenes que se dedicaban a cargar bolsas y bultos a la clientela de La

165 "Razzia para batir el hampa en La Vega", *Fortín Mapocho*, Santiago, octubre de 1968, p. 2.

Vega, ya fuese a pulso o en carretón de mano, por una moneda o unas frutas. La queja se centraba en que:

> Los muchachos cargadores, más conocidos como corteros, que trabajan acarreando paquetes y bolsones al público que llega a comprar a la Vega, no son ninguna seguridad, debido a que trabajan sin control y en cualquier descuido desaparecen con la mercadería […]. A fines del año pasado, la Comisaría de Menores de Carabineros reclutó a los muchachos que trabajan como corteros, los uniformó y les dio placas numeradas […][166].

La década de 1960 era para los comerciantes de La Vega el escenario del "*recrudecimiento del pillaje* [y] *la proliferación del comercio callejero y callampero, ejercido y practicado por elementos de dudosa moralidad, muy especialmente en la Plaza Tirso de Molina, Paradero de Buses Tropezón, Puente de los Carros, Plaza Venezuela y alrededores del Mercado Central*"[167], y el gremio organizado en el "Comando contra la delincuencia", había desarrollado esfuerzos importantes por graficar la situación a la opinión pública, con el objetivo de erradicar a los sujetos considerados peligrosos.

La disputa del territorio contra el mundo popular marginal, tuvo su epítome con la implantación de la Dictadura cívico - militar, luego del golpe de estado del 11 de septiembre de 1973, una parte importante del gremio de comerciantes de La Vega, celebró "el fin de la negra noche del marxismo"[168] que, para ellos, había implicado que:

[166] Ídem.

[167] *Fortín Mapocho*, Santiago, octubre de 1968, p. 2.

[168] "Editorial, Fin de una pesadilla". *Fortín Mapocho*, 11 de septiembre de 1974, p. 1.

> […] no había donde comprar alimentos sin tener que recurrir a interminables colas, comprar en el Mercado Negro, aceptar una tarjeta de racionamiento o concurrir a la fatigosas reuniones de los Japs […]. Si quería servirse un bife ello era imposible, ya sea porque no había carne o estaban en veda. Si quería servirse unas chuletas con ensaladas o papas fritas, tampoco resultaba porque no había aceite. Al final había que conformarse con unas vienesas o las sabrosas gordas […]. Lo cierto es que en Agosto del año pasado la cosa ya no daba para más y aun los más recalcitrantes partidarios del Gobierno tuvieron que comprender que el barco estaba encorado y que las únicas salidas eran: la guerra civil con sus trágicas consecuencias, la intervención de las fuerzas armadas o la renuncia del Presidente[169].

Un año después del Golpe de Estado en Chile, los comerciantes de la Vega, a través de su órgano de difusión periodística, celebraban el derrocamiento del gobierno democráticamente electo del presidente Salvador Allende. Para afianzar el transcurso de los hechos, se realizaban descripciones sobre la realidad actual de los alrededores de La Vega y del Barrio Mapocho, antes y después del golpe de estado, haciéndose énfasis en el orden que se había logrado después del 11 de septiembre de 1973:

> El aspecto que presentaba la Vega Central en los días que antecedieron al pronunciamiento militar del 11 de Septiembre era bastante desolador, con gran parte de sus negocios cerrados por falta de mercaderías […].

169 Ibid.

> Cuesta creer, el aspecto que presentaba nuestra capital y muy especial el sector comprendido entre la Plaza de Armas hacia el norte llegando hasta el Mercado Central antes del 11 de septiembre. Todas las veredas de la calle Puente ocupada por comerciantes callejeros haciendo su agosto con el Mercado Negro. Otro tanto ocurría con San Pablo, desde 21 de Mayo hasta Bandera y en todos los alrededores del Mercado, circundado por un cordón de comerciantes que instalaron sus pilastras […]. Y como si esto fuera poco, bandas de lanzas y escaperos atentando contra el público y ocultándose entre estas pilastras, donde muchachas prostitutas vendiendo productos en la mano trabajaban en común acuerdo con la delincuencia.
>
> Con respecto a la calle Puente, frente al Mercado y paradero casi obligado de los microbuses, el saqueo era a ojos de vistas y la audacia de los lanzas llegaba a extremos increíbles […].
>
> Pero llegó el 11 de Septiembre y todo terminó de una plumada y nadie se atrevió a salir en defensa de este conglomerado de comerciantes que actuaba en abierta competencia con el comercio establecido. Ahora, al recorrer los sectores señalados, da gusto ver las calles y veredas limpias y descongestionadas dignas de nuestra capital[170].

En los días siguientes al golpe de Estado, el Río Mapocho se transformó en uno de los escenarios más brutales de la represión contra los considerados "extremistas"; el "enemigo interno" levantado como una forma de legitimar el accionar de las fuerzas represivas desbocadas del Estado. Los cuerpos de personas torturadas y luego asesinadas fueron arrojados a los cauces del río Mapocho por la policía uniformada, como

---

170 "La Vega y Mercados antes y después del 11". *Fortín Mapocho*, Santiago, 11 de septiembre de 1974, pp. 1 y 3.

una manera de aterrorizar a la población chilena. El puente Bulnes se comenzó a utilizar como lugar de fusilamiento, mostrando a los transeúntes y vecinos del sector el potencial de violencia que podía recaer sobre cualquier detractor del naciente régimen. En ese contexto, el mundo popular marginal, que había habitado la calle durante décadas, tendió a replegarse, escondiéndose de los agentes del estado.

Sin embargo, los niños y jóvenes que habitaban la calle en el entorno del río Mapocho, habían acumulado experiencias límite, y tenían la capacidad de esconderse y huir de las fuerzas represivas, tal como lo habían hecho desde siempre. A pesar de esto, es posible percibir el miedo en la mirada de los niños en las fotografías de la época[171], cuando los agentes del estado, vestidos de civil, los apresaban para enviarlos a los dispositivos de confinamiento de la infancia huérfana y abandonada.

Hacia inicios de la década de los 80, los comerciantes de la Vega volvían a dar cuenta del aumento de la delincuencia en el sector del Barrio Mapocho, pareciéndoles "*increíble que a poco más de 300 metros de Investigaciones y a tres cuadras de la 1ª Comisaría de Carabineros puedan darse el lujo de actuar bandas de delincuentes*" que cartereaban a los clientes que iban a comprar al sector comercial del Mapocho, y en especial el Mercado Central. Al igual que en las décadas anteriores, se denunciaba que estos jóvenes se escondían en "*los bares y restaurantes de Bandera y General Mackenna y su cuartel general parece ser la mentada 'piojera'*"[172]. Los jóvenes conocían bien el sector, pues muchos de ellos se habían criado allí, entre el río, la Estación Mapocho, La Vega y el Mercado Central. Sus técnicas para despojar al *"desprevenido comprador*", consistía en escupir a los

[171] Ver fotografías de Chas Gerretsen sobre la denominada "Operación Pelusa", en Nederlands Fotomuseum: https://collectie.nederlandsfotomuseum.nl/collectie/?mode=gallery&view=horizontal&q=pelusas&rows=1&page=1&sort=order_i_relevantie%20asc&record=5dc36580-b639-27ff-733e-740af4f087d8&reverse=0, última visita, 30 de agosto de 2023.

[172] "El Mercado Central y la delincuencia", *Fortín Mapocho*, julio 1981, p. 2.

transeúntes para luego ofrecer limpiarlos, y de esta manera "cartearlos": "*Durante las horas del medio día y anochecer, parecen guanacos como lanzan escupitajos sobre transeúntes para después ofrecerles solícitos a limpiarlos, pero los bolsillos. Son muchachos jóvenes, armados de sendos cuchillos para amedrentar a cualquiera que se atreva a denunciarlos*[…]"[173].

Hacia la década de 1980, la disputa por el territorio que los comerciantes del sector Mapocho habían emprendido contra el mundo popular marginal, compuesto por niños y jóvenes vagos, prostitutas, homosexuales, vendedores ambulantes, corteros, entre otros, no parecía tener los frutos deseados, aun teniendo a parte del aparato represor de la dictadura de su lado.

173 Ibid.



Niños vagos bajando al Río Mapocho, 1965 [cuadro de película]. Título: **"Por tierra ajena"**; virtual.uchile.cl/cineteca/index.php/Detail/objects/2353. Director: Miguel Littin. Producción: Cine Experimental de la Universidad de Chile. Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

Capítulo IV

Siluetas y silencios sobre la infancia femenina en la calle

"¿Niñas pobres y en la calle?" Las tenues siluetas de una rebeldía invisibilizada

Delincuentes precoces, ladrones, pelusas, niños de la calle emergen a los ojos de algún cronista, de algún abogado, fotógrafo, periodista o de cualquier persona adulta que observa el entorno que lo rodea; hombres y mujeres que al ver las condiciones deplorables en las que estas pequeñas personas se encuentran, deciden escribir a algún periódico de circulación nacional, redactar una nota periodística o simplemente fotografiar esa realidad de niños harapientos y descalzos, tal como lo hiciera Sergio Larraín el año 1957.

Los niños de la calle, *aparecen, están* y son nombrados de distintas maneras, reflejando en dichas nominaciones la ambivalencia que generan en una sociedad chilena que, desde fines de los años 30 y sobre todo a partir del gobierno del Frente Popular, emprenderá un camino hacia la industrialización[174] y junto con ello, una política educativa con pretensiones de masividad[175]. Frente a este proyecto desarrollista, los niños andrajosos y vagos serán una molestia, un problema social y moral que es necesario enfrentar[176].

Pero esos ojos asombrados, perplejos y algunos compasivos, raramente eran capaces de identificar niñas, niñas 'de' la calle. ¿No las había?, ¿dónde estaban las niñas pobres, que escapan de sus casas o son abandonadas?, ¿son parte de esos grupos de niños enflaquecidos, que hacen colectivo junto a los perros para soportar el frío y el hambre bajo los puentes?, ¿la masculinización del lenguaje vuelve innombrables e

---

174 Rivera, *Los desafíos de la industrialización: debates y propuestas parlamentarias en torno a la educación técnica industrial. Chile 1929-1952.*

175 "[…] el gobierno del Frente Popular llevó a cabo un ambicioso programa educacional, que se expresó en la construcción de más de 1.000 escuelas básicas y la apertura de 3.000 plazas para nuevos maestros", en https://www.memoriachilena.gob.cl.

176 Rojas, *Historia de la Infancia en el Chile Republicano (1810-2010).*

invisibles a esas niñas? Al parecer la historia de la infancia abandonada y en la calle, se ha construido centrada en la figura paradigmática del niño[177].

Las niñas pobres, mendigas, las niñas de los conventillos, que se escapan de sus vidas de miseria, las que no tienen padres, ¿son menos que los chicos en igual condición? ¿o tienen otra forma de sobrevivir al abandono que no implica necesariamente para ellas la calle? ¿cómo sobreviven las niñas que no tienen hogar en la década de los 30, 40, 50, 60 y en décadas más cercanas a nuestro presente?

Frente a estas preguntas empieza a emerger la condición de las mujeres en un orden patriarcal en el que son propiedad, son parte de una clase sexual dominada por otra[178]. Desde este lugar epistémico, podemos trazar alternativas, posibles respuestas a las preguntas señaladas.

Sonia Montecino incorpora en la cuarta edición de su clásico texto "Madres y huachos", publicado originalmente el año 1991, a las huachas[179]. En su primera versión, la autora abordó las identidades de género construidas a partir del universo cultural latinoamericano y chileno, en el que lo femenino se entreteje a partir de la figura de la madre -virgen. La mujer se constituye en dicho universo a partir de la existencia de un hijo. Siguiendo a Marcela Lagarde (2006), la mujer no es sino a partir del otro masculino, ya sea hijo, marido o padre. En efecto, en el material revisado para la elaboración de este capítulo, se aprecia con

---

177 Gentile, Ser niña o niño y 'estar' en la calle. Género y sociabilidad.

178 El concepto de clases de sexo fue creado por la feminista materialista Colette Guillaumin. Refiere a las relaciones sociales entre hombres y mujeres, en las que se entrelaza el hecho material de la apropiación del cuerpo con la dimensión simbólica – ideológica que justifica la misma. Por tanto, la apropiación del cuerpo de las mujeres por los hombres, se sustenta en un discurso naturalista que la inscribe como un destino inevitable - tal como el de los esclavos y de los siervos medievales- legitimando y justificando dicho orden relacional. Ver, Curiel y Falquet, El Patriarcado al Desnudo.

179 Montecino, *Madres y Huachos. Alegorías del mestizaje chileno.*

claridad que las mujeres aparecen en los relatos de la prensa nacional y en el ámbito judicial, incluso en alguna literatura en su rol de madres y es desde ese lugar que se sustentan en las relaciones de sexo y, también en el universo simbólico, son juzgadas, valoradas o despreciadas.

Por su parte, el huacho garantiza su presencia sociocultural y simbólica a partir de la ausencia paterna. El hijo construye su masculinidad desde y con la ausencia del padre y atrapado en esa ausencia -que es activa en términos de constitución identitaria- solo le quedan referencias masculinas lejanas que subliman la falta de figura real: algún héroe, caudillo, militar o guerrillero, pasan a constituir el imaginario infantil como posibles referentes. No obstante, la ausencia también es ejemplo de comportamiento y su repetición constituye un modelo circular, el modelo abandonador. El huacho niño, joven o adulto, es siempre huérfano y evitativo de los vínculos amorosos y filiales, por ello abandona, rechaza. En esa circularidad, sus iguales, los otros huachos son fundamentales, con ellos se apropia de la calle e ingresa al mundo[180], cuestión sustantiva para poder ser hombre en el orden social patriarcal. Así, la identidad de género en Chile en el caso de lo femenino se constituirá a partir del vínculo con otro masculino (hijo u hombre abandonador) y lo masculino, a partir de la falta paterna y la réplica del acto de abandono. ¿Y las niñas tienen alguna participación en este entramado identitario?

La invisibilización de las niñas es asumida por Montecino y el año 2007 republica su ensayo con un nuevo apartado en el que incorpora a la huacha; aquella niña despreciada por el padre dado que nació mujer y aquella mujer rechazada por el hombre luego de que éste satisface su deseo sexual, repitiendo con ello el primer rechazo[181] y el efecto que genera el modelo abandonador en la constitución de lo femenino. De

[180] Gabriel Salazar, *Ser niño "huacho" en la historia de Chile*, Santiago: LOM, 2016.

[181] Navarrete, *La Circularidad Identitaria de la Huacha en Madres y Huachos. Alegorías del mestizaje chileno* de Sonia Montecino.

acuerdo con Montecino, este entramado simbólico y cultural, en el caso de la huacha, solo tiene una salida identitaria que la hace aparecer en el mundo, en la realidad: ser madre.

Si se consideran las relaciones sociales de sexo, y con ello la naturalización en tanto justificación ideológica de las diferencias sexuales, las mujeres estarían asignadas al ámbito de lo privado y los hombres propietarios de los espacios públicos[182], con esta suerte de dualidad jerarquizada de las relaciones entre hombres y mujeres se pueden construir respuestas ante la invisibilización de la que son objeto las niñas y en paralelo, una comprensión teórica de la masculinización de la vida en la calle, todo lo cual interviene en cómo se mira la realidad, lo que se puede ver de esa realidad y lo que no es visible[183], junto con ello, viabiliza los posibles caminos que pueden asumir las niñas, que al igual que sus pares hombres, no tienen protección familiar y deben asumir su sobrevivencia con sus propios recursos psicosociales. ¿Cuántas niñas sin vestidos rosas y plisados, sin calcetines con blondas podían ser vistas como tales? ¿Cuántas niñas habrán vestido como los niños y cuántas habrán optado por travestir su imagen para defenderse de la violencia?

A luz de la prensa podemos encontrar algunos hechos extraordinarios en los que se mencionan a las niñas pobres, a las niñas abandonadas.

---

182 Entre los medios que genera el orden patriarcal para que la clase de sexo mujer sea apropiada por la clase de sexo hombre, se encuentran: el confinamiento o anudamiento de lo femenino al ámbito privado, la demostración de fuerza y la obligación sexual, la apropiación de los productos del cuerpo mujer.

183 Es interesante en este punto hacer referencia al Realismo Crítico como planteamiento ontológico y epistemológico. Esta corriente plantea que más allá de lo observable hay dimensiones de la realidad que están operando por sobre/por fuera del hecho posible de observar. Existe, por tanto, una realidad que es estructurada y se estratifica en dominios fáctico, empírico y real. El primer dominio es lo observable, el segundo refiere a dónde ocurre lo observable y el último, trata de los mecanismos generadores que operan tanto en lo fáctico que provocan lo empírico. En consecuencia, un análisis de contenido latente, se puede relacionar con la pretensión de alcanzar el dominio de lo real, es decir, indagar en los mecanismos generadores de un hecho.

Dirá un titular que una pequeña estuvo insepulta varios días, muriendo por desnutrición, asimismo, se denuncia la venta y subasta de niñas jóvenes.

En textos judiciales, se pueden encontrar rastros de lo que hoy día denominamos explotación sexual infantil y matrimonios infantiles como alternativa para escapar de un hogar maltratador. Así también, la literatura reconstruye la figura de esas niñas que en la calle o escapando de su hogar, buscan enfrentar la dureza del día a día; también, aparecen historias similares a las de nuestras madres o nuestras abuelas que con 13, 14 años o menos, migraron del campo a la ciudad para ejercer como sirvientas en casas de 'gente rica'[184].

Así, para algunas el abandono no necesariamente implicaría la calle o la permanencia en ella sería transitoria. En este capítulo, se presentarán esos rastros de niñas, esos escasos y breves registros de sus vidas en abandono y/o en la calle, siluetas tenues que aparecen ya sean en la prensa, en el sistema judicial o en la literatura, tres formatos, tres lecturas de su presencia y el significado social que portan de lo femenino se deja entrever en estas distintas emergencias.

Mujeres y niñas, entre el abandono y las "malas" madres

Durante el siglo XIX y principios del XX, hubo una notable preocupación por los niños abandonados y por aquellos vinculados a actividades delincuenciales. De acuerdo con Jorge Rojas, esta preocupación se traducirá en medidas legislativas y un profuso interés académico. Asimismo, la prensa es partícipe de esta preocupación, eso se denota en la revisión realizada para este estudio. No obstante, es difícil que

[184] Salazar & Pinto, *Historia Contemporánea de Chile, tomo IV, Hombría y Feminidad*.

entre las discusiones legales, las notas periodísticas y los textos científicos se haga referencia a las niñas, a las abandonadas, pobres o en la calle, menos aún, son nombradas en actividades ilícitas como robos, riñas callejeras u otras acciones de este tipo, en éstas los protagonistas son niños. Sin embargo, con todo, algunos trazos aparecen. Situaciones excepcionales como la que sigue.

En las Últimas Noticias del 12 de agosto del año 1941, una breve nota es titulada: "Una pequeña de poco más de un año, abandonada por su madre y al cuidado de una lavandera, murió en condiciones lamentables. Guagua muerta estuvo insepulta ocho días y ocho noches"[185].

Una situación dramática marcada por la pobreza y la impotencia. El relato tiene como protagonistas a tres mujeres. De acuerdo con la publicación:

> […] una madre desnaturalizada, una lavandera comedida pero de escasos recursos y la pequeña sacrificada […] Mercedes González vda. de Briones, que vive en la Avenida Departamento, del mencionado barrio de Lo Ovalle. Esta mujer sin más sostén que su lavado y un hijo, se gana la vida como lavandera. Hasta ella llegó hace meses una mujer conocida de ella, cargando una criatura en sus brazos. Amigas de algún tiempo, pidió a doña Mercedes que tomara la guagua como pensionista, mientras ella trabajaba, la alimentación de la pequeña consistiría en suministrarle leche de vaca pues la madre carecía de la natural […][186].

La pequeña niña enflaquecida, enferma y fallece. La nota de prensa destaca la desgracia que sucede a pesar de los esfuerzos de Mercedes.

185 *Las Últimas Noticias*, 12 de agosto 1948, p.8.

186 Op. cit., p.8.

No recibió dinero alguno de la madre de la pequeña y atendió todo el penoso proceso de la enfermedad y la muerte de la niña. La publicación señala que todo lo descrito en la nota, lo relató la misma Mercedes con lágrimas en los ojos:

> Tuve la guagua cinco meses atendiéndola como podía con mis escasos medios. Cuando enfermó la llevé al doctor. Ya no había remedio[…] La madre no apareció sino muy de vez en cuando. Jamás me pagó el valor de la pensión contratada para su hija. La voy a demandar. Ni siquiera me dio para los gastos de velorio y sepultación[187].

Sin disponer de los medios necesarios para enterrarla, tuvo su cadáver más de una semana sin darle sepultura y esto es lo que motiva la nota de prensa. El relato encarna las concepciones que muy bien describieron Ximena Bunster[188] y Sonia Montecino en torno a la dicotomía con la que se construye lo femenino: esa madre y puta que genera juicios demoledores cuando las mujeres no responden a ese modelo sagrado, marianista de la madre, como la madre de la pequeña fallecida. Contrario a lo anterior, Mercedes encarna justamente lo sacrificial de lo materno y con ello, tiene a su favor, a quién escribe la nota y seguramente a los y las lectores/as. La otra mujer, la puta, la mala madre, que se va a Santa Cruz y deja a su pequeña muerta, merece la querella y el juicio generalizado de una sociedad que no la entiende sino como una mala madre. Y la niña, la pequeña, un personaje del relato menor, protagonista secundaria que adquiere importancia una vez muerta y ¿el padre?, nadie se pregunta por el padre.

---

187 Op. cit., p.13.

188 Bunster. Sobreviviendo más allá del miedo. En Bunster y Rodríguez, *La mujer ausente. Derechos humanos en el mundo*.

Sin duda, en la historia de Chile, habrá muchas "malas madres", mujeres que, por la carencia de recursos, por sus propias historias de violencias y abuso y porque la maternidad obligatoria como la llama Adrienne Rich[189], imposibilita social y subjetivamente desvincularse de ese mandato patriarcal.

En una entrevista realizada en el marco de esta investigación a una mujer de 31 años, que abandonó su familia y casa a los 9, escapando del abuso sexual reiterado al que era sometida por su padre y de los maltratos gravísimos que le propinaba su madre, señala: "*Como existen buenas madres, existen madres malditas. Y eso es lo que yo tuve, una madre maldita. Dios sabrá por qué y él se encargará de ella*"[190].

Otro ejemplo de las denominadas "malas madres", son aquellas que se practican abortos, abortos clandestinos que quedaban al descubierto en los '60 en el río, en los ríos: "*Debemos confesaros que, hasta el año 1968, observamos "la costumbre" de arrojar los cadáveres de los párvulos no bautizados, las secundinas de las parturientas y otras materias semejantes en un pozo abierto*"[191].

Asimismo, las niñas que construyen su identidad en la circularidad identitaria de lo femenino, que no pueden sino ser madres, espejos de sus propias madres y de las anteriores; en la calle ejercen ese rol, cuidan a los otros y cambian el carácter de los grupos masculinizados de los pelusas. Lo anterior es graficado en la escena final "Novela de Navidad", de Enrique Lafourcade. Protagonizada por un grupo de niños y solo una niña, sobrevivían bajo un puente del Mapocho y pasaban sus días en distintas calles santiaguinas. La escena se desarrolla un 24 de diciembre en la noche:

---

189 Rich, *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*.

190 Entrevista Elizabeth.

191 Salazar, op.cit., p. 59.

> Una sombra se deslizaba por el puente. La Rapunzel se aproximó al grupo de niños que temblaban con la luz del fuego. -¡Hola, cabritos! Traía dos bolsones de papel llenos. -Hay para todos- explicó. Los niños saltaron de sus posiciones orientales junto al fuego. De los bolsones surgían botellas, latas, juguetes, objetos dorados, dulces, pasteles […] – Vamos a armar un árbol de pascua -agregó. - ¡Chis, tai loquita! Pero ya el Cocoliso, entusiasmado, corría a cortar una gran rama de sauce. Lo afirmaron con piedras, La Rapunzel sacó de una caja los adornos de vidrios de colores. Guirnaldas de papel plateado. Velas rojas y azules. Todos los niños trabajaban […]. - ¡Se ve relindo, oye![192].

Por un instante y en una fecha tan significativa como navidad, el ejercicio del rol materno supera al drama del abandono y allí es posible reconocer lo femenino. Es la lectura cargada de simbolismo sagrado, que envuelve la figura de la niña, que tal como las "santas madres" vela la celebración para los pequeños.

Las alternativas para no vagar: tráfico y explotación sexual

El 15 de febrero de 1937, Las Últimas Noticias incluye la siguiente nota titulada "En $50 fue rematada una muchachita. Un drama de los bajos fondos". La situación señala que una mujer 'perdida' ante un grupo de degenerados, remató una menor de 13 años en la insignificante suma de 50 pesos. Sigue la nota:

---

[192] Enrique Lafourcade, *Novela de Navidad*, p. 203.

> La autora de este delito de corrupción de menores, conocida por el nombre de Doña Clotilde, fue ayer en la tarde detenida por el cabo Víctor Mardones de la 3.a Comisaría, a petición de una pariente de la menor, quien además le hace el grave cargo de haberla primeramente secuestrado […] entre las cuatro paredes de una pieza sucia y en tinieblas, en la que diariamente se reunían a beber individuos de los más extraños y siniestros. En torno a una mesa maltrecha y cubierta de vasos de vino, mientras en un rincón permanecía centrada la muchachita, se discutió el precio de la venta, hasta que uno de los contertulios eliminó a sus interesados opositores, con la oferta de unos pesos más[193].

Termina la nota señalando que con la intervención de carabineros, la menor habría vuelto con su familia y que la inescrupulosa doña Clotilde "deberá responder ante la justicia de la grave acusación"[194].

Se devela el comercio sexual y el tráfico de niñas como una realidad en la vida santiaguina de la primera mitad del siglo XX, dejando ver además la violencia sexual a la cual podían estar sometidas las niñas y jóvenes ante un mundo adulto y masculino, en el que también la adultez femenina es cómplice de estos delitos.

En esta misma línea, tras ocurrido el terremoto en Chillán, sucede una migración importante hacia los territorios del norte, lo que es destacado en una nota de prensa del 3 de febrero de 1939. En ese contexto se habría develado un posible tráfico de niñas. El periódico titula: "*Indeseables de Valparaíso tienden sus garras sobre las jóvenes del Sur*"[195], señalando que en Valparaíso ha llegado un número de 'jovencitas' que han perdido sus padres y que, por lo mismo, se encuentran en la orfandad. Esta

---

193 *Las Últimas Noticias*, 15 de febrero 1937, p.16.

194 Op. cit., p.16.

195 *Las Últimas Noticias,* 3 de febrero, 1939, p. 7.

situación estaría siendo aprovechada por elementos indeseables, quiénes estarían 'recogiéndolas' so pretexto de prestarles ayuda incondicional ante la desgracia. El juez de menores ha podido comprobar que el objetivo de 'los rufianes y traficantes' no sería otro que inducir a sus víctimas al vicio.

A pesar de que la situación puede fácilmente relacionarse con explotación sexual infantil o al menos se evidenciaría a partir de la descripción de los hechos, que hay riesgo de aquello, el juez de menores Señor Luis Vicuña Suárez solo establece una medida de presión en torno a la tuición de las menores: dada la dudosa moralidad de algunos sujetos que han manifestado su interés por recoger a las menores de edad, se establece que deben presentarse ante el juzgado dentro de 48 horas y manifestar formalmente su interés de obtener la tuición. De manera contraria, se podrían tomar medidas de apercibimiento y establecer sanciones sin perjuicio de otras medidas si se comprueba explotación o corrupción.

La medida pareciera poco pertinente para los hechos descritos por la nota de prensa. ¿Es que no era real o fundada la posibilidad de comercio sexual o no existen los medios legales para sancionar la venta y tráfico de estas niñas? ¿la explotación sexual infantil no es vista como tal? ¿qué opera para no tomar una medida más severa?[196].

A partir de lo señalado, se aprecia incipientemente el rol que juega la institución judicial en la situación de riesgo que podrían vivir niñas que desprotegidas efectivamente podían ser víctimas de delitos específicos.

En las memorias del Juez Samuel Gajardo (1957), quien publica un libro sobre sus 30 años administrando justicia en su condición de juez,

---

[196] A pesar que pueden ser obvias las respuestas a las preguntas, sobre todo la última, no está demás plantearlas, porque más allá que no existiera en ese tiempo el concepto de explotación sexual infantil y que no hubiera ninguna figura legal que pudiera asociarse a ella, develan cómo opera el patriarcado en un sistema judicial.

se pueden encontrar esbozos de historia de niñas de la calle, de niñas rebeldes que escaparon de los abusos, de los maltratos, de la mala vida y se vislumbran estrategias para ello. En relación a la explotación sexual, relata el Juez, lo siguiente:

> Una muchachita de unos trece a catorce años, comparece detenida por vagancia. Hacía un mes vagaba por las calles del centro, ofreciendo en venta algunas flores.
>
> Un caballero cincuentón, que en esos momentos se disponía a poner en marcha su automóvil le hizo un gesto. Ella no era tímida, abrió la puerta y se sentó cómodamente en el interior del coche. El conductor siguió Alameda abajo y dobló por la avenida España. A la izquierda se detuvo frente a su casa. Invitó a entrar a su incógnita pasajera y ambos subieron. La familia estaba ausente y la casa sola. La muchacha quedó deslumbrada ante el lujo que nunca había conocido. El caballero la hizo entrar a la sala de baño y ahí disfrutó del encanto de fragantes jabones y frescas esencias. Los polvos Conty y el rouge dieron a su rostro silvestre una simpatía extraña. Se miraba al espejo y se encontraba linda. El caballero la introdujo a su alcoba y ahí permanecieron media hora. Al despedirse, le regaló un billete de $100 (de hace diez años). Nunca había tenido en sus manos tanto dinero [...] Comprobé luego que entre muchachitas de esa edad y aún menores, existía una verdadera profesión lucrativa de explotar a los hombres, especialmente mayores de 50 años, ofreciendo servicios deleznables. En ella obtenían mejor utilidad que mendigando. Y tenían su tarifa, según la calidad del servicio. Nunca faltan protectores de la infancia[197].

[197] Samuel Gajardo, *Memorias de un Juez*, pp. 117-118.

No deja de sorprender en este relato cómo en la primera mitad del siglo XX, tanto para las instituciones judicial como para los mismos jueces o abogados, el comercio o la explotación sexual de niñas no existe como problema, más bien éste es ocasionado por las mismas niñas que buscando un mejor pasar, ofrecen servicios sexuales a hombres adultos. El claro carácter patriarcal de la institución judicial y de sus funcionarios, es evidente en este breve relato.

Asimismo, no era poco común que particularmente las niñas podían tomar como opción de sobrevivencia, dedicarse a los servicios domésticos en ciertos sectores de la capital, lo que las alejaba de las condiciones de vulnerabilidad de la calle. Sin embargo, muchas veces ese tipo de servicios era un disfraz para ocultar la participación de las menores en el comercio sexual capitalino.

El mismo 2 de enero, por la noche, María Espinoza habría salido de la casa de Cerda, rumbo a la de Elvira Silva –*"a quien conocía por haber sido sirviente de mi familia"–,* en el conventillo de "El Diablo" en Avenida Independencia. Allí permaneció hasta el día siguiente, *"cuando llegó la ciega Clodomira [Valdés Plaza], a quien conocía de vista y sabía que era cantora",* quien se ofreció a darle alojamiento en su casa. Ya en 4 de enero, Clodomira Valdés convidó a María Espinoza a visitar a dos de sus hijas *"que según me dijo estaban empleadas en una casa muy rica de la calle de Maipú".* Al decir de María, "*muy luego me di cuenta yo que me encontraba en una casa de remolienda juzgándola por las apariencias* […] *y le contaron en mi presencia a la Clodomira la cantidad de cuarenta pesos".* Ese dinero se entregó a Clodomira por concepto de venta de María, a la sazón menor de dieciséis años de edad[198].

[198] Declaración de María Espinoza Cabezas, Santiago, 4 de febrero de 1908. Ibid. fs. 129., citado por: Ignacio Ayala, "Redes de prostitución y cotidianidad del lupanar", op. cit., p. 6.

María Espinoza, de 16 años, es engañada por Clodomira y vendida a una casa de remolienda. De acuerdo con lo revisado, la venta de niñas con fines de explotación sexual no era excepcional, transformándose en una alternativa indeseable para evitar la calle.

Estando en la calle, sobre todo en las últimas décadas del siglo XX, la violencia sexual contra las niñas se manifiesta en los grupos con los cuales viven su vagabundear. Así, la violencia no solo puede ser ejercida por adultos, sino que también es cometida por sus pares; por otros niños abandonados que al recrear en la calle y en el grupo de pelusas la vida familiar, reproducen no solo lo "bueno" de esa vida, sino también, aquello que han vivido como experiencia traumática y que reiteran en su comportamiento.

De acuerdo con la Tesis "El otro Santiago: Los niños del Mapocho en el siglo XX. 1930-2002" de María Soledad Bravo y Patricia Madrid, desde la década de los '80 del siglo recién pasado la composición de los colectivos de niños de la calle cambia en comparación con *los pelusas* de principios de siglo, éstos "*solían agruparse por rangos etarios de no más de tres años de diferencia. Hoy en día, la edad no es requisito para formar parte de estos grupos*"[199], lo anterior trae reconocimiento de liderazgos en los mayores por parte de los niños más pequeños. Con niños de distintas edades, se configuran relaciones y una estructura de tipo familiar, que recrea roles y posicionamientos en tanto padre-madres- hijos. En estas familias, aparecen las niñas de manera mucho más significativa que en generaciones anteriores. Asimismo, la iniciación sexual es temprana, precoz. En este mismo contexto, ocurren violaciones colectivas, niños y/o jóvenes de otros grupos en la misma situación de abandono o incluso, del mismo grupo en el que participan las niñas, violentan a las "pelás".

---

[199] María Bravo & Patricia Madrid, *El otro Santiago*, op. cit., p. 111.

> […] varias veces que se violaban a las chiquillas, hay veces que estábamos 'losotros' y veces que no estábamos 'losotros' ahí, en las caletas que estábamos 'losotros', de repente abusaban de chiquillas[…] de repente cabros de afuera, cabros que andaban delinquiendo, que andaban robando […] son los mismos cabros los que participan de esos atentados, yo también participé de esa gueá[…] si 'poh' yo también participé de atentados sexuales, cabras ricas así cabras bonitas así, cabras que venían llegando a la calle […][200].

Violencia Sexual y Matrimonio Infantil

De acuerdo con un documento publicado por la Defensoría de la Niñez el año 2021, legalmente en Chile existía la posibilidad de que niños y niñas de 16 años pudieran contraer matrimonio con autorización de sus padres o algún representante legal, esto acorde a la Ley N° 19.947 de Matrimonio Civil. Sólo para el caso de aquellos y aquellas que tuvieran menos de la edad señalada el matrimonio estaría prohibido. El año 2022, está normativa fue modificada, prohibiendo totalmente el matrimonio infantil.

Si existe una relación entre realidad y marcos legales, lo anterior, podría implicar que durante mucho tiempo bajo el alero legal se concretaron matrimonios con diferencias de edad considerables, niñas que se casaban con hombres adultos, lo que podría ser un factor de riesgo considerable, toda vez que la diferencia de edad se vincularía con prácticas autoritarias, violentas y una mayor dependencia de la menor ante su marido adulto.

---

[200] María Bravo & Patricia Madrid, *El otro Santiago*, op. cit., pp. 116-117.

De acuerdo con un reportaje periodístico y de acuerdo con la Defensoría de la niñez, "entre 2010 y 2020 se celebraron 1.799 matrimonios que involucraban adolescentes", grupo compuesto principalmente por niñas de 17 años[201].

En la citada Memorias del Juez Samuel Gajardo, en el capítulo 55 llamado "La Nieta", relata el matrimonio entre un hombre mayor -que él creyó en un primer momento era el abuelo de la menor - y una niña de 14 años. Manifiesta que:

> Este hombre, viudo, tenía de allegada en su casita de una cité a la madre de la muchacha, que tendría, entonces, unos diez años. El la encontró muy simpática y se propuso educarla a su manera para que fuera su mujer. La madre, en su humildad, pensó que su futuro yerno era un buen partido, pues al morir (en lo cual no tardaría mucho) iba a dejar un montepío y una libreta de ahorros, con cinco mil pesos [...] Cuando cumplió catorce años no quiso esperar más. Mató una gallina y en una sencilla fiesta familiar, con pocos invitados [...] se celebró la boda[202].

Otro caso citado en estas memorias, refiere una situación similar con una niña que vivió por años con un hombre mayor que le ofreció techo, abrigo y comida, salvándola de la calle.

Con todo, es factible pensar que durante la primera mitad del siglo XX y probablemente hasta tiempos muy recientes, se concretaran matrimonios infantiles que fueron para muchas niñas abandonadas una

---

201 *La Tercera*, 24 de noviembre 2022, disponible en https://www.latercera.com/que-pasa/noticia/casi-dos-mil-ninos-y-ninas-se-casaron-en-chile-ahora-nueva-ley-prohibe-matrimonio-infantil/

202 Samuel Gajardo. *Memorias de un Juez*, op. cit.

alternativa real de evitar los dolores del frío, el hambre y todas las desgracias que podrían ocurrir estando en la calle.

Lesbianismo y travestismo como mecanismo de autodefensa

En la tesis anteriormente citada, a partir de las entrevistas realizadas a niños y jóvenes de la calle, es señalado que muchas niñas al iniciarse sexualmente optan por mantener relaciones con otras niñas, como una forma de alejarse de lo masculino, condición de género que en sus historias está asociada a experiencias dolorosas, abusivas y de agresión sexual. Así, relacionarse sexoafectivamente con otras niñas y mujeres jóvenes se transforma en un mecanismo de protección.

Esto es mencionado por Elizabeth, una de las mujeres entrevistadas para esta investigación. Probablemente por la violencia sexual que sufrió por parte de su padre, el nulo apoyo de sus hermanos, entre otras experiencias con hombres, Elizabeth señala que su iniciación sexual voluntaria fue a muy temprana edad estando ya en la calle. Durante muchos años sólo tuvo parejas mujeres. "*Es que cuando niña no estaba con hombres. Yo recién a los 15 años tuve un hombre*"[203].

Asimismo, en el libro de Yosa Vidal (2011), El Tarambana, la protagonista, una joven de 16 años oriunda de La Florida, abandona su casa y pueblo luego de haber sido ofrecida por el cura de la iglesia a tres hombres con apariencia y actitud mafiosa quienes la tomaron como parte de pago y abusaron de ella. Tras esta experiencia de violencia, la joven decide no solo abandonar su casa, también cortarse el cabello y adoptar la actitud de un hombre. Con esta nueva imagen, se cambia nombre y construye una historia familiar, comenzando a vagar y buscar

[203] Entrevista a Elizabeth.

trabajo o alguna otra forma de ganarse la vida. En su vagabundear travesti por distintas ciudades, se vincula sexualmente solo con mujeres.

Finalmente, tras lo que se ha presentado, se puede establecer que hay una historia no contada y esta es la de las niñas, la de aquellas niñas que han abandonado su hogar, su familia y que en la calle u otros lugares donde viven su abandono familiar, han debido enfrentar la vida con pocos años de edad. Pero, también hay otra ausencia en estos esbozos, en estas siluetas que ha dibujado la prensa, la literatura y los relatos judiciales, esta es la *rebeldía de las niñas*. Ante las injusticias y las violencias vívidas, ellas desde pequeñas, casi como una cuestión natural, han buscado alternativas para romper con ese 'destino' de sometimiento, salen del horror para trazar nueva vida. Entonces, no solo son historias de niñas abandonadas, violentadas, historias de niñas en la calle, son historias de niñas profundamente rebeldes.

Capítulo V

Segunda crisis de la infancia en la calle, 1970 – 2005

La infancia pobre y los niños del Mapocho durante la Unidad Popular

El gobierno de la Unidad Popular funcionó, en términos de articulación legal dirigida a la infancia, bajo los mismos preceptos de los gobiernos anteriores, la normativa imperante relativa a menores, estaba dada por la Ley N°16618 de 1967. Si bien existía una narrativa política centrada en los niños y en la superación de las carencias del pueblo pobre, no se logró articular una legislación que respondiera al problema de los niños que habitaban las calles de Santiago.

El Barrio Mapocho continuaba siendo un centro neurálgico en la ciudad. Los cambios en la urbe estaban dados principalmente por el crecimiento de la población, que había pasado de 5.023.539 en el año 1940, a 8.884.768 en 1970[204]. Este aumento poblacional estuvo dado por las continuas migraciones hacia la urbe, de personas que buscaban mejores condiciones de vida a las que tenían en las zonas rurales a las que pertenecían y por una mejora en el control de la morbilidad y mortalidad infantil[205]. La urbe creció principalmente hacia las zonas periféricas de Santiago, a mediados del siglo XX comienzan a aparecer las primeras poblaciones "callampa", grupos habitacionales de surgimiento espontáneo, a la orilla del río Mapocho y del Zanjón de la Aguada, principalmente. Luego, en las décadas posteriores, y asociado al mismo fenómeno, vendrán las tomas de terreno, y la politización del movimiento habitacional en la década de 1960. El crecimiento demográfico también estuvo dado por la estabilización de la curva vital producto, principalmente, de los adelantos en medicina, que contuvieron las enfermedades

---

204 Jorge Rodríguez. "Evolución de la población del gran Santiago: tendencias, perspectivas y consecuencias, en *Notas de Población*, 1993.

205 Carla Segovia & Miguel Trina. *Vida y muerte en una periferia de Santiago*, op. cit. Passim.

infecciosas y por la ampliación de la educación, que actuó en el mismo sentido.

Respecto a los niños vagos de la ciudad y que podían verse en los puentes del Mapocho, según los testimonios de la época, fueron disminuyendo su presencia hacia la década de 1970 a medida que las instituciones, primero privadas y luego públicas, fueron aumentando en cantidad e intensificando su trabajo con la infancia abandonada. El Hogar de Cristo, Fundación Mi Casa, El Ejército de Salvación, la Corporación de Defensa del Niño, y posteriormente la fundación Niño y Patria de Carabineros, entre otras a nivel nacional, fueron centrales en la disminución del fenómeno de los niños vagos. Así, desde el llamado de atención a la (alta) sociedad santiaguina realizado en la década de 1940 por Alberto Hurtado, hasta la irrupción cada vez más estructurada del Estado en la materia, en aspectos punitivos y asistenciales, las calles de Santiago dejaron paulatinamente, aunque no totalmente como veremos, de ver las pandillas de pelusas que las recorrieron en las décadas anteriores.

La vida de los niños que habitaban las calles del Barrio Mapocho, las riberas del río, los callejones de La Vega y el Mercado Central en busca de la subsistencia, no puede entenderse sin la relación con las instituciones. Desde temprano en el siglo XX, antes de que la legislación los contemplara, ya fuese por protección o por ser considerados un problema de seguridad pública, los niños del Mapocho habían desarrollado una relación con la Policía. Las continuas razzias que realizaba la fuerza pública, se desarrollaban principalmente por el clamor de la opinión pública y los comerciantes establecidos del Barrio Mapocho y La Vega, o debido a los crudos inviernos capitalinos, cuando alguna autoridad solicitaba, de manera urgente, sacarlos de la calle, producto de la muerte por hipotermia de algún niño de los puentes del Mapocho.

Por su parte, los Jueces de Menores serán una institución aparte que, amos y señores de las vidas de los niños y niñas de calle, decidirán su

destino y lo que es bueno para ellos, por sobre lo que estimen las familias, cuando hay, y los propios "menores", de acuerdo al marco regulatorio de menores y el paradigma de la irregularidad.

La opinión pública, de mediados del siglo XX hasta inicios de la década de 1970, fluctuó entre el espíritu caritativo, infundido principalmente por el ideario católico, y la creciente politización social, que ponía su acento en la solidaridad y en la lucha de los desposeídos por mejorar sus propias condiciones de vida. En ambos sentidos, los niños vagos, los "pelusas", y la infancia pobre en general, eran un eje (catalizador) de los discursos de las instituciones y de su vida política.

Los niños y niñas que habitaban la calle "herían la vista" del mundo adulto santiaguino, frente a esta situación, se montaban explicaciones y se formulaban planes, se exigía al Estado y también se denunciaba. En este último sentido, el mundo de las letras, el arte y la cultura fue central en dar a conocer esta terrible realidad, poetas y ensayistas fueron centrales en denunciar, desde una perspectiva social la vida y pesares de los niños vagos. Carlos Pezoa Véliz, Teófilo Cid, Víctor Jara, sólo por mencionar algunos, escribieron en prosa aspectos de la vida y los pesares de los niños abandonados que vagaban por la ciudad.

Puntualmente, Víctor Jara fue uno de los intérpretes más importantes de la "nueva canción chilena", corriente musical que sería portadora de una narrativa propia del ambiente político de los años sesenta y principios de los 70 en Chile, vinculada, especialmente, a la radicalización de la política de masas y la irrupción del "pueblo" como sujeto social por excelencia[206]. Emblemáticas son sus canciones que abordaban la infancia pobre, la infancia marginal a la cual había que asistir, y cuyas condiciones de vida se debían cambiar.

---

[206] J. Patrice McSherry. *La nueva canción chilena. El poder político de la música, 1960-1973*, LOM Ediciones, 2017.

Son temas recurrentes la imagen del *niño en el barro* y la metáfora del *niño como pájaro enjaulado*[207], en "Canción de cuna para un niño vago" de 1967 escribe:

La luna en el agua
va por la ciudad.
bajo el puente un niño
sueña con volar.
La ciudad lo encierra
jaula de metal,
el niño envejece
sin saber jugar.

Al igual que en la literatura, se aborda el tópico del sueño del niño, entendido como añoranza, una esperanza sobre un potencial tiempo mejor; los niños bajo los puentes sueñan con volar, con un tiempo y lugar en donde serán definitivamente libres de la miseria. Así como los niños de la *Novela de navidad* de Enrique Lafourcade, que soñaban con la construcción de su propio barco para ir al norte del país, y abandonar finalmente el río Mapocho, o en la obra de Gómez Morel, cuando los pelusas sueñan con abandonar el río y sus puentes siguiendo al circo. Los niños también sueñan con sus madres, con la esperanza que un día ellas vendrán y se los llevarán. Pero la ciudad los encierra, el río que los acoge también los absorbe, mientras que el mundo adulto y de las instituciones, lo quieren confinar. Los niños vagos crecen rápido, su

[207] Claudio Guerrero. *Qué será de los niños que fuimos, imaginarios en la poesía chilena*, Ed, Inubilicalistas, 2017, 48.

infancia no se corresponde a la de los niños crecidos en el seno de una familia, sus juegos lindan los límites de la muerte.

En 1972, Víctor Jara publica "Luchín", el paradigmático infante de las "manitos moradas" de los barrios marginales de Mapocho abajo en Barrancas:

Frágil como un volantín
En los techos de Barrancas
Jugaba el niño Luchín
Con sus manitos moradas
Con la pelota de trapo
Con el gato y con el perro
El caballo lo miraba.

La pelota de trapo, como signo de la pobreza material y del juego propio de la infancia.

En, "En algún lugar del puerto" de 1967, escribe:

Voy soñando, voy caminando, voy
En la arena dejo mis huellas, voy
Y el mar me las va borrando, voy
El viento sube a los cerros
Con el viento mis recuerdos
Corriendo al cerro el Aromo
Pelota de trapo al cielo

Corriendo vuelvo a la casa
Mi madre siempre cosiendo
Mi padre, ¿dónde estará?
El viejo era pescador
Sencillo como sus remos
Para vivir mar afuera
Trabajaba mar adentro
El mar le ofrecía todo
Entregándosele quieto
Y el mar le quitó la vida
Con su remolino negro.

Nuevamente el niño pobre con un padre que ha fallecido y una madre que trabaja de "siempre cosiendo", es el niño que representaba una potencial amenaza para la sociedad, el que callejeaba, sin padre y con una madre que no puede preocuparse de él durante el día, el niño que deambula por las calles, que en décadas anteriores la pedagogía francesa recepcionada en Chile por las instituciones, denominaba "pre delincuentes". Un niño pobre del puerto como tantos otros que vieron las calles de las grandes urbes, como Valparaíso.

Finalmente, "En el río Mapocho" de 1972, Víctor Jara volverá a abordar la temática del niño que juega con barro, "soñando que es un capitán", en el naufragio de la miseria urbana en que le ha tocado nacer:

En el río Mapocho
Mueren los gatos

Y en el medio del agua
Tiran los sacos,
Pero en las poblaciones
Con la tormenta
Hombres, perros y gatos
Es la misma fiesta.
Dicen que en estos casos
Es mejor reírse
Y en el medio del barro
Venga una pilsen.
Un niño juega en medio
De la tormenta
Que es capitán de un buque
Que se dio vuelta.

Víctor Jara, a través de su canción, hacía el llamado a abrir las jaulas de la miseria, a sacar a los niños del barro para que definitivamente pudieran volar. Con este mismo espíritu, que fue característico de la Nueva canción chilena, con esta narrativa que inundaba las conciencias del pueblo, es que se hacía política, así los niños a principios de los años setenta fueron un catalizador de las fuerzas que movían el proyecto histórico de la Unidad Popular.

En el programa básico de gobierno de la Unidad Popular, se dio importancia central a la infancia, señalando algunas medidas dirigidas a mejorar sus condiciones de vida, especialmente de la infancia pobre, algunas de ellas indicaban:

13. El niño nace para ser feliz

Daremos matrícula completamente gratuita, libros, cuadernos y útiles escolares sin costo, para todos los niños de la enseñanza básica.

14. Mejor alimentación para el niño

Daremos desayuno a todos los alumnos de la enseñanza básica y almuerzo a aquellos cuyos padres no se lo puedan proporcionar.

15. Leche para todos los niños de Chile

Aseguraremos medio litro de leche diaria, como ración a todos los niños de Chile.

16. Consultorio materno-infantil en su población

Instalaremos consultorios materno-infantiles en todas las poblaciones[208].

De entre las medidas más famosas, se recuerda la campaña por el medio litro de leche. En 1971, el personal de la editorial universitaria, con ayuda de un profesor y un médico, publicaron la cartilla *Por qué el medio litro de leche, carta abierta a las madres chilenas*, la que señalaba la relevancia que tenía el consumo de leche en los niños, explicando desde la perspectiva de las necesidades nutricionales, esta medida del gobierno de la unidad popular, en los párrafos finales, el texto señala:

Si has leído con atención este llamado que el Gobierno y la Nación entera te hacen habrás comprendido el profundo

208 *Programa básico de gobierno de la Unidad Popular: candidatura presidencial de Salvador Allende*, 1970.

significado del MEDIO LITRO DE LECHE DIARIO que ahora recibe cada uno de tus hijos. Con él se inicia el proceso de salvar para nuestra patria el futuro de nuestros niños, de desterrar el fantasma de la DESNUTRICIÓN, de formar nuevas generaciones de chilenos sanos física e intelectualmente. Sólo con tu comprensión y tu ayuda daremos cumplimiento a esta tarea. Pide la leche que le corresponde a tus hijos y haz que diariamente la consuman. No tardarás en ver cómo vuelven los colores a sus mejillas y florecen en sus labios las sonrisas[209].

La campaña del medio litro de leche de la UP incluyó además de cartillas, algunas circulares[210] dirigidas a los establecimientos educacionales en donde se orientaba a los docentes en la educación dirigida a los propios niños y sus familias, en la importancia y beneficios del consumo de leche. Con todo, esta campaña refleja un derrotero del período, que tenía relación con poner a los niños en el centro de las narrativas políticas de la Unidad Popular.

La utilización de la imagen del niño pobre y descalzo, en el período de la UP, se vio reflejada en la prolífica producción de afiches políticos como parte de la campaña comunicacional del gobierno socialista de Salvador Allende. Frases como "La felicidad de Chile comienza por los niños" (1970), "Por ti venceremos" (1970), "De la seguridad de los niños depende el futuro de Chile" (1972) o el icónico cartel del "Recital popular de Quilapayún", de Antonio Larrea, son ejemplos de la inclusión de la infancia pobre como movilizadora de sentidos en la política

---

[209] *Por qué el medio litro de leche. Carta abierta a las madres chilenas*. Editorial Universitaria, 1971, p. 7.

[210] *Alimentación complementaria, esfuerzo de todo el pueblo, Programa nacional de leche, Instructivo para las personas que participan en labores educativas*, Servicio Nacional de Salud, 1972.

del período[211], en tanto generan una base de representaciones populares que tienden a movilizar a la opinión pública hacia las medidas que el gobierno iba produciendo.

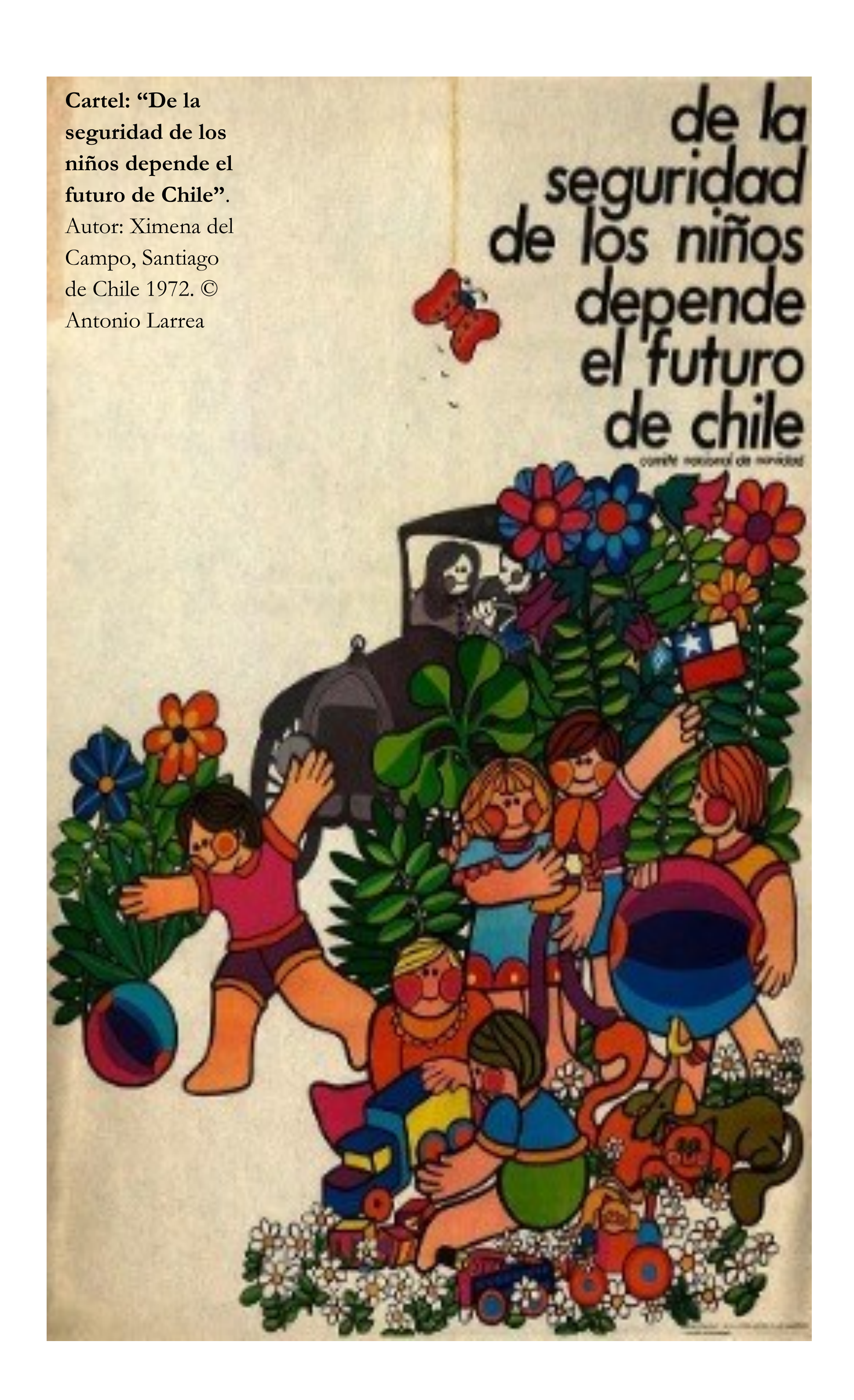
En 1972, Salvador Allende pronunció uno de sus discursos dirigidos al tema de la infancia, denominado *El niño el único privilegiado*, en que definía las líneas de proyección de lo que debía significar la educación para la superación material y cultural de la infancia en Chile, especialmente de los más pobres. También establecía la responsabilidad del Estado y de los distintos agentes de la sociedad en el logro de la meta de mejorar la vida de los niños mediante la educación. En uno de sus párrafos señala:

> Estudiantes, jóvenes, niños -los niños que hay aquí quizá no entiendan lo que representa la esperanza que depositamos en ellos si somos capaces de cambiar los medios materiales de su existencia y el padre o la madre son cada día, por una existencia distinta, más padres y más madres, en el amplio y tierno sentido de la palabra y la escuela es continuación del hogar, tenemos el derecho a pensar que esos niños que ayer no supieron del juego didáctico ni del papel ni del lápiz, serán los jóvenes del mañana, que con responsabilidad superior estudiarán más, para ser mejores técnicos, mejores obreros, mejores profesionales y mejores técnicos, en una sociedad que no separa a los hombres por títulos universitarios y donde tengan la gran responsabilidad de un trabajo al servicio de todos[212].

---

[211] Mauricio Vico, *El cartel político, social y cultural de la izquierda chilena en el Gobierno de la Unidad Popular,* Tesis doctoral, Facultad de Bellas Artes. Universidad de Barcelona, 2015.

[212] Salvador Allende. *El niño, único privilegiado. Discurso de apertura del año escolar,* 1971.



Cartel: "De la seguridad de los niños depende el futuro de Chile". Autor: Ximena del Campo, Santiago de Chile 1972. © Antonio Larrea

Con todo, el proyecto histórico de la Unidad Popular integraba en el discurso sobre la infancia los anhelos de cambio estructural, de la superación de un sistema social capitalista con tintes pre modernos, que afectaba con fuerza a los más desposeídos, especialmente a los niños que habitaban la calle. A pesar de esto, no se vio en el período de tres años que duró la experiencia socialista en Chile, modificaciones sustanciales en las normativas dirigidas a terminar con el problema de los niños de la calle. Por el contrario, se continuó con la subvención a las instituciones que venían trabajando con la infancia desvalida. Y en algunos casos estas no estuvieron exentas de críticas al gobierno de la Unidad Popular, ya fuera por alegar disminución en las subvenciones por niño atendido o por acusar infiltración de "elementos marxistas". Así lo recordaría el director de Fundación Mi Casa, como uno de los "peores momentos vividos" por su institución:

> Todo esto, unido a los dos elementos de perturbación, que vamos a señalar solamente, y que en parte coinciden en el tiempo con esta situación, hizo que éste fuese el peor momento que haya pasado "Mi Casa"[…].
>
> 4. El conjunto de situaciones difíciles que se produjeron durante el gobierno de la llamada Unidad Popular.
>
> Como síntesis, tremendamente expresiva y gráfica de esas dificilísimas horas, cabe señalar que en enero de 1971, "sin previo aviso", se rebajó la subvención fiscal "per cápita" (esto es: por niño-día asistido) […].
>
> 5. Unida a esta catastrófica situación del aporte estatal, la obra hubo de soportar una sostenida infiltración de corte marxista o socialista, como se podrá observar en la simple enumeración de algunos antecedentes que doy, al señalar puntos de vista sostenidos por los partidarios del Mapu, de la Izquierda Cristiana, y de

> partidos netamente marxistas que, en número superior a ochenta, se tuvo que despedir de la Fundación en pleno régimen de la Unidad Popular[213].

Por su parte, la vida de los niños que habitaban en las cercanías del Barrio Mapocho y La Vega, parecía correr sin mayores cambios, más allá de los discursos y la mística de la política popular, el corto gobierno del "socialismo a la chilena" de la Unidad Popular, no significó la integración de los niños vagos a los beneficios del sistema.

Aún en 1972, niños y jóvenes se mantenían habitando las calles aledañas al sector de La Vega, jugando al *crap*, a las cartas o a la rayuela, o desarrollando actividades de generación de algún ingreso que le permitiera comer y pasar el día, conviviendo con el comercio en un entorno de alto flujo de personas. En parejas o en grupos, los niños compartían con sus pares las experiencias similares de pobreza y exclusión. Algunos tenían familias o amigos, ya fuese en otros lugares empobrecidos de la ciudad o en las recientes poblaciones callampas surgidas en las periferias urbanas, a los que veían de manera esporádica, mientras otros solamente contaban con las redes de la calle y de algunas instituciones. Así puede observarse a través de una entrevista realizada a tres niños hacia 1972, en la popular revista Ramona, en el entorno de La Vega:

> En nuestra búsqueda por encontrar pelusitas, caminamos hacia la Vega Central: "Palacio" de mugre y basura, en donde los insectos, las moscas y los productos en descomposición le dan un característico olor ácido, penetrante y molesto.
>
> Perdidos entre un mar de carretelas, en que las bestias hacían su "agosto", comiendo zapallos medio podridos, pero al parecer

---

213 Alfredo Ruiz Tagle, *Arauco la bronca*, op. cit., p. 4.

sabrosos, tres muchachitos jugaban a la rayuela. No eran, y esto es absolutamente cierto, los pelusitas que antes acostumbrábamos a ver[…] con ropas hecha jirones y excesivamente sucios. Dudamos si realmente lo eran, pero de todas maneras nos atrevimos.

- Oigan, cabros, ¿no tienen frío? ¿Qué están haciendo?

Me miraron con sorpresa, que duró sólo un minuto. Luego se envalentonaron acercándose.

Jugamos rayuela, pero no se preocupe del frío, porque ligerito vamos a encender una fogatita – Con ojos interesados miran la cámara fotográfica[…]- ¿Nos van a sacar una fotito? – Se armó un chivateo descomunal en que los tres se pelean por ganar el primer lugar frente a la cámara. De paso uno de ellos le pega un puntapié a un pobre perro que se atravesó en la raya de la rayuela. Ya somos casi amigos. Se identifican: Juan de Dios Martínez, 14 años, Onofre Islami Fuente de doce, y Carlos Zudy Moncada, de la misma edad. Con excepción de Martínez, los tres se ven medio paliduchos, mal alimentados, con cara de anémicos.

El primero en manifestar deseos de conversar sobre su vida es Martínez Marcos. Es un muchachito seguro de sí mismo, que habla claro, sin tartamudeos, hilando una frase como la siguiente, sin problemas.

- Yo no tengo papá, tengo padrastro. Se porta más o menos conmigo cuando toma le da por pegarme, por eso yo me echo el pollo a la calle y prefiero andar por aquí y por allá. A veces nos vamos abajo o al río. Allí encendemos fogatas y contamos

> chistes. Algunos de los cabros más grandes salen a chorear, pero a mí no me importa[214].

Los “pelusitas” del Mapocho, niños, niñas y jóvenes que por diferentes motivos habitaban la calle en los entornos del río, desarrollaban una serie de actividades durante el día, donde primaban las necesidades de alimentación, pero también las asociadas al ocio y lo lúdico. Esto último lo podemos ver en la entrevista al mismo niño Juan de Dios, al preguntarle si le gusta el fútbol; él señala que no, que más bien “*me entretengo jugando a las cartas, pero sólo a veces. Lo que más me gusta es ir al teatro, voy casi todos los días al Santiago y al Valencia a ver películas de cowboys y gangsters*”. Como Juan de Dios, los niños que habitaron la calle durante el siglo XX, manifestaron patrones culturales asociados a lo que la ciudad y los espacios de sociabilidad en los que se encontraban insertos, les ofrecían.

Mientras algunos niños de clase media y alta, contaban con la posibilidad de ver televisión, la cual se había comenzado a masificar en Chile a partir del mundial de fútbol de 1962, la mayoría de los niños pobres no tenía acceso a ella. En las poblaciones periféricas en franco crecimiento para esa fecha, las familias asistían a ver los programas que los canales de televisión exhibían, a las casas de los vecinos que habían logrado comprar un receptor de televisión, los que a veces cobraban una módica suma de dinero como concepto de entrada, así en 1972, fecha de la entrevista a Juan de Dios, los niños que accedían a la televisión podían ver programas como *Rin Tin Tin, Robin Hood, Los Picapiedras, Titanes del Ring, Los tres chiflados*, entre otros, mientras que de entre los programas dirigidos a los jóvenes uno de los más populares era *Música Libre*, y el humorístico *La Manivela*, desarrollado por el grupo teatral

214 “El mundo trágico de los pelusas”, Revista *Ramona*, año 1, número 43, Ed. Quimantú, 22 de agosto de 1972, s/n.

Ictus, también se transmitían series como el famoso *Sombras tenebrosas*, *Los Intocables, Bonanza*, entre otras[215].

Ahora bien, la ciudad ofrecía una diversidad de formas de entretenimiento, entre ellas, el cine fue una que los niños de la calle más disfrutaron, incluso antes de la llegada de la televisión a Chile; por consiguiente, las películas eran de las favoritas, pues los cines (denominados indistintamente teatros, durante casi todo el S. XX), ofrecían espacios de descanso y les permitían sumergirse en mundos ficticios alejados de sus propias realidades, así lo podemos observar, por ejemplo en el testimonio de Juan Cerda, que en la década del 40 fue niño de la calle en Santiago:

> […] a veces íbamos al teatro las Delicias, comprábamos pan y chancho con las monedas que macheteábamos y entrábamos al teatro, nos "encuevábamos" a las dos de la tarde y no salíamos de ahí hasta las doce de la noche. Las que más me gustaban eran las de Jorge Negrete, María Félix[...] la Sara García, cuando trabajaba con el Joselito[...] la Libertad Lamarque, cuando trabajaba con Joselito también[...] pero la que más me gustaba era "Ayúdeme usted compadre", que era una película chilena de Los Perlas[...][216].

A partir de la década de 1940, aproximadamente, las películas y la música mexicanas, comenzaron a ser populares en Chile, sus temas asociados a sujetos populares enfrentándose a malvados hacendados, la lucha por la justicia y por el amor romántico, el desamor y la venganza, mostrados en contextos semi rurales violentos de zonas fronterizas de

---

[215] "Cartelera de televisión", *La Nación*, 20 de agosto de 1972.

[216] Juan Cerda, nacido en Chillán en 1930, citado por María Bravo & Patricia Madrid, *El otro Santiago*, op. cit., p. 34.

México, resabio de la Revolución Mexicana, y acompañado de música de tópicos similares, fueron recepcionadas por parte importante de la población chilena pobre, tanto campesina como obrera urbana[217]. Entre los cantantes y actores, más famosos en Chile, se encontraban Jorge Negrete y Pedro Infante, por mencionar sólo dos[218]. También fueron famosas las películas de Carlos Gardel, mediante las que se difundió el Tango, con letras y temáticas, también asociadas al desamor, la venganza y la nostalgia del barrio, en contextos urbanos populares y empobrecidos. Durante la segunda mitad del siglo XX, las películas y series de cowboys y gánsters de la industria de Hollywood, también llenaban las carteleras de los cines de Santiago.

Así como Juan de Dios, y Juan Cerda, niños vagos de las cercanías del Mapocho, en las décadas de 1940 y 1970, respectivamente, muchos otros niños deben haber realizado labores para reunir el dinero para las entradas al cine, en este espacio, seleccionaban las películas de moda y al mismo tiempo reafirmaban, muchas veces, patrones culturales asociados con modelos a seguir, proyectándose en el "jovencito de la película", y sus acciones frente a una vida llena de obstáculos que debían sortear con astucia.

Los cines de barrio fueron un aporte fundamental en la difusión de las industrias culturales del cine hispanohablante (mexicano y español, principalmente) y el angloparlante, especialmente el de Hollywood. En el caso de México y Estados Unidos, las películas de mayor éxito entre el mundo popular, eran las de carácter más bien fronterizo, especialmente las de charros y las de "pistoleros". A Juan de Dios, niño de la calle en 1972, le gustaban las películas del *Cine Valencia* y el *Cine Santiago*,

---

[217] José Bengoa, *El poder y la subordinación: historia social de la agricultura chilena*. Santiago, Chile: Ediciones SUR, 1990.

[218] Juan Pablo González & Claudio Rolle. *Historia social de la música popular en Chile, 1890-1950*, Ediciones de la Universidad Católica, Santiago de Chile, 2005, p. 232 y passim.

que estaba ubicado en la plaza Chacabuco, en la actual comuna de Independencia. Su función rotativa comenzaba a las 14.00 hrs., habitualmente eran exhibidas 3 películas. En agosto de ese año, se estaban proyectando "El final de un canalla", "La mujer del pistolero" y "El último guerrero". Mientras que el Cine Santiago, que se ubicaba en la calle Merced a la altura del 829, en la misma fecha, exhibían "La muchachada de abordo", en rotativo desde las 11 hrs.

La radio, por su parte e incluso antes del cine y la televisión, fue central en la difusión de los cantantes famosos que los niños podían escuchar en el entorno del Barrio Mapocho, ya fuera en las rocolas de las *boites* o en las radios "a pilas" que, en alguna ocasión, podían sustraerle a algún transeúnte despistado. Así como lo describe la *Novela de navidad* de Enrique Lafourcade, la música, el canto específicamente, era una de las actividades que los niños vagos realizaban en distintos momentos de la historia del siglo XX en la locomoción pública capitalina. Así también lo recordaba Luis Vega, quien fue un niño pelusa del Mapocho en la década de 1970:

> Un gran número de nosotros decenas o varios cientos éramos parte de ese gran contingente de vendedores y cantores de micros, subiendo y bajando a la carrera de ellas vendiendo toffi toffi la caluga, candi masticable, turrón, chocolates, billeteras nos escuchaban vocear en las micros Ovalle Negrete, La Palmilla, Tropezón y cantar por unas monedas con un par de castañuelas de pizarreño, "El Día Más Hermoso" de Ramón Aguilera, "Canción a la madre", o "El Pelusita Cantor" de Hernán Cáceres, nadie quedaba indiferente con las letras que salían del alma y que reflejaban nuestras vidas […][219].

[219] Luis Vega González, "Operación pelusa", *El Rodriguista*, 28/04/2020. https://www.elrodriguista.org/operacion-pelusa-1974/. Visitado el 04-09-2023.

Las letras de los temas de los populares Ramón Aguilera y Hernán Cáceres contenían tópicos sensibles para el mundo popular, "El día más hermoso", editado en 1973, se refiere al amor a la madre. Muchos de los niños que habitaban la calle eran huérfanos, otros habían sido abandonados, y había quienes mantenían a sus progenitores vivos, aunque mantenían una relación esporádica, muchas veces producto del maltrato hacia ellos, situación que les hacía huir de sus hogares. Sin embargo, la figura de la madre se hace presente de manera profunda en el imaginario del mundo popular de manera transversal, desde los niños vagos hasta los delincuentes adultos, mantuvieron y mantienen, una especie de devoción por "la mamita", como puede rastrearse en las huellas de los niños vagos de Santiago. Así recordaba hacia 1940, Juan Cerda, a su amigo el "Negro", que como muchos niños había emigrado a la ciudad, en este caso en busca de su madre:

> Me acuerdo del "negro" que venía de Temuco y andaba buscando a su mamá[...] no la conocía, porque nunca se hizo cargo de él. Lo crió su abuelita, y cuando ella se murió, se vino a Santiago. Habían otros cabros que se habían escapado de sus casas porque les pegaban, pero la mayoría andaba en la calle porque habían quedado huérfanos. En las noches nos bajaba la pena, nos acordábamos de nuestras mamás y a veces llorábamos, pero entre todos nos consolábamos[220].

La figura de la madre en la novela autobiográfica *El Río,* de Gómez Morel es potente y compleja, una relación intensa, llena de violencia e incluso con episodios incestuosos, y también es central en el relato del ex pelusa del Mapocho.

---

[220] María Bravo & Patricia Madrid. *El otro Santiago*, op. cit., p. 31.

Hacia 1972, la reportera de la revista Ramona, Manola Robles, preguntaba a los niños pelusas que pasaban sus días en las cercanías de La Vega y el Río Mapocho sobre la existencia de familias que los acogieran. En el contexto de la entrevista, le pregunta a Marcos un niño de aproximadamente 14 años que "*Es un muchachito seguro de sí mismo, que habla claro, sin tartamudeos*", si tiene hermanos:

- ¿Hermanos?

- No, no tengo hermano, lo mataron de un peñascazo en la sien[…], pero hace ya cuatro años. Mi mami se dedica a negociar en la calle – se sonríe-. A mí me gustaría ser como ella.

- ¿Y tu papá, lo conoces?

- Sí, lo conozco, pero no me junto con él. Fue muy malo con mi mami. Yo no lo tomo en cuenta como padre.

- ¿Trabajas en algo?

- A veces ayudo a un viejo que tiene un puesto de diarios.

- ¿Y si no?

- Si no, cualquier cosa. A veces me voy donde mi mamá.

- ¿La quieres?

- Chis, todos queremos a la mamá[…]

- Si, pero hay mamás que no son buenas.

Carlos Zudy se mete en la conversación, abriendo sus inmensos ojos café claros señala:

-Todas las mamás son buenas, aunque nos peguen, nos maten, son buenas, porque son la madre. Yo a la mía la quiero más que otro poco[221].

A diferencia de los padres, que muchas veces maltratan o abandonan, la madre se encuentra presente y es una figura central en la vida de los niños y serán recordadas o añoradas hasta la vida de adultos "aunque nos peguen", como una figura que encarna la ternura, la protección y el cuidado. No es extraño entonces, tal como lo recordaba Luis Vega, que los niños cantantes de micros, proyectaran toda la nostalgia de las letras de canciones como "El día más hermoso", de Luis Alberto Martínez, interpretada por Ramón Aguilera hacia 1973:

El día más hermoso
Es hoy, el de mi madre
Y voy a saludarla
Con ansias y emoción

Perdonen si la suya
Tal vez haya partido
Pero una madre vive
Siempre en el corazón

Camino hacia su casa

[221] "El mundo trágico de los pelusas", op. cit.

Con un pequeño obsequio
Aunque ella se merece
El mundo y mucho más

En este día hermoso
Yo quiero saludarla
Decirle con el alma
Felicidad mamá

De niño
Le prometí riquezas
Tenerla como reina
Con lujo y esplendor

Mi vida
Ha sido siempre dura
Y solo mi ternura
Le llevo en mi canción

Camino hacia su casa
Con un pequeño obsequio
Aunque ella se merece
El mundo y mucho más

En este día hermoso

Yo quiero saludarla

Decirle con el alma

Felicidad mamá.

Son canciones que circulaban en el mundo popular, los denominados boleros y valses de cantina[222], que se escuchaban en los pasillos de La Vega, con escasa difusión radial, pero que los niños aprendían para entonarlas a los pasajeros de la locomoción colectiva o a los transeúntes y obtener así, algunas monedas en reconocimiento de la poética popular.

Otro cantante que incorporó el repertorio de los niños del Mapocho, fue Hernán Cáceres, que popularizó los temas "El pelusita cantor" y "Bajo los puentes del Mapocho", grabados por el sello Emi Odeón en 1971, letras de autoría de Ernesto Acevedo Hernández, la primera canción decía:

Se llevan al pelusita

Ya nunca se escuchará

Su canto en cada micro

Entre el bullicio de la ciudad.

Es blanca su carrocita

[222] Juan Pablo González & Claudio Rolle. *Historia social de la música popular en Chile, 1890-1950*, Ediciones de la Universidad Católica, Santiago de Chile, 2005, p. 498, passim.

Camino del más allá
Murmuran unas vecinas:
"el pelusita al cielo va"
Murmuran unas vecinas:
"el pelusita al cielo va".

Dice la gente
Ya no cantaba
Estaba enfermo de soledad
Que por las noches se preguntaba:
¿Por qué no tengo mamá y papá?

De blanco su carrocita
Camino del más allá
Murmuran unas vecinas:
"El pelusita al cielo va"
Murmuran unas vecinas:
"El pelusita al cielo va"

Muchachitos de ojos tristes
De carita sin color
Que se suben a las micros
A entonar una canción
No le niegues una moneda

Sino es perfecta su voz
Que culpables no son ellos
De su humilde condición

Dice la gente ya no cantaba
Estaba enfermo de soledad
Que por la noches se preguntaba:
¿Por qué no tengo mamá y papá?
De blanco su carrocita
[…].

Canciones a la madre, a la vida de los pelusas, pero también al amor, que ya comenzaban a experimentar los niños del Mapocho, o al menos así puede observarse en la entrevista de la revista Ramona, citada anteriormente: al consultarle a Juan de Dios, si es que tenía polola este contesta: "- *Chis, claro. Por allá por una población. Se llama Beatriz, tiene catorce*" a lo que la reportera pregunta: "-*Casarte, ¿te gustaría*?" Por lo que Juan de Dios "[…]*se sonríe vergonzoso*, [mientras] *los otros muchachos se pegan un codazo burlándose. Juan de Dios los mira desafiante y dice: - Claro que me gustaría casarme con ella: es bonita*"[223].

En el mundo popular de las cantinas y últimas chinganas del barrio Mapocho, y ya desde fines de la década de 1950, se escuchaba a Lucho Barrios, cantante peruano, quien había popularizado en Chile el género del Vals, con temáticas que giraban en torno a la pobreza, el desamor y

223 "El mundo trágico de los pelusas", op. cit.

la traición: populares eran los temas "Marabú" (1958), "Me engañas mujer" (1958), o "Amor de pobre" (1966) cuya letra dice:

Nada te prometo porque nada tengo
Quiero que conozcas toda la verdad
Yo nací de pobre, lo quiso el destino
Más también los pobres tienen derecho de amar

Tienes que quererme sin mirar los trapos
Que cubren el cuerpo y la vanidad
Yo te entrego mi alma entera y desnuda
Y prometo amarte con sinceridad

Amor de pobre solamente puedo darte
Amor de pobre con orgullo y humildad
Si te interesa esta propuesta de cariño
Dímelo ahora porque ya no aguanto más

Amor de pobre, no es mentira ni es pecado
Es la más limpia intención del corazón
Si te decides a quererme te lo juro
Voy a cuidarte con cariño y mucho amor.

La poética popular, expresada en el cine y en la música desde los años 50 y hasta la de 1980, nutrieron los sentidos y significados de un *ethos* popular, que encontró en los niños y jóvenes de la calle una recepción particular, con letras que calzaban con su experiencia de vida, sus pesares, penas y nostalgias que a través de sus voces infantiles y acompañados de unas conchas de almejas, unos trozos de pizarreño, o un cacho de vaca, a modo de instrumentos, cantaban, por unas monedas, a los pasajeros de las micros.

El barrio Mapocho y la "limpieza" de la dictadura Militar entre 1973 a 1980

Mientras la sociedad chilena vivía la intensidad del proyecto de la Unidad Popular, y algunas instituciones que trabajaban con la infancia desvalida veían con recelo conservador la instalación del gobierno marxista y de su retórica revolucionaria, la vida en el Barrio Mapocho, continuaba siendo el escenario de una sociedad popular surgida en una zona de frontera, entre la ciudad culta y los arrabales, que mezclaba el ajetreo diario de un área neurálgica de tránsito y comercio de la ciudad, con las expresiones propias de los espacios de sociabilidad popular, pero donde también se vivían las restricciones propias de un contexto de inflación, acaparamiento y boicot económico al gobierno de la Unidad Popular, que se manifestaba en la devaluación del dinero, la escasez de mercadería y largas filas para obtener productos, por parte de los comerciantes y vecinos que asistían a esta típica zona comercial. Al menos así lo declararon, 180 días después del golpe de Estado, los comerciantes de La Vega, en el Fortín Mapocho, que en ese período correspondía a una publicación de los trabajadores y comerciantes de La Vega, de carácter más gremial que político. Aun así, frente a la magnitud política

del evento manifestado en el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular, es que algunos comerciantes de La Vega, mostraron su antipatía hacia el proyecto socialista y un claro apoyo a la dictadura militar, al menos eso queda evidenciado en la publicación del Fortín Mapocho de marzo de 1974:

> Don Rosamel J. Farías comerciante en confitería de calle Gandarillas y dueño del negocio "Don Chamelo", es el presidente del Sindicato de Comerciantes Periféricos de la Vega Central [...]. Estos comerciantes actuaron mucho tiempo en forma independiente y sin mayores preocupaciones, pero llegó un Gobierno que comenzó a estatizar la grande y pequeña industria, los canales de distribución normales para crear DINAC, SACOOP, los JAPS y otros y atentar contra el comercio establecido, dando lugar a la creación del nefasto MERCADO NEGRO. Estos hechos que comenzaron en 1971 y hasta septiembre de 1973 y que para el comercio y la industria fue una larga pesadilla, los obligaron a organizarse y participar activamente, junto al resto del comercio, en la defensa de sus derechos y en la lucha por cambiar el estado de las cosas imperante[224].

El que sería en la siguiente década un reconocido medio periodístico de resistencia a la dictadura, publicaba una entusiasta entrevista a un importante dirigente de la Vega, conocido como "*Don Chamelo*", que "*junto a los comerciantes de la Vega Central, Vega Chica, Fruteros Mayoristas y Mercado Central, libraron por primera vez y unidos la gran batalla por la liberación de Chile*" [225] . De acuerdo a este dirigente, la nueva

[224] "El comercio periférico de la Vega Central en homenaje a la H. Junta Militar 1973 - 11 de septiembre - 11 marzo 1974". *Fortín Mapocho,* septiembre, 1974
[225] Ídem.

administración del Estado, había comenzado un proceso de reconstrucción de La Vega, proceso en el que los comerciantes estaban dispuestos a cooperar, incluso aportando dinero para ello. En el mismo contexto, se valoraba la remodelación de los galpones que habían sido destruidos por un siniestro el 1 de enero de 1974. Rosamel Farías, Don Chamelo, señalaba otros cambios en su entorno inmediato, los que, desde su perspectiva, eran fundamentales para los comerciantes establecidos de La Vega:

> La tranquilidad para nuestro comercio, la erradicación del comercio en la vía pública que parecía no haber poder humano para solucionarlo. Pero Ud. y todos vimos cómo fueron sacados del centro de la ciudad, de los alrededores del Mercado Central y en las calles Puente, San Pablo, 21 de Mayo, Ismael Valdés Vergara y Bandera. Igual cosa podríamos decir del Puente de los Carros, las puertas de entrada para el baratillo y Mercado Vega Chica donde ya no se podía pasar. Aparte de eso, puede observarse la ordenación de la Plaza Tirso de Molina, con sus calles Santa María y Artesanos completamente despejadas. Todo esto muestra un cuadro distinto de lo que era antes del 11 de septiembre[226].

Efectivamente, la dictadura militar había desplegado sus dispositivos represivos para intervenir el río Mapocho y sus alrededores. Se repetía el repertorio que buscaba disciplinar y disputarle los espacios a los comerciantes pobres, a los ambulantes y vendedores de diversos productos, en las calles y puentes, como históricamente había sucedido, por ejemplo, en el "puente de los carros". Organizada por el alcalde designado por la dictadura, Hernán Sepúlveda Cañas, la "limpieza" incluía

---

[226] Ídem.

al departamento de Salubridad, a carabineros y a la policía de investigaciones. De acuerdo al dirigente de La Vega:

> También es otra cosa digna de destacar, porque con la operación limpieza realizada hace pocos días atrás, cuando una flota de camiones municipales barrieron con cuanto carretón de mano, mesetas inmundas, carpas sucias y destrozadas con la acción del tiempo, comercio que se salía hacia el centro de la calle hasta entorpecer el tránsito, comercio ambulante ocupando las veredas en venta de pollitos, yerbas, frutas, pescados insalubres y de todo cuantuay (sic), el delincuente ha tenido que alejarse ya que ahora no encuentra guarida para esconderse después de provocar el atraco. Ahora el comerciante puede llegar al sector comercial Mapocho a comprar sin ningún temor, ya que el peligro de que lo asaltaran a plena luz del día está resultando muy difícil para la delincuencia. Todo esto se le debe al señor Alcalde de Santiago, al Departamento de Salubridad e Inspección, a carabineros e investigaciones y es nuestro deber cooperar en todo lo que sea posible con estos servicios para que nunca más vuelva a ocurrir el espectáculo deprimente e indignante de muchos modestos comerciantes o dueños de casa que se quedaban sin comprar productos para sus negocios y para sus hogares[227].

La dictadura no solamente persiguió a los comerciantes ambulantes, también se dio a la tarea de acabar con el fenómeno de los niños vagos. Se organizaron razias, con el fin de acabar con la vagancia infantil. Cada vez más niños vagos aparecían en las calles de Santiago. Mientras, el mundo observaba los acontecimientos en Chile, las imágenes del bombardeo a La Moneda y las violaciones a los Derechos Humanos ya

---

227 Ídem.

circulaban por los medios europeos. El río Mapocho había sido el mudo testigo de las ejecuciones sumarias de un importante número de personas, los cadáveres de chilenos, opositores o no, a la dictadura militar, eran arrojados a su cauce como una manera de amedrentar a la ciudadanía. A pesar de esto, el río Mapocho y sus alrededores continuaban acogiendo a los niños de la calle que, aunque con nuevos miedos, continuaban produciendo su vida en el entorno mapochino.

Entre diciembre de 1973 y enero de 1974, las fuerzas policiales salieron a las calles de Santiago, con el objetivo de sacar a los niños de las calles y confinarlos en establecimientos administrados por carabineros. La "operación pelusa", fue una de las tantas veces en que la policía se acercaba al río para capturar a los niños vagos, pero esta vez era diferente, pues era en el contexto de una fuerte represión por parte de las fuerzas uniformadas, el miedo era distinto, más agudo. Un testigo del período, Luis Vega, señalaba:

> Un día se me hizo la noche en el barrio Franklin cerca de la calle San Diego, debía regresar hacia el Mapocho cuando me toman de los brazos dos policías de civil, mi suerte estaba echada a la micro se ha dicho, esa noche aprendí que el destino también se construye y si hay una oportunidad hay que torcerle la mano, siempre hay más de un camino uno elige, recuerdo que al subir muchos éramos conocidos en esas situaciones uno se arrima al que te da más confianza, al que conoces más, con quien te puedes ayudar, ya cuando estaba llena la micro nos llevaron a una casa en calle República nos hicieron dormir en el suelo con frazadas pues en la mañana nos vendrían a buscar, quién duerme en esa situación solo esperar, con el otro pelusita nos manteníamos juntos, cuando se hace de día me doy cuenta habían mujeres policías y una de ellas dice ustedes dos a barrer la calle, vamos dice mi amigo que al parecer ya había pasado por este trance y en un

> descuido de nuestras vigilantes nos echamos a correr, nunca más caería en las garras de la mosca azul[228].

Durante un tiempo, mientras el miedo a la represión desplegada por la dictadura se disipaba, los niños vagos del Mapocho, los pelusas, se escondieron. El nuevo gobierno de facto tuvo por preocupación central sacar a la infancia vagabunda de las calles de Santiago, y tal como trataba temas de seguridad interior, centrales para la conducción del país en las sesiones diarias, el 16 de abril de 1974, la Junta Militar citó al ministro de justicia Gonzalo Prieto y al vicepresidente Ejecutivo del Consejo Nacional de Menores, coronel (r) Manuel Vicuña para tratar el tema de la infancia irregular, especialmente el problema de los niños vagos. En su intervención, el ministro de Justicia, se jactaba frente a los miembros de la Junta Militar que "[…] *se ha terminado, como lo prometimos en una oportunidad y como lo prometió el Coronel señor Vicuña, con la vagancia infantil a nivel de Santiago. Desde el 11 de septiembre en adelante ya no se ven niños debajo del Mapocho*"[229].

En dicha reunión se cifraba en 650 mil los niños en situación irregular, y de ellos "*65 mil se encuentran en condiciones subhumanas*". El coronel Vicuña, que venía trabajando hacía tiempo con infancia abandonada y niños de la calle, en Concepción y Santiago, y que a la postre era el vicepresidente ejecutivo del Consejo Nacional de Menores, aventuraba un análisis sociológico que intentaba dar cuenta, de manera esquemática y con un enfoque evolucionista tosco, de la realidad de las familias populares y de los niños marginados denominados irregulares, el ex uniformado sostenía que:

---

228 Luis González Vega, "Operación Pelusa 1974", *El Rodriguista* 28/04/2020, revisado el 17 de julio de 2023 https://www.elrodriguista.org/operacion-pelusa-1974/

229 República de Chile, Junta de Gobierno. Acta N°112.-a.

> La sociedad chilena está constituida, en forma esquemática, más o menos por clase alta, media y baja. La clase alta, cuando le va mal, desciende a la media; la media, cuando le va mal, se transforma en clase baja, y la baja, desciende a una capa que nunca había sido estudiada, que es la capa animal. Pues bien, esta capa animal, que no tiene acceso ni a la educación ni a la salud, porque a la educación se tiene acceso cuando alguien lo lleva; por muchas escuelas que haya en la comunidad, no se va a ellas si no lo lleva el padre o la madre o alguien. Bien, conformado este grupo de la capa animal, este menor en situación irregular, cuyos padres son exactamente iguales a él y aún están más destruidos a medida que van cayendo en la escala, estos no dejan de tener hijos y han sobrevivido, desgraciada o felizmente, a la etapa de la mortalidad infantil. En la actualidad, hay en Chile 65 mil menores en esta situación, que viven en un estado verdaderamente animal; es decir, el hombre primitivo lo tenemos en pleno centro de la ciudad. ¿Por qué? Porque a estos niños ni siquiera se les entiende el idioma, no se les puede, por lo tanto, dar trabajo [...] Estos niños, que viven en condiciones subhumanas, son verdaderos animalitos. Esto da dos subproductos, que son: la delincuencia infanto-juvenil, que después se transforma al ser adulto, y el lumpen[...][230].

La alocución del funcionario encargado de la institucionalidad abocada al trabajo con la infancia vulnerable, refleja un enfoque clasista que fue propio de la nueva institucionalidad a cargo. Un discurso que también se puede observar en la esposa del comandante en jefe del Ejército Augusto Pinochet, Lucía Hiriart, quien sería posteriormente en su rol de Primera Dama, encargada de una red institucional de ayuda social

---

230 República de Chile, Junta de Gobierno. Acta N°112.-a.

más importante de la dictadura, en entrevista en el programa 60 Minutos de la Televisión Nacional señalaba: "*Mi preocupación hacia los niños, es un gran cariño que siento por los niños, en general. Para mí el niñito de la sierra peruana suciecito* (sic); *indígena, tiene el mismo, sentía el mismo admiración y cariño, que el niñito más compuestito y lindo de los nuestros*[…]"[231].

Mientras la reunión en el Edificio Diego Portales continuaba con las quejas del coronel Vicuña, quien señalaba que en el gobierno de la Unidad Popular no se habían aumentado las plazas para ingresar a nuevos niños en los hogares de menores, lo que "[…]*significó que la delincuencia infanto-juvenil volvió a aumentar, por razones lógicas, porque hay un crecimiento vegetativo, y que, tal como decía, ellos siguen procreando*." La solución estaba para el coronel en retiro, en utilizar la estructura del Consejo Nacional de Menores, junto a las instituciones que aplicaban la política de infancia del período, como Codeni, Niño y Patria, Mi Casa, El Hogar de Cristo, el Ejército de Salvación, entre otras, las que debían disciplinar a los niños para el trabajo asalariado, incluso señalando la necesidad que los menores ayudaran a la institucionalidad con su trabajo.

> A estos muchachos se los pelean en las fábricas y en las industrias, porque son tremendamente productivos. Estos menores trabajan horas extraordinarias; incluso, si los dejan, trabajan sábados y domingos, porque tienen un nuevo concepto de lo que es el trabajo. En este momento tenemos 5 mil niños mayores de 16 años listos para, junto con estudiar, que empiecen a ir a las empresas. Las instituciones tienen ya las instrucciones de dejar de tratarlos como a un niñito rico, como decimos nosotros. El

---

231 Lucia Hiriart, programa "Sesenta Minutos", Televisión Nacional de Chile, 1975, archivo youtube, programa informe especial: "El Cema de Doña Lucía". https://www.youtube.com/watch?v=w0vhrCjUs8M, visitado el 11-09-2023

niño tiene que estudiar y trabajar; debe ayudar, pues de otra manera el erario sería insuficiente para arreglar este problema[...][232].

El escenario con las instituciones se veía prometedor, los uniformados comentaban que "*tenemos a todas las instituciones del país afiliadas a nosotros, ya nos creen*", por lo que restaba usar esa estructura de trabajo para terminar con el problema de la infancia irregular. Pues, "*Esos 65 mil niños en condiciones subhumanas de que habla el Coronel Vicuña son verdaderos animalitos; son niños que muchas veces no entienden nuestro lenguaje ni nuestras costumbres, y eso es un criadero de marxistas*"[233]

Por su parte, el ministro comentaba a los miembros de la Junta Militar que, apoyando al coronel Vicuña, se encontraban las esposas de los uniformados, incluyendo a su propia esposa, en donde "*también está incorporada la señora del General señor Mendoza*", las que trabajaban en la obtención de zapatos para los niños con el fin de evitar ese gasto al Estado. El ministro Prieto relevaba, además, "*el ejemplo que significó el gesto de la Junta de entregar para estos fines la propiedad de El Cañaveral* [lo que] *ha tenido una tremenda repercusión*"[234]. Efectivamente, las esposas de los uniformados y algunas mujeres de clase media y alta, tendrán un rol fundamental en el apoyo y difusión social de las acciones de la Junta Militar[235], con el fin de lograr ampliar la base social de la dictadura y luchar contra la mala fama producto de la violencia desbocada con la que actuaba.

Por otra parte, la propiedad del Cañaveral mencionada por el ministro Prieto, residencia ubicada en la precordillera de Santiago, que era

---

232 República de Chile, Junta de Gobierno. Acta N°112.-a

233 República de Chile, Junta de Gobierno. Acta N°112.-a

234 República de Chile, Junta de Gobierno. Acta N°112.-a

235 Margaret Power, *La mujer de derecha. El poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*. Centro de Investigaciones Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2008.

propiedad de Miriam Contreras "La Payita", secretaria personal del presidente Salvador Allende, lugar que fue ocupado como residencia alternativa durante su mandato, fue expropiada de facto y transformada en una residencia para niños en situación irregular, especialmente para niños "pelusas" del Mapocho y sus alrededores. En diciembre de 1973, el periódico La Tercera difundía la noticia a la opinión pública:

> Ochenta niños en situación irregular son desde ayer los amos y señores de la residencia que Salvador Allende tenía camino a Farellones y que hoy ocupa el hogar de menores Javiera Carrera. Se trata del tan tristemente célebre Cañaveral, otrora cuna de los aprendices de guerrilleros preparados por el gobierno. Rodeado de un paisaje de ensueño donde predominan los cerros de la precordillera que lo encuentran, el río que a esa altura baja con aguas celestes y cristalinas y tapizado de cañaverales y bosques de eucaliptus; lo que fue privilegio de unos pocos, es ahora propiedad de los niños[236].

En septiembre de 1974, la propia dictadura lo informaba a la opinión pública, como parte de las medidas de la política de menores:

> En líneas generales, se ha disminuido en un porcentaje importante el número de menores ubicados en las cárceles del país; se ha eliminado en gran parte la vagancia y la mendicidad de los menores y se ha aumentado la ayuda económica a todos los establecimientos privados que atienden menores en situación irregular. No obstante el escaso tiempo transcurrido, se ha logrado también poner en funcionamiento, o adecuar la marcha a corto

[236] *La Tercera*, 22 de diciembre de 1973.

> plazo, de los siguientes nuevos establecimientos: - Hogar Javiera Carrera. Instalado en la antigua residencia presidencial "El Cañaveral" y con capacidad para 80 menores y ampliación a corto plazo para 150[237].

Además de la preocupación demostrada por la infancia irregular, el gobierno de facto informaba que se estaban desarrollando vínculos con la empresa privada, con el fin de dotar de oficios a los niños irregulares que se encontraban recluidos en los hogares de menores del Estado. También se informaba de un plan a seis años que pretendía "absorber" a 10.000 niños en situación irregular de manera anual, así como los vínculos con la UNICEF para coordinar un plan multisectorial relativo a la infancia. Por otro lado, se comunicaba que durante el último año las Unidades Policiales del Departamento de Menores había retirado a 2.552 menores "dedicados a vagancia" y había detenido a 2.552 menores "por diversos delitos", mientras que los "*menores internados en establecimientos de recuperación de Carabineros* [ascendía a] *1.900*"[238].

Dentro de las acciones de la dictadura, las razias contra los niños vagos del Mapocho, fueron captadas por la cámara del fotógrafo Chas Gerretsen, imágenes en donde puede verse a agentes del Estado vestidos de civil, en los sectores aledaños al Barrio Mapocho y La Vega entre diciembre de 1973 y enero de 1974[239], tomando a los niños vagos, denominados en el período como "pelusas", los que eran llevados, en su

---

[237] *Un año de construcción, 11 septiembre 1973 – 11 septiembre 1974, el jefe supremo de la nación general del ejército Augusto Pinochet Ugarte informa al país*, p. 298, Biblioteca del Congreso Nacional, en: https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=recursoslegales/10221.3/10556/42/19740911.pdf revisado el 15 de agosto de 2023.

[238] *Un año de construcción*, op cit., p. 52.

[239] Las imágenes pueden ser revisadas en las redes sociales del fotógrafo neerlandés Chas Gerretsen y en el Museo de la Fotografía de los Países Bajos, op. cit. Recientemente se ha publicado parte de ese trabajo en: *Chile. El Archivo Fotográfico 1973-1974,* Ed. RM, Barcelona, 2023.

mayoría y de acuerdo a su tipo de "irregularidad", al recientemente inaugurado Hogar Javiera Carrera, en la propiedad del Cañaveral, en donde se les fichaba, luego se les proporcionaba detergente para ropa para que se bañaran y lavaran el pelo, posteriormente se les alimentaba. La idea era que pasaran allí parte de sus vidas aprendiendo oficios para ser "transformados" en personas de bien, productivas y de aporte para la sociedad. En las fotografías del momento de la captura, puede observarse el miedo de los niños en sus rostros, siendo llevados por la fuerza y subidos a los carros para su traslado.

Gerretsen recuerda el día de la operación pelusa en las siguientes líneas:

> La función de la oficina de relaciones públicas con la prensa de la junta [militar] era mostrar el lado positivo del gobierno militar. La historia de los hogares infantiles y la Operación Pelusa no es más que un ejemplo […]. Había recibido un aviso de la oficina de relaciones públicas de que Carabineros iba a lanzar la Operación Pelusa para ayudar a resolver el problema de los niños de la calle en Santiago […]. Acompañé a policías de paisano y les fotografié mientras recogían a los niños sin hogar de las calles del centro de Santiago y del gran mercado abierto de la Vega […][240].

Así, acostumbrados a huir de la mosca azul y de la policía en los distintos gobiernos, sin distinción, esta vez los niños no sabían qué les esperaba, seguramente varios de ellos habían sido testigos de las atrocidades cometidas por la dictadura en el río Mapocho, por lo que el miedo en sus caras era real y legítimo.

---

[240] Chas Gerretsen. *Chile. El Archivo Fotográfico 1973-1974*, Ed RM, Barcelona, 2023, s/n.

Nuevas formas de sociabilidad de los niños del Mapocho y la respuesta del Estado en las décadas de 1980 y 1990

Luego de las razias que los agentes del estado desarrollaron en el sector del Mapocho, los niños vagos efectivamente desaparecieron por un tiempo de las calles. Sin embargo, la pobreza de vastos sectores de la sociedad chilena avanzaba de manera abrumadora. Sobre todo en las poblaciones y en las tomas de terreno, denominadas "campamentos", la infancia empobrecida de la periferia de la ciudad, empujados por el hambre y con la intención de ayudar a sus familias, salían a las calles a realizar actividades laborales informales al centro de la ciudad. Así como en las décadas anteriores del siglo XX, los niños habían efectuado actividades tales como suplementeros, lustrabotas, corteros, cantantes de micros, entre otras muchas, en la década de los ochenta prevalecían algunas de ellas, como el cantar en la locomoción pública, pero se sumaban otras con mayor intensidad, como la venta ambulante en las micros, especialmente de confites; "tofys", "calugas", maní confitado y de helados, en la década posterior, especialmente de los famosos "chocopanda".

También el enfoque del trabajo con los niños comenzó a variar, ya hacia fines de la década de 1970, organizaciones de la sociedad civil que trabajaban con infancia vulnerable en contextos comunitarios, y que además estaban en contra de la dictadura, comenzaron a ser receptoras del discurso de los Derechos Humanos, especialmente de los Derechos del Niño, enfoque que fue llenando los discursos sobre la infancia vulnerable y vulnerada. El discurso de los "niños vagos" se fue diluyendo y se comenzó a hablar de "niños trabajadores" y de "explotación comercial". A inicios de 1980 y durante toda la década, era común ver a los niños subiendo a las micros y voceando sus dulces, para luego bajarse de las mismas con las máquinas aún en movimiento. Aún no causaba estupor ver a los niños, en horario de escuela, cantando en el persa

de los Reyes o en los pasillos de La Vega o en el Matadero de Franklin. O por las noches, vinculados al mundo del hampa y de la prostitución infantil en las cercanías de la Plaza de Armas de Santiago, vendiendo flores o "tarjeteando" en las fuentes de soda y bares de Santiago en horas de la madrugada.

Paralelamente, las grandes fundaciones de caridad continuaban trabajando con la infancia abandonada y vulnerable, pero ahora como colaboradoras del Estado, bajo el alero de una nueva institucionalidad, el Servicio Nacional de Menores (SENAME), creado en 1979 bajo el decreto de Ley 2465, institución que profundizó la lógica asistencial del trabajo con la infancia pobre. En este contexto, se crearon una serie de dispositivos para trabajar con las distintas complejidades de la denominada infancia irregular, sin embargo, no se distinguía entre niños vulnerados y niños infractores de ley, por lo que los dispositivos servían como un lugar de encuentro entre ambas realidades. Este hecho provocó que muchos niños "aprendieran" a sobrevivir en la calle al interior del Sename. Famosas eran, entre la infancia pobre, la Ciudad del Niño ubicada en la Gran Avenida y los "internados", en donde eran dejados los niños cuyas familias no existían o no podían tenerlos.

La calle, en la década de 1980, se transformaba paulatinamente. Los niños vagos ya no mostraban al mundo sus miserias, intentaban vestir a la usanza de los niños "de casa", los niños integrados, con el fin de que la policía de menores no los "pescara". Nuevos consumos de sustancias comenzaban a hacerse famosos, atrás quedaba el alcohol y los cigarros, ahora comenzaba a consumirse el "neoprén"[241], pegamento cuyo componente activo, el tolueno, provocaba estados alterados de conciencia. Imitando a los gitanos, según trabajadores comunitarios de

241 Nombre comercial de pegamento universal que contenía tolueno entre sus componentes.

la época[242], aspiraban solventes en *huaipes*, los niños de la calle comenzaron comprando una cucharada de neoprén y una bolsa por 10 pesos. Luego, a fines de la década de 1980 e iniciando los 90, apareció en las calles la pasta base de cocaína, sustituyendo incluso, el consumo de marihuana y de neoprén.

Los niños y niñas que venían desde la periferia a "trabajar" al centro, se encontraban con otros niños que vivían en la calle, se hacían amigos y muchas veces se quedaban a pasar la noche con ellos en los "rucos" o las "caletas". Aquí aprendían a consumir sustancias como el neoprén o las denominadas "soluciones"[243], bencina, y posteriormente pasta base de cocaína. Los vínculos formados al calor del "carrete", de una cierta solidaridad y de una atención que no tenían en sus hogares, hacía que los niños y niñas fueran quedándose fuera de sus casas, hasta abandonarlas definitivamente, pues en aquellas no se les echaba de menos ni tampoco se les trataba bien: con padres maltratadores, alcohólicos, y bajo condiciones de hacinamiento, la casa no presentaba condiciones tan diferentes a las de las caletas, tampoco la población -sin alcantarillado, con calles de tierra, canales y acequias donde abundaba la basura, perros callejeros y "guarenes"[244]- se diferenciaba tanto del río y sus puentes, por lo tanto este entorno no se hacía tan extraño a sus sentidos acostumbrados a la miseria suburbana. Al menos en las caletas, no eran

---

[242] "Niños neopreneros en los años 80: entre la bolsa y la vida", *El Mostrador*, 8 septiembre, 2023. En: https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2023/09/08/ninos-neopreneros-en-los-anos-80-entre-la-bolsa-y-la-vida/, visitado: 11-09-2023.

[243] Pegamento para parches de cámaras de bicicletas. Una vez que el tolueno fue eliminado de la elaboración del neoprén, los consumidores de tolueno comenzaron a comprar este pegamento que lo contenía. Recién en 1999, el tolueno dejaría de ser producido e importado a Chile.

[244] Ratas grandes que viven en las alcantarillas y algunos cauces de agua en donde hay basura.

cuestionados ni "paquedados"[245] y el fruto de su trabajo lo podían disfrutar junto a sus nuevos amigos.

De esta manera, los especialistas en infancia vulnerable comenzaban a hablar de niños "de" y "en" la calle, como una forma de diferenciar a la infancia que vivía efectivamente en la calle de la que pasaba su tiempo en ella, teniendo un hogar al que volver, aunque fuera de manera esporádica. Así lo explicaba Carmen Graves, Trabajadora Social del Hogar de Cristo en 1987:

> […] hay niños que abandonaron su hogar hace mucho tiempo, se hicieron de amigos, comen lo que les regalan los comerciantes -principalmente de La Vega o de otros centro de abastecimiento- y piden limosna. "Son los niños que yo llamo 'de la calle', los de las patotas, delincuentes o a punto de serlo; se las saben todas, conocen mucho más de la vida que cualquier adulto, duermen bajo los puentes del Mapocho o en otro lugar público, sortean los cercos policiales y saben manejarse; son adultos en miniatura". También están aquellos que viven en hogares humildes y salen a pedir después que van a la escuela, "muchos empiezan a salir con sus padres, comerciantes ambulantes, luego éstos los sueltan y empiezan a vender solos y después se ponen a pedir, con el consentimiento paterno o no". Son "niños en la calle"[246].

Así recuerda Nancy, que fue niña de la calle en la década de 1990, su proceso de inicio de la vida en la calle:

---

245 Reprimidos, argot contemporáneo que deriva de paco, nombre con el que se conoce a la policía uniformada en Chile.

246 "Mendicidad infantil, La pobreza obliga", En: *Solidaridad* N°251, del 15 al 28 de agosto de 1987, p. 12.

> Es que nosotros cuando chicos, nosotros trabajábamos en mi casa, de chicos, de los ocho años que conozco el centro de Santiago poh, del Castillo me venía al centro. Entonces nosotros veníamos a trabajar con mi hermano y mi hermana. Y en eso, con mi hermana empezamos a conocer cabros del metro que se quedaban en el metro del Paseo Ahumada [...]. Ahí, cuando estaban recién, así como la que el metro dejando que se quedara gente de calle y toda la cuestión, entonces ahí los conocimos cabros y con mi hermana, mi hermana se puso a pololear con uno [...] con ese cabro con mi hermana dormimos en distintas caletas, distintas casas okupas, puentes, todo. Y mi hermana iba a quedarse en la Chuck Norris en esos tiempos [...] ya después no volvíamos a la casa. No, mi mamá después nos andaba buscando y toda la cuestión, que yo igual era chica, tenía ocho años. Mi mamá igual se preocupó por nosotros cuando ya después no llegábamos poh y después empezamos a llegar a las dos de la mañana, tres, y ya después no llegamos más[247].

Efectivamente las "caletas", fueron lugares de encuentro de los niños de la calle que habitaban la ciudad de Santiago, especialmente en los alrededores del Río Mapocho, pero también en casas abandonadas o en las laderas de los cerros. Allí niños y jóvenes de entre 6 a 20 años convivían, se reunían para pernoctar y consumir sustancias, especialmente solventes inhalables y pasta base de cocaína. La "caleta" era el lugar, pero también se refería al grupo que brindaba protección y apoyo ante la situación de soledad, vulnerabilidad y desprotección, el grupo acompaña y educa en las estrategias para vivir en la calle. En este

[247] Entrevista a Marcelo y Nancy. Ellos fueron niños en situación de calle que habitaron en su infancia en las distintas caletas de Santiago, en la década de los 90. También fueron recluidos en dispositivos de SENAME, en donde conocieron a otros niños de la calle. Se cambiaron los nombres de los entrevistados para proteger su identidad.

espacio, se fomentaría la adquisición de costumbres[248] que van perpetuando la permanencia en la calle, como por ejemplo el consumo de drogas, el trabajo informal, el robo y la explotación sexual, entre otras. En 1990, la revista APSI, entrevistaba a Thomas Wedderwille, ciudadano alemán que se encontraba en Chile trabajando en la Fundación Verbo Divino, la entrevista versaba, entre otros tópicos, sobre las caletas como espacio de sociabilidad y protección, respecto a esto Thomas señalaba que:

> […] hay un estadio en construcción y un hospital que quedó sin terminar que les sirven de caletas […]. Es toda una comunidad muy cerrada, formada por ladrones y mendigos, en la que también hay adultos que han pasado a ser la familia del niño. Si quieres trabajar con un chico, tienes que trabajar allá, en esos lugares […]. Allí ellos se sienten protegidos y sienten que tienen el lugar que les ha negado la sociedad[…][249].

Entre las caletas más famosas en la década de 1990 y el 2000, se encontraba la denominada *Chuck Norris*, ubicada en el Puente Pío Nono que cruza el río Mapocho, supuestamente nombrada así por un sujeto que la habitó antes que los niños de la calle, y que llevaba el apodo del actor norteamericano. Este espacio, ubicado en la comuna de Providencia, era un desagüe que conectaba el río con los edificios del sector sur del río Mapocho, en las esquinas del Parque Bustamante con la intersección de Avenida Providencia.

---

248 Luis Ossa Saldivia. *Adolescentes en situación de calle: Construcción de identidad en situación de extrema vulnerabilidad. Un acercamiento cualitativo*. Tesis para optar al grado de Magíster en Psicología mención Clínica Infanto-Juvenil. Universidad de Chile, 2005. p. 120.

249 "Donde comienza el desamparo: los niños de la calle", en Revista *APSI*, N°353, del 20 de junio al 3 de julio de 1990.

Un ex niño de la calle, Marcelo, recuerda sus inicios en la calle en la década de los 90 y su experiencia en la caleta Chuck Norris:

> Caleta es la calle poh, tú cuando te hací un ruco o te instalai en cualquier lado, pongámosle estoy acá afuera y me instalo ahí, me hago un ruco, esta es una caleta más. Me tomo, me tomo esta casa es una caleta pa' mí […] yo me crié en la caleta Chuck Norris, que fue la primera vez que cuando me tomé la calle ahí […]. Ahí en Mapocho […]. Había un túnel […]. Nosotros vivíamos ahí en ese túnel ¿cachai? Y ese túnel te daban pa'l telefónica que está al frente del hospital […]. Y ahí nosotros nos criamos […]. Adonde está el Pío Nono un poquito más allá, un centímetro más allá. Ya poh, nosotros nos quedábamos ahí. Y ahí nosotros empezamos a ser harta gente poh, ahí nos volábamos en bencina, cuando estaba la bencina roja […]. Después de la Chuck Norris nos fuimos pa' allá pa'l Puente Bulnes. Y eso fue, ahí ya me fui, ahí fue la historia más mía donde viví más años, que fue en la caleta, fue en un puente, ahí[…][250].

De igual manera Elizabeth, que también fue niña que habitó la calle en la década de los 90, recuerda que dejó su hogar por los abusos y malos tratos de su padre. A los nueve años comenzó a dormir en la calle con una amiga, luego comenzaría a frecuentar la caleta Chuck Norris. En la entrevista en profundidad, señaló además que su sobrevivencia en la calle estuvo dada principalmente por el robo, actividad que aprendió de su madre desde muy pequeña:

[250] Entrevista a Marcelo y Nancy, loc. cit.

> A los 9 años dije "Ya no quiero estar aquí" y me fui. Dije "Voy a buscar mi destino en otro lado" [...]. No me tapé con nada. Tenía un cartón. Me morí de frío. Fue una noche interminable [...] Nos levantamos cuando todavía no amanecía con mi amiga, porque yo no podía dormir [...]. Se llama Chuck Norris. Yo ahí llegué después [...]. Al otro día. [...]. Ahí había una estructura de cemento, así. Tú saltabai la reja y llegabai a la estructura de cemento. Había como un hoyo. Entonces, teníai que irte por la orilla. Te lo podría dibujar. Tendríai que irte por la orilla y ahí había una escalera como de cemento y bajabai. Y debajo de eso había un hoyo. Y esa era la Chuck Norris [...]. a veces estaba lleno. A veces no podíai entrar pa'dentro porque era un tubo. [...]. Sí, es algo tubular. Y como es tubular, uno tenía que caminar así, era un atado pa' caminar, teníai que gatear. Quedabai todo cochino, porque eso se iba achicando, a medida que tú ibai entrando [...]. Había muchas personas y yo me acuerdo de que el círculo de ladrones que estaba aquí en Plaza Italia [...] yo era de las más niñas. Los otros eran más grandes, tenían 20 y tantos años y yo era niña [...] todos los que estábamos abajo, los que nosotros nos juntábamos, todos robábamos. Todos. El que no robaba le sacaban la conchetumare [...][251].

De esta manera, la caleta tiene una doble faz, por un lado, es un lugar que acoge, pero también tiene una cara violenta, sobre todo porque en ella se da el consumo de solventes y otras drogas, que potencialmente puede tornar violenta a las personas que la consumen, ya sea por efectos depresores o por las alucinaciones que provocan el tolueno y otros solventes.

[251] Entrevista a Elizabeth.

A partir de la década de 1980, y en coincidencia a la instalación del Servicio Nacional de Menores, muchos niños comenzaban su experiencia en calle luego de conocer a otros niños en los dispositivos de confinamiento, que, a su vez, respondían a las distintas realidades y formas de "irregularidad". El Sename como institución del Estado que pretendía apoyar la labor del Poder Judicial relativa a la infancia "irregular" nació con un sentido subsidiario, en donde se reconocía al sector privado con experiencia en trabajo con infancia vulnerable, con mayores capacidades que el sector propiamente público estatal. El Estado, por su parte, limitaba sus funciones a la entrega de una subvención fiscal por cada niño o adolescente que se atendía, manteniendo un rol normativo y fiscalizador. En la década de 1980 e inicios de 1990, mantenía un régimen que privilegiaba la internación de los "menores", por sobre otros métodos de trabajo con la infancia, como centros abiertos preventivos, por ejemplo. De este modo, en 1990, el 63% de las subvenciones (30.014 plazas) correspondía a niños y jóvenes internados. Así lo describía el encargado de Estudios de Sename en 1990.

> La forma de ingreso de los niños consistía principalmente en: "Carabineros los detiene en la calle (hay mil detenciones por vagancia al mes en Santiago), y los pasa al tribunal de menores, de allí van a un Centro de Orientación y Diagnóstico (COD), donde le recomiendan al juez derivarlos a un centro de prevención abierta, si es que tiene sólo problemas de tuición; o a uno de rehabilitación, si es que además los tiene con la justicia[…][252].

Tal como lo señalaba el funcionario institucional, la policía uniformada, especialmente de la policía de menores, buscaba intensivamente

[252] "El encuadre oficial", entrevista a Jorge Álvarez, encargado del Área de Estudios de Sename, Revista *APSI*, N°353, 20 de junio al 3 de julio de 1990.

en las calles a los niños que fuesen o parecieren estar en condiciones de vagancia, lo que en el período no era complejo, pues una gran cantidad de niños pasaban sus días en las calles de Santiago, ejerciendo el comercio ambulante o la mendicidad. En 1982, había en Santiago alrededor de 150 mil niños de entre 6 a 16 años en situación de indigencia, de ellos en edades entre 10 a 14 años, cerca de 24 mil ejercían algún oficio[253] en el sector informal de la economía.

En ese contexto, para los niños de la calle, la presencia de la policía uniformada era un obstáculo más que debían sortear durante sus días, lo que les exigía establecer estrategias para evadirla, ya fuese huyendo una vez que la vieran acercarse, escondiéndose en las caletas o saliendo por las noches, cuando ya la policía comenzaba a retirarse a sus cuarteles. Sin embargo, muchos niños eran apresados, y, tal como se puede leer en la nota anterior, eran ingresados a los dispositivos del Sename, de los que salían o se escapaban continuamente, para volver a las caletas del Mapocho u otra de las varias que había en la ciudad.

Uno de los aspectos centrales de la relación histórica de los niños vagos o de la calle, con las instituciones, es que estos lugares se transformaban en espacios de socialización, que reforzaban las redes de asociatividad de los niños, al conocer a otros niños que tenían más experiencia y mayor trayectoria en la calle, y que, por lo tanto, sabían estrategias de sobrevivencia que las nuevas generaciones de niños iban aprendiendo rápidamente. En este sentido, el estar con otros niños en espacios de contención o mediados por actividades de los profesionales técnicos de los programas del Sename, era utilizado para la conformación de redes. Así, niños y niñas con socialización callejera, es decir, niños *en* la calle, que se dedicaban a actividades comerciales o a la mendicidad, veían facilitado su ingreso definitivo a la calle mediante la institucionalidad que se había creado para sacarlos de aquellos circuitos.

253 Revista *APSI*, N°353, 20 de junio al 3 de julio de 1990.

De esta manera lo recuerda Nancy, que vivió parte de su infancia en la calle en la década de 1990:

> Es que era como no normal [vivir en la calle], pero era como algo que iba a pasar sí o sí dentro de todo porque ya de chico conocíamos el centro, uno va viendo que los tíos de los programas, póngase usted, en la casa acogida, hacían en el Paseo Ahumada encuentros con cabros y a nosotros nos invitaban. Entonces, ahí empezamos a tener contacto con más cabros de la calle, con más de la calle. Entonces, la historia de ellos era como "ah, vamos pa'llá, volémonos, vamos por aquí, pa'llá", llamaba la atención poh[254].

También Marcelo, conocido como "El Párvulo", que vivió su infancia en diferentes dispositivos de Sename desde la década de 1990, recuerda su inicio de la vida en la calle a la edad de 5 años aproximadamente:

> […] yo me perdí a los dos años de mi casa, en la feria, Y mi mamá, mi papá, nunca me buscaron, llegaron los pacos, pum, me llevaron […]. Y ahí empecé a, por hogares poh. Y nosotros empezamos a conocer cabros de la calle y ahí empezó la historia del Párvulo. Empezamos a andar con cabros pa' allá, pa' acá […] yo me escapaba con los mismos cabros que me decían "oye, escapémonos, vámonos" […]. Porque no me gustaba estar encerrado poh, si a nadie le gusta estar encerrado poh, sobre todo con tíos que te pegaban, te maltrataban poh, si los cabros del Sename igual te maltratan […] te pegaban, te echaban al agua helada, de

[254] Entrevista a Marcelo y Nancy, loc. cit.

> repente cuando tú estabai muy loco te pegaban una inyección pa' que te tranquilicí […]. Como a los cinco años ahí empecé. Porque estuve como tres años más o menos así instalado bien ahí dentro de los hogares, bien alimentado sí, bien, bien ahí. Ya como a los cinco años ya, ya empecé a tener más reconocimiento […]. Empecé a conocer más grupitos chiquititos. Y ahí empecé a escaparme y a conocer cabros que yo me escapaba que eran [...] eran cabros grandes igual poh, cabros de nueve años, de diez años. Ya cabros que ya sabían la vida de la calle ya […]. Entonces yo me encumbraba con ellos, yo después me iba, empecé a conocer caletas […] y la vida de nosotros era así poh, pongámoslo yo me arrancaba del centro, pero del centro avisaban del Sename ya se arrancaron tanto, tanto y ahí pongámosle estaba dos días en la calle, tres días, pero después al otro día de nuevo de vuelta una semana más, dos semanas[255].

Ya a inicios de la década del 2000, las caletas y en especial las del Mapocho comenzaron a transformarse en un problema público. En 2001, el alcalde de Providencia Cristián Labbé ordenaba el desalojo de la Caleta Chuck Norris, la noticia fue titular de prensa durante varios días[256], lo que gatilló que paralelamente, el Gobierno de turno mediante su ministro de Justicia, José Antonio Gómez, informará a la ciudadanía la instalación del dispositivo denominado "Senamóvil", que tendría por objetivo trabajar la salida de los niños del sector del río Mapocho. La situación de los niños de la caleta Chuck Norris, se transformaba en una disputa política entre el alcalde de Providencia, reconocido pinochetista y la Concertación, alianza política de centro izquierda que gobernaba el país.

---

255 Entrevista a Marcelo y Nancy, loc. cit.

256 *La Tercera*, 4 de diciembre de 2001.

Efectivamente, el Senamóvil disputaba al interior del Sename las lógicas tradicionales de intervención con niños en situación de irregularidad durante la década de 1980 y 1990, las que consideraban como base de cualquier intervención, el confinamiento de los niños. La metodología del bus integraba el aprendizaje del trabajo comunitario acumulado por los profesionales y técnicos en los años de la dictadura, con estrategias propias del Servicio Nacional de Menores, en tanto se encontraba bajo su normativa. La prensa del Ministerio de Educación del período lo describía de la siguiente manera:

> Hasta esos lugares, donde viven los niños más vulnerables, llega el Senamóvil. Este bus viejo y pintado de colores recorre las caletas para establecer vínculos afectivos y luego terapéuticos con niños y jóvenes en riesgo. Como es difícil que los chicos pidan ayuda, son los profesionales del Senamóvil quienes los buscan, se vuelven necesarios para ellos y finalmente los derivan a comunidades donde reciben atención [...]. Junto con insertarse en las caletas, también acogen a los chicos que transitan por el centro. Por ejemplo, los lunes, miércoles y viernes al mediodía, el bus del Senamóvil se estaciona a un costado de la Moneda. La mayoría de los que se suben tiene entre 10 y 18 años[257].

El 12 de diciembre la prensa informaba que 16 niños del río Mapocho eran trasladados a un hogar en La Florida financiado por Sename – que se encontraba bajo la administración de Delia DelGatto- y ejecutado por la fundación San Pablo. El grupo de niños de la calle fue recibido por la primera dama, Luisa Durán, esposa del presidente Ricardo Lagos, el ministro de Justicia y la directora del Sename. El costo anual de

257 "Proyecto Senamóvil: un bus pintado". En: *Revista Educación*, edición N°283, abril 2001, Ministerio de Educación, p. 6.

la casa, exclusiva para los niños y jóvenes de la Caleta Chuck Norris, era de 39 millones de pesos y contemplaba el equipamiento, mantención y atención psicológica y social. La nota de prensa indicaba que:

> Los niños de la llamada caleta "Chuck Norris" del río Mapocho, bajo el Puente Pío Nono, tienen desde hoy un nuevo hogar, ubicado en la comuna de La Florida, donde recibirán la atención de profesionales especializados en su cuidado y formación [...]. El grupo de 16 menores -que presenta graves problemas conductuales, afectivos y adictivos-, llegó a bordo del Senamóvil, un bus especial en cuyo interior viaja un equipo de sicólogos, asistentes sociales, profesores y voluntarios que trabajan de manera personalizada con niños y jóvenes de caletas de la ciudad. Los niños, que tienen entre 10 y 18 años, fueron recibidos por la esposa del Presidente de la República, Luisa Durán de Lagos, el ministro de Justicia, José Antonio Gómez, y la directora del Servicio Nacional de Menores (Sename) Delia Del Gatto. La semana anterior se habían reunido con el ministro Gómez, quien les ofreció un hogar donde seguir viviendo juntos, después de haber sido desalojados de la calle[258].

De esta manera, un problema social de raigambre histórica, se politizaba poniendo a los niños de la calle entre el discurso de la delincuencia y de los derechos del niño.

[258] "Trasladan a niños del río Mapocho a hogar en La Florida", *Cooperativa*, 2001 en: https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/trasladan-a-ninos-del-rio-mapocho-a-hogar-en-la-florida/2001-12-12/205800.html Visitado el 11-09-2023

Los niños de la calle y el consumo de sustancias psicotrópicas entre 1980 al 2005

El consumo de sustancias inhalables, como el tolueno y la bencina, se hizo habitual en un estrato importante de la infancia pobre a partir de mediados de la década de 1970, y aumentando su consumo exponencial en las décadas de 1980 y 1990. Asociado a niños y jóvenes de sectores marginales de la urbe santiaguina, su aparición como fenómeno de salud pública, coincide con la pauperización extrema vivida por los sectores populares desde mediados de los 70 a inicios de los 80 del siglo XX, producto de una serie de factores económicos ocurridos durante la dictadura militar.

Hacia 1982 el desempleo llegaba al 26,1%, el PIB había disminuido al 14,3%, mientras que el gobierno de Pinochet decidía devaluar la moneda oficial en un 18%[259], aprovechando de intervenir la banca y licitar empresas estatales, como Chilectra y la CTC[260]. Al mismo tiempo, se instalaron medidas de empleo mínimo, para paliar el déficit de oferta laboral, se crearon el PEM y el POJH, que empleaba a la gran masa cesante de Santiago, en trabajos de remoción de tierra, escombros o limpieza de calles[261].

El consumo de neoprén era mal mirado por la sociedad en su conjunto, pues era asociado a la marginalidad y la miseria. Incluso en el mundo popular, y en el mundo del hampa, los consumidores de tolueno eran denominados "*guate 'e goma*"[262] y eran maltratados, por

[259] Patricio Meller. *Un siglo de economía política chilena (1890-1990)*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1996, pp. 198 y 218.

[260] Felipe Larraín & Rodrigo Vergara. *La transformación económica de Chile*, Centro de Estudios Públicos, Ed. Andros, 2001.

[261] Jaime Ruiz-Tagle & Roberto Urmeneta. *Los trabajadores del Programa del Empleo Mínimo*, Academia de Humanismo Cristiano, Programa de Economía del Trabajo, 1984.

[262] Entrevista a Marcelo y Nancy, loc. cit.

ejemplo, en la cárcel, pues el consumo de esta sustancia estaba asociado a la vida en calle. Por otra parte, también se le consideraba una droga que permitía adormecer las sensaciones de frío y hambre. Durante gran parte de las décadas de 1980 y 1990, el consumo de neoprén fue considerado como un problema social, debido a su magnitud. De acuerdo a datos de la Vicaría de Pastoral Juvenil del año 1984, se confirmó que un 28% de los jóvenes santiaguinos consumían algún tipo de droga, mientras que datos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile de 1986, afirmó que un 10% de los hombres entre 7 y 17 años eran adictos al neoprén, finalmente la revista Solidaridad en 1988 presentaba datos que calculaban que entre un 12 a un 15% de los niños entre 9 a 15 años de las poblaciones de la periferia de Santiago aspiraba neoprén[263]. Respecto del grupo más vulnerable, entre los niños marginales, los niños de la calle, el Hogar de Cristo, en un estudio realizado junto a los monitores de la Casa Francisco de Asís, que buscaba rehabilitar a niños "neopreneros", señalaba que el 85% de los jóvenes de entre 10 a 21 años que vagan por las comunas del sector sur de Santiago, consumían neoprén[264].

Una serie de instituciones, de raigambre comunitaria organizadas como ONGs, vinculadas a la iglesia católica, y al mundo de la Sociedad Civil en general, trabajaron con niños y jóvenes que consumían neoprén, sobre todo en las poblaciones marginales de Santiago. Una de las primeras instituciones que fijó su trabajo en las poblaciones periféricas del sector norte de Santiago, fue el "Hogar Francisco de Asís", que dependía del Arzobispado de Santiago. Su trabajo consistía en asistir a niños y jóvenes que presentaban adicción al neoprén en la comuna de Independencia, en un inicio, para luego en 1983, ampliar su trabajo comunitario hacia el sector sur, especialmente de Lo Espejo en las

263 Benito Baranda, "Neoprénicos: problema de todos", en *Revista Mensaje* N°374, noviembre de 1988, p. 502.

264 Benito Baranda, op. cit.

poblaciones José María Caro, Villa los Héroes de la Concepción, La Victoria; en La Pintana, comuna recién creada en la década de 1980, separada de La Granja, en las poblaciones San Rafael y Pablo de Rocka[265]. Posteriormente, el "*Programa poblacional de Servicios para drogadictos La Caleta*" del Arzobispado, continuará de manera independiente como corporación privada, con el nombre de "*La Caleta*". Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos de estas instituciones, el consumo de inhalantes en los niños y jóvenes marginados de cualquier beneficio del sistema, continuaba aumentando.

La pobreza se había incrustado, tanto en el centro de la ciudad como en sus márgenes; persistían los *cités,* resabio de los conventillos, en el centro de Santiago y en las comunas aledañas, las poblaciones que en décadas anteriores se habían denominado "callampas", mantenían su crecimiento en términos de densidad y hacinamiento producto fenómeno del "allegamiento"[266], y también un crecimiento como parte de la urbe, cuando otras poblaciones aledañas surgían. Las familias, los hijos de los fundadores de las antiguas tomas de terreno, al igual que lo habían hecho sus padres, y sin poder soportar más la condición de allegados, se instalaban en los sitios baldíos que existían en las comunas periféricas. En los "campamentos", y en las poblaciones, en la década de 1980 no existía el alcantarillado, muy pocas contaban con agua potable, y la infraestructura era precaria. Debido a la crisis económica y la cesantía, muchos hogares se encontraban "colgados" de los cables del tendido eléctrico, con esta energía podían cocinar y calefaccionar el hogar en los crudos y lluviosos inviernos[267]. En el discurso social de la

---

[265] Corporación Programa "Caleta Sur". *Trabajo comunitario en sectores populares. Experiencias de Caleta Sur en la comuna de La Pintana (1981-1998).* Santiago, julio de 2000.

[266] Los allegados son familias recientemente constituidas que son recibidos para vivir por sus familias de origen, muchas veces sus padres.

[267] El documental "Los niños prohibidos" del director Augusto Góngora, Ictus, 1986, describe las experiencias de Pato y su familia, un niño que vive en una de las tantas

Iglesia, se decía que la familia popular se encontraba en crisis[268] por la miseria vivida producto de la cesantía, el alcoholismo, el hacinamiento, etc., lo que gatillaba a su vez la violencia al interior de los hogares, especialmente hacia las mujeres, los niños y niñas.

En 1979, Marilú Krebs, Trabajadora Social de la Universidad Católica señalaba, respecto al panorama de las poblaciones y las familias que la habitaban, que:

> El panorama de una población es un lugar gris, con hacinamiento de mejoras, sin árboles y escasas plantas, calles polvorientas. En invierno las calles se convierten en surcos de barro, y dependiendo de la ubicación de la población, ésta puede inundarse. Aparte de los distintos elementos con que cuenta o carece la habitación de la familia marginal, es importante destacar una característica [...] se estima que el promedio de personas por familia es de 7,7. Como es fácil suponer, considerando la cantidad de personas habitando una mejora de espacio reducido, se produce un hacinamiento interno, además del externo propio de las poblaciones periféricas[269].

Una de las ONGs que desarrollaba trabajo comunitario en estas poblaciones, describía el espacio donde crecían los niños y sus familias en los siguientes términos:

---

poblaciones periféricas de Santiago en la década de 1980, en medio de la miseria producto de la crisis económica y la represión de la Dictadura.

268 Cristian Vives, "El sujeto de la acción solidaria: La familia popular chilena", en *La solidaridad. Una forma de evangelizar y de participar de la Iglesia*, documento de trabajo, 1978, p. 17 y ss.

269 Marilú Krebs. "La familia marginal", en: *Revista de Trabajo Social*, 1979.

> En general, se trata de sectores poblacionales populares que se ubican geográficamente en la periferia de Santiago; con dificultades comunes de vivienda y urbanismo, trabajo, delincuencia, prostitución, alcoholismo, drogadicción y represión, con distintos niveles de organización, que son afectados directamente por la grave situación económica, social y política imperante bajo el régimen militar[270].

La presencia del Estado en las poblaciones en la década de 1980 era más bien superficial, se remitía principalmente a su función represiva, en el contexto de las jornadas de protestas de 1983 y a los allanamientos en búsqueda de sujetos peligrosos para la dictadura, que eran denominados "subversivos". No se desarrolló un plan de políticas sociales, y se utilizaba más bien la estructura estatal heredada, las prestaciones sociales eran las mínimas y se remitían a la atención primaria en salud en los policlínicos, y de educación general básica en las escuelas recientemente municipalizadas y en donde se entregaban las prestaciones de la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas. En ambos casos, la asistencia de los pobladores, madres en el caso de los policlínicos y los niños y niñas en el de la escuela, estaba motivada, fundamentalmente, por la alimentación, ya fuese la leche y el arroz que se entregaba a los niños en la primera infancia en los policlínicos, de acuerdo a su grado de nutrición, o las raciones de almuerzos a cargo de la Junaeb. Es en este período, en donde la Iglesia Católica intensificó su trabajo de comedores populares en las poblaciones.

La escuela representaba para la mayoría de los niños que asistían a ella, la posibilidad de alimentarse, tomar leche con harina tostada y un par de galletas por las mañanas, y almorzar a medio día. Por las noches, la alimentación en la casa consistía, habitualmente un trozo de pan y té

---

[270] La Caleta, *Trabajo comunitario*, op. cit., p. 57.

o en una sopa[271]. Los niños se sentían obligados a aportar en sus familias tempranamente, y por ese motivo, como lo señala María Angélica Illanes, es que los recintos escolares fueron quedando vacíos[272] cuando los niños salieron en masa a desarrollar actividades laborales para ayudar a sus hermanos menores y a sus familias. Nuevamente una crisis social y económica azotaba con fuerza a los más indefensos de la sociedad chilena.

El mundo infantil, comprendido como experiencia en las poblaciones marginales, se extendía mucho más allá de la casa y el patio; la calle era el lugar de los juegos, del encuentro con los amigos, pero era también el lugar del trabajo, espacio en el que había que saber moverse, pues la violencia y el conflicto estaba presente, continuamente, a la vuelta de cada esquina. Muchos niños trataban de ayudar a sus familias, haciendo "fletes" por unas monedas en la feria, con algún carretón de mano construido con tablas de desecho, también la búsqueda de cables de cobre, camas antiguas de bronce, baterías de auto, latas varias, fierros, entre otras, así como la venta de cualquier producto en las colas de la feria, entre otras tantas actividades; por otra parte, las niñas tempranamente se dedicaban a labores del hogar y se empleaban como asesoras del hogar en casas particulares. Todas estas actividades, representaban la posibilidad de llevar algunos pesos al hogar. Los "niños y niñas trabajadores" aparecieron en los textos técnicos y académicos de las ciencias sociales, en el lenguaje político y de los Derechos Humanos. En 1979, el mundo occidental había celebrado, acudiendo al llamado de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el año internacional del niño, conmemorando los 20 años de la promulgación de la Declaración Universal de los Derechos del Niño del año 1959. Los derechos del

---

[271] Mariana Schkolnik & Berta Teitelboim. *Pobreza y desempleo en poblaciones, la otra cara del modelo neoliberal*, Colección temas sociales 2, Programa de economía del trabajo (PET), 1988, p. 97 y passim.

[272] María Angélica Illanes, *"Ausente señorita" El niño chileno, la escuela para pobres y el auxilio, Chile, 1890-1990*, p. 316.

niño ya movilizaban las conciencias de líderes y trabajadores de las organizaciones de la Sociedad Civil y la Iglesia Católica, articulando un discurso y acciones para su protección. Sin embargo, y de manera paralela, al interior de las poblaciones y en la ciudad misma, el hambre y la miseria empujaban a la infancia hacia los espacios abiertos y los vericuetos de la calle.

Los niños más avezados o con menos control de sus padres - u obligados y a veces acompañados por ellos, producto de contextos económicos o psicosociales más complejos-, se aventuraban a salir de las poblaciones a trabajar al centro de Santiago. Tomar la "micro" e irse al centro a pedir monedas, a trabajar o simplemente a "pelusear", fue la opción, o la circunstancia a la que se vieron obligados, miles de niños y niñas en la década de los ochenta. La socialización callejera, el encuentro con otros niños en la calle, les hacía muchas veces dejar la población, su hogar y el contexto de conflicto permanente y quedarse definitivamente en la calle acogido por sus pares.

Un reportaje de 1986 publicado en la revista Solidaridad describe la situación de algunos niños en la calle, jugando en la Fuente Alemana en las cercanías del río Mapocho:

> Eran como las dos de la tarde de un día martes, el sol golpeaba fuerte y los peatones apurados miraban desde la micro al grupo de niñitos que se bañaban felices en la Fuente Alemana. Allí se tiraban agua, hacían competencias de "piqueros", de quien dura más debajo del agua y reían despreocupados de la hora, de la falta de traje de baño y sin pensar que para secarse tendrían que tomar solcito tendidos sobre la tierra reseca.
>
> Conversamos con algunos de estos bañistas: Hugo Cristi, Manuel Huircafil, Leonardo Rivera "el Leo", y Marcelo de la Fuente. Todos entre los 10 y 13 años. Piden plata en las micros y ninguno

estudia de forma regular. Pasan el día en la calle y su vida familiar se reduce a conversar un rato de la actividad "productiva" de cada uno.

Jorge Huircafil tiene 13 años y desde hace varios meses no va a al colegio. Vende "piña colada" y "superocho" en las micros.

-¿Qué pasó que tuviste que dejar los estudios?

-Es que me aburrí porque mi papi me pasa retando, no me deja hacer las tareas en la casa, me pega mucho. No quiero seguir más.

-¿Y tu mami?

-No ella me trata bien[…]. Ella me quiere y yo también[…]. Desde que nací, desde que la conozco que la quiero mucho […].

El caso de Marcelo es más dramático. Tiene 10 años y el día anterior se había escapado de su casa, por eso se negó, en un principio, a darnos la entrevista y menos a salir en las fotos. Su situación familiar no es de lo más tranquila: "Ayer me fui de la casa porque me iban a sacar la contumelia y no me iban a dejar trabajar más[…]. Claro, ellos se asustan cuando llego tarde en la noche, pero ¿qué le voy a hacer si recién a esa hora logro juntar algo de plata? […]"[273].

Así como Hugo, Manuel y "el Leo", cientos de niños, atraídos por el centro de Santiago y las posibilidades de trabajo, pero también de recreación y ocio, iban diariamente desde sus poblaciones al corazón de la capital. Los juegos "Diana", El Parque O'Higgins, La Vega, El Río Mapocho y el Parque Forestal, El Cerro San Cristóbal, el funicular y el Zoológico, así como El Barrio Franklin, el Matadero de Santiago, y

[273] "Niños: entrando al Mundo", en Revista *Solidaridad* N°216, 27 de diciembre 1985 al 30 de enero de 1986, p. 12.

también la Quinta Normal y la Estación Central, representaban un escenario propicio para pasar los días, lejos de la escuela, la familia y la población.

En 1990, a través de un reportaje de la revista APSI, podemos ver que se repite la imagen de los niños de poblaciones periféricas pidiendo en la calle, socializando con otros niños y comenzando a desarrollar experiencias de consumo de sustancias psicotrópicas, como el neoprén:

> Rafael tiene 12 años y vive en Pudahuel. Suele pedir monedas en los alrededores de la estación Baquedano, en compañía de su hermano Chalo, de 5. Dice estar ahí entre las 5 y las 9 de la noche, lo que le reditúa diariamente mil o mil quinientos pesos. "Antes me quedaba en la calle, con los cabros de acá – confiesa, una vez que supera la primera barrera de desconfianza-, y dormía a la bajada del Metro, o en un hoyo, en Diagonal Paraguay. Pero ahora estoy volviendo a mi casa. Lo que pasa – arguye- es que mi padrastro me retaba mucho. Entonces me escapé varias veces[…]". Su madre y sus otros cuatro hermanos también piden en La Moneda o Los Héroes. Y a él ya se lo han llevado detenido siete veces en su media docena de años como mendigo. "En el COD de Pudahuel – comenta-, donde estuve una vez, las tías nos trataban mal, nos pegaban […]". Con la plata que se queda (le pasa la mayor parte a su madre), se compra papas fritas o completos, o la gasta en su única entretención: los videos, a 10 pesos la ficha. Cuando se le pregunta si le hace al neoprén, la primera reacción es la de negarlo, pero luego reconoce que ha aspirado por lo menos en cuatro ocasiones. "Unos cabros me llevaron atrás del Crowne Plaza. Yo ni sabía lo que era. Sentí que me atoraba, que me daban mareos. Veía doble, mal. Sentía que King Kong en la

noche pisaba la casa de nosotros", dice, pensando en la casita de madera, en cuyas piezas se hacinan él y su familia[274].

El consumo de tolueno, entregaba a los niños experiencias placenteras, pero altamente adictivas. El primer consumo comenzaba en la calle, con los pares, lejos de la mirada de la familia y de las instituciones totales, en los "rucos", debajo de los puentes o en las caletas, que, hacia la década de 1990, será una de las expresiones más comunes de la vida en la calle de una generación completa de niños. La experiencia "neoprénica" era habitualmente grupal, el tarro de pegamento comprado se ponía en bolsas, para facilitar la inhalación. Los testimonios de consumo, así como los estudios en la época, señalan que los principales efectos eran una sensación de euforia acompañada de alucinaciones, las que podían ser placenteras o desagradables e inquietantes. Su consumo, determinaba las experiencias cotidianas en grupo, pues la convivencia podía tornarse en una práctica de juegos alucinatorios o podía derivar en acciones violentas, incluso en agresiones sexuales[275], producto de la psicosis que causaba. Respecto a los efectos, la revista Creces, en 1989, publicaba:

> El inhalador suele experimentar un sentimiento de euforia seguido de alucinaciones visuales e ilusiones. A medida que aumenta la concentración de los vapores se puede llegar a un profundo estado de coma. La experiencia subjetiva del inhalador consiste en euforia con sensación de poder y grandiosidad lo que puede llevar a violencia y daños autoinferidos. Las alucinaciones que se presentan en alrededor del 50% de los casos son

[274] "Donde comienza el desamparo: los niños de la calle", en Revista *APSI*, N°353, del 20 de junio al 3 de julio de 1990, p. 50.

[275] María Bravo & Patricia Madrid. *El otro Santiago*, op. cit., p. 117 y ss.

> agradables y omnipotentes, pero también pueden ser muy terroríficas. Se presentan distorsiones espaciales y visuales, con ilusiones de flotar en el espacio. Estos cuadros psicóticos agudos pueden persistir por tiempo variable después de la inhalación del solvente. La destrucción cerebral es un hecho demostrado y con frecuencia irreversible[276].

El neoprén les permitía no sentir frío ni hambre, pero además de los peligros de la experiencia misma de consumo, sus efectos orgánicos eran evidentes. Niños desnutridos y aletargados, con la bolsa en la mano, eran parte del cuadro que podía observarse al visitar el centro de Santiago y el sector de la Vega y Mapocho. Las instituciones, especialmente la Iglesia y las ONGs, hacían esfuerzos por difundir entre los propios niños, los efectos nocivos del tolueno en el organismo, sin embargo, los motivos por los que los niños podían dejar de consumir, de acuerdo a los testimonios de la época, estaban más asociados a las experiencias límites, que a una reflexión sobre la degradación física y cognitiva de su consumo:

> Tiene 16 años, pero al contrario de sus pares, envejecido por la vida que llevan, aparenta más. Es cantor de micros y vive (de a ratos) con sus padres en Renca. El resto del tiempo se lo ubica en la caleta de la Universidad de Chile. "Somos como 15 o 20 cabros, y tuvimos dos frazadas que las compramos el otro día no más". Llegó a tercero básico, antes que lo expulsaran por romperle la cabeza a "un cabro que insultó a una amiga mía". Empezó a aspirar neoprén a los 11: "Me metieron la bolsa encima, un día que me había quedado a dormir afuera. Como respiré, se me quitó el frío[…]". Pero asegura que ya se curó del vicio […].

[276] "Inhalantes y neoprén", en Revista *Creces*, marzo de 1989.

> "Lo dejé a los 14. Miraba pa'l cielo y veía nubes, monstruos que se movían y me iban persiguiendo. Vi que debajo de mi casa había una serpiente tremenda. La bolsa me quemaba las manos. Por eso me chanté [...]"[277].

Cada grupo de niños tenía sus propios rituales de consumo, uno de los que más se repiten en los registros de la década de 1990 al 2000, es el denominado "*tirar la volá*"[278], que consistía en que el grupo se dejaba "guiar", por uno de los niños, quien asumía el rol de dirigir las alucinaciones, las que mayormente eran historias fantásticas, asociadas a dibujos animados de la época, como, por ejemplo, "Dragon Ball Z", que comenzó a emitirse por televisión abierta en 1997, los "Power Rangers", las "Chicas super poderosas" y otros en el mismo período. Un ejemplo de esta experiencia nos relata Nancy: "*Póngase usted, usted estaba ahí, yo estaba aquí, me creía yo, no sé, superhéroe, y yo le tiraba botella, y usted me tiraba a mi así* [...]. *Como si usted es el Gokú, tiraba un kamehá, después me tiraba una genki-dama y yo salía por allá* [...]. *Alucinando*"[279].

Los recuerdos de ex niños de la calle, contienen una intensidad límite; desde caminar kilómetros para obtener el tolueno, debido que desde 1998 ya se encontraba restringido[280], hasta la urgencia de llegar a tiempo a la caleta, para comenzar con el "ritual" del neoprén. En entrevista realizada al "Párvulo", ex niño de la calle, él nos contó que después de pasar un tiempo en la caleta Chuck Norris, se fue a vivir a la caleta del Puente Bulnes, también en el sector del Río Mapocho, y en el 2005, junto a otros niños de su caleta, vivió una experiencia límite, debido al consumo de inhalantes, entre ellos el neoprén:

---

277 Revista APSI 353, del 20 de junio al 3 de julio de 1990, p. 52.

278 María Bravo & Patricia Madrid. *El otro Santiago*, op. cit., p. 122.

279 Entrevista a Marcelo y Nancy, loc. cit.

280 Decreto 754. *Prohíbe el uso de tolueno en adhesivos y pegamentos.*

> […] siempre nos gustaba volarnos en lo oscuro […]. De noche, de noche porque ahí, supuestamente, salían más monstruos, nos salían más alucinajes, ¿me entiende? Y era más bacán la volá poh. Entonces, los cabros, nosotros siempre íbamos a buscar, a comprar neoprén o tolueno, lo que pillaran. Y a las seis teníamos que partir, a las cinco y media, mínimo, pa' estar de vuelta ya de noche, ya los cabros de repente se venían caminando poh […] en lo oscuro obvio que es más alucinado, alucinai más la weá poh. Pero igual no faltaba después el que ya que se pescaba a combos poh, porque ya volao así te pescai a charchazos al puro peo o dai puras patadas porque soy kung-fu poh. Pelea, después todos peleando […]. Varios cabros se quedaron prendidos de ahí poh, se prendieron. Se tiraban la bolsa. Al loco, un día que estábamos en el Bulnes, un loco que le dicen el Rata, no sé en qué volá llegó que llegó, que pescó, pescó un bidón. Y un cabro que le dicen el Samuel poh, el Samu, lo pescó al loco, paf, le tiró la bencina y lo prendió entero al loco [...][281].

Finalmente, cuenta que ninguno de los niños murió, sin embargo, quedaron con quemaduras en parte importante de sus cuerpos, marcas que los acompañarían para toda la vida. Se trata de una historia que comienza como un juego, para tornarse dramática a medida que avanzaba la noche. El agresor que quemó al primer niño, posteriormente fue quemado en venganza: "*Se tiró al río Mapocho y se apagó, ahí se apagó. Después el loco cuando se apagó sí, estaba todo así quemado* […] *el que empezó a quemar a los cabros. Y después al fin y al cabo terminó todo quemado él*[…]"[282].

[281] Entrevista a Marcelo y Nancy, loc. cit.

[282] Ibid.

Después del neoprén, y el tolueno en general, que fue popular entre los niños de la calle, por casi tres décadas, fue la pasta base de cocaína la que comenzó a reemplazarlo[283], sustancia que produjo estragos de manera transversal en las clases populares de la urbe, y que cambió las pautas de la vida en calle hasta el presente. Paralelamente al uso de estas sustancias, se observa el fenómeno de las autoflagelaciones que se manifiestan principalmente como cortes en las extremidades, especialmente en los brazos. Estos cortes se producían esencialmente por estados depresivos producto del consumo de sustancias[284]; cuando están "psicoseados"[285] o en situación de angustia. En otras palabras, "*la automutilación sería una estrategia de regulación emocional o cognitiva motivada por una tensión psíquica intolerable*"[286], transformándose en una conducta que se masificará en las décadas siguientes entre los niños de la calle. Marcas que quedan como un signo de haber vivido la calle y pasado sus penas, mediante el cual se puede reconocer a los pares. El "párvulo" explica el fenómeno de las automutilaciones en las siguientes líneas:

> Cuando pasan estas cosas [situaciones violentas o traumáticas], hay cabros que se cortan los brazos, yo también me los he cortao[…] es común ver a los cabros que viven en la calle con los brazos o las piernas to'as cortadas, lo hacemos cuando tenemos

---

283 Gobierno de Chile, *La representación social del consumo de Drogas en la población de menores pertenecientes a Sename*, Conace, agosto 2002, p. 46.

284 Luis Ossa Saldivia. *Adolescentes en situación de calle: Construcción de identidad en situación de extrema vulnerabilidad. Un acercamiento cualitativo*. Tesis para optar al grado de Magíster en Psicología mención Clínica Infanto-Juvenil. Universidad de Chile, 2005, p. 101.

285 Estar en estado de alteración mental, argot que proviene de la noción psicosis, usada principalmente por los niños en situación de calle o niños que han pasado por el SENAME.

286 Álvaro Jiménez Molina, "Adolescentes que se cortan: ¿una epidemia silenciosa?", en *Ciper*, 22.05.2017. https://www.ciperchile.cl/2017/05/22/adolescentes-que-se-cortan-una-epidemia-silenciosa/

> pena o rabia por algo, porque cuando veímos la sangre como que nos desahogamos, y después de eso los sentimos un poco mejor[…][287].

El consumo de sustancias podía desencadenar brotes de tensión que podían pasar de la automutilación al suicidio, como lo podemos apreciar en el relato de "el Párvulo", quien señala frente al consumo de tolueno que "*Había algunos que alucinaban cosas brígidas, de repente. Algunos llegaban hasta, hasta ahorcarse* […]. *Otros a suicidarse, otros llegaban a cortarse brígido* […]. *Con esa droga igual me paquié caleta*[…]"[288].

Muchos de aquellos niños y niñas que, por diferentes motivos, vivían en las calles de Santiago, que corrían por los pasillos de La Vega o se dejaban llevar por la corriente del Río Mapocho para escapar de la policía o por simple entretención, comenzaron a tempranamente una experiencia de encierro, asociada a los dispositivos de confinamiento. La socialización callejera, las redes del mundo del hampa, implicó para la mayoría la participación de una cultura carcelaria que excedía las paredes y los barrotes y llegaban al Río como códigos de comportamiento. La valoración de la violencia como obtención de reconocimiento en la calle y del temor como método de subsistencia[289], una vez que habían crecido, les ponía en una trayectoria que en muchos casos terminaría en la privación de libertad definitiva. Una cantidad importante de esos niños, ya de adultos, aún se mantienen en la calle, deambulando por los puentes, los pasillos de La Vega y el entorno público del Barrio Mapocho.

***

---

287 María Bravo & Patricia Madrid. *El otro Santiago*, op. cit., p. 94.

288 Entrevista a Marcelo y Nancy, loc. cit.

289 Decio Mettifogo y Rodrigo Sepúlveda. *Trayectorias de vida de jóvenes infractores de ley*, Universidad de Chile, Instituto de Asuntos Públicos, CESC, 2005, passim.

BIBLIOGRAFÍA

1. Fuentes primarias:

"El mundo trágico de los pelusas", Revista *Ramona*, año 1, número 43, Ed. Quimantú, 22 de agosto de 1972, s/n

Rosales, Justo Abel. *Historia y tradiciones del Puente Cal y Canto*. Santiago, Imprenta "Estrella de Chile", 1888

Calvo Mackenna, Luis. Lo que deben saber las madres para criar bien a sus hijos, Cartilla de puericultura al alcance del pueblo, Imprenta Barcelona, 1913

Zorrilla, Pablo. *Hijiene. Reseña de las causas de la mortalidad de los niños en Santiago, i medios de evitarlas. - Comunicacion de don Pablo Zorrilla a la Facultad de Medicina*. Anales de la Universidad de Chile, TOMO XVIII, Correspondiente al primer semestre de 1861, Imp. del Ferrocarril, 1861

Gómez, Alfredo. *El Río*. Editorial Orbe, Santiago de Chile, 1969

Cuéllar, Aida. "Evocación de Chile", en: *América*, vol. XXXVII, noviembre de 1952, p 10

Guzmán, Nicomedes. *La sangre y la esperanza, barrio Mapocho*, Editorial Orbe, Santiago de Chile, 1943, p. 14

Rodríguez, Zorobabel. *Diccionario de chilenismos*, Santiago, Imp. El Independiente, 1873

Román, Manuel Antonio. *Diccionario de chilenismos y de otras locuciones viciosas*, Tomo IV, Santiago de Chile, Imp. San José, 1916.

"Para mejorar el gremio de los suplementeros". En: Zig-Zag. Santiago, 4 de julio de 1925.

Iturriaga, Abelardo. "Características psicosociales del niño chileno delincuente y abandonado". Archivos del Instituto de Psicología, Universidad de Chile. Vol. I.

Montero, Ximena. *La menor vaga*. Ed. Jurídica, Stgo., 1967

Brito, Carmen (Restauración). "Imágenes reencontradas de Santiago, años veinte", Chile, 1920, en: http://cinetecavirtual.uchile.cl/cineteca/index.php/Detail/objects/2609

Flores, Maximiano. *Juegos de bolitas. Trabajo presentado a la Sociedad de Folklore Chileno del 4 de Setiembre i del 6 de Noviembre de 1910*

Rodríguez, Zorobabel. *Diccionario de chilenismos*, Santiago, Imp. El Independiente, 1873

Olivares, Luis. *La mortalidad infantil y sus causas en la Casa de Expósitos de Santiago*. Memoria de prueba para optar al grado de Licenciado en la Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad de Chile, 1892.

El Liceano, viernes 1 de septiembre de 1933

"Vergonzoso cultivo de la miseria", *Las Últimas Noticias*, 02 de agosto de 1941.

"Se representa el sainete de la miseria. Niños vagos son los actores; escenario: el Mapocho", Revista *Vea*, 12 de julio de 1939

"3.000 muertos habían sido sepultados hasta ayer en Chillan". *La Nación*, viernes 27 de enero de 1939

"Un registro de inscripciones para personas que estén en condiciones de adoptar niños huérfanos abrió Frente Popular de Stgo.", *La Nación*, lunes 30 de enero de 1939

"La suerte de los niños", miércoles 1 de febrero de 1939, *2a de "Las Últimas Noticias"*

"Niño que tal vez esté enajenado se dedicaba a quebrar vidrios en residencias de Vicuña Mackenna, escapó del terremoto de Chillán". *2a de "Las Últimas Noticias"*, viernes 24 de marzo de 1939

Mensaje de la primera Ley tutelar de menores, 4.447 de 1928

Gajardo, Samuel. *Justicia con alma*, Santiago de Chile, 1936

Gajardo, Samuel, *Memorias de un Juez*, Santiago de Chile, 1957.

Hauck, Olga. *La reeducación del menor delincuente en Chile*. Memoria de prueba para optar al grado de Licenciado. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad de Chile. Santiago, 1937

Cabezas; Norma, *Et. Al. El problema del niño en situación irregular a través de las instituciones de mayor injerencia en la asistencia infantil de Santiago en el año 1953*. Memoria de prueba para optar al título de Asistente Social. Escuela de Servicio Social. Servicio Nacional de Salud, Santiago, 1956

L. Bourrat, *Et. Al. La infancia irregular, psicología clínica*, Ed. Kapelust, Buenos Aires, Argentina, 1948

Binet, Alfred y Simon, Th. *Niños anormales*, Librería y tipografía médica M Roig, Barcelona, 1917

Iturriaga, Abelardo (Profesor de Psicología del Instituto Pedagógico y Psicólogo de la Casa de Menores). "La inteligencia de los Niños y Jóvenes delincuentes". *Boletín de la Dirección General de Protección de Menores, Revista de psicología, pedagogía, derecho y psiquiatría*, Año III, septiembre de 1935

La herencia de la criminalidad", *Revista de los Carabineros de Chile*, N°6, año 1, 1928,

Caqueo, Roberto, *Et. Al. Menores en situación irregular: un estudio de algunas instituciones existentes y sugerencias para posibles medios de rehabilitación*. Seminario – memoria para optar al título de Profesor de Estado en las

asignaturas de Inglés, Historia y Geografía y Castellano, Universidad de Concepción, Facultad de Filosofía y Educación, Departamento de Psicología, 1967

"La Ley de Instrucción Primaria Obligatoria" ante el Senado, Santiago, 1903

Sociedad Escuela de Proletarios. Reseña histórica. Imp. Cervantes, 1910

Las ollas infantiles de Chile, Imprenta Arturo Prat, 1929.

DFL 5.319 Dirección General De Educación Primaria, Ministerio de Educación Pública, Art. 19

Salas, Claudio. "El problema de la no-frecuentación escolar en Chile", *Revista de Educación,* 28 (1931)

Franco, Ektor. "La exposición retrospectiva de la educación chilena", *Revista de Educación,* 4 (1941)

Federación de Educadores de Chile, El Magisterio para el pueblo. Proyecto de Asistencialidad Escolar, "Chile, 1963"

Lafourcade, Enrique. *Novela de Navidad*, Santiago: Zig-Zag, 2014 [1965].

Cid, Teófilo. *Niños en el río*, Santiago, Ediciones Espadaña, 1955

Carmona Castro, Carmen. *La atención y educación de los niños en situación irregular y el hogar infantil del Servicio Nacional de Salud*, Memoria de prueba para optar al título de Profesora de Estado en la asignatura de castellano, Universidad de Chile, 1962

"El extraño caso de son Polidoro Yáñez y los parias del Mapocho, el fracaso de una gran labor social", *Fortín Mapocho*, 17 de septiembre de 1947

Alfredo Ruiz Tagle. *Arauco la Bronca*, Ed. Andrés Bello, 1983

"Pero hay otros niños[…]". *Las Últimas Noticias* 24 de junio de 1944

Hurtado E., Carlos, S.J. "Los menores abandonados, tema de siempre", en: *Revista Mensaje* Vol. 13, N° 131 (agosto, 1964)

"Vagos y pungas invaden sectores comerciales de la feria: alarma", *Fortín Mapocho*, Santiago, 30 de agosto de 1947

"El Luna Park es sólo un mal recuerdo", *Fortín Mapocho*, 28 de abril de 1948

Lavín, Carlos. *La Chimba,* Santiago de Chile, Ed. Zig-Zag, 1947

"El Hogar de Cristo, agradece", *Fortín Mapocho*, 29 de agosto de 1952

"Ayudan a nueve niños desamparados", *Fortín Mapocho*, Santiago de Chile, 17 de octubre de 1948

"La Vega chica de hoy", *Fortín Mapocho*, Santiago, 1 de enero de 1956

"La Vega Central y alrededores invadidos por el hampa: 20ª Comisaría entrará en acción", *Fortín Mapocho*, Santiago, Julio de 1954

"Estudian forma de solucionar sus problemas", *Fortín Mapocho*, Santiago agosto de 1954

"El punto negro del año", *Fortín Mapocho*, Santiago 1 de enero de 1957

La Vega Central 1956: un balance desolador, *Fortín Mapocho*, Santiago 1 de enero de 1957

"Crudo informe sobre la delincuencia", *Fortín Mapocho*, Santiago, 26 de noviembre de 1964

Fortín Mapocho, Santiago, mayo de 1967

"Planifican "operación limpieza"", *Fortín Mapocho*, julio de 1967

"Razzia para batir el hampa en La Vega", *Fortín Mapocho*, Santiago, octubre de 1968

"Editorial, Fin de una pesadilla". *Fortín Mapocho*, 11 de septiembre de 1974

"La Vega y Mercados antes y después del 11". *Fortín Mapocho*, Santiago, 11 de septiembre de 1974

"El Mercado Central y la delincuencia", *Fortín Mapocho*, julio 1981

Las Últimas Noticias, 12 de agosto 1948

Las Últimas Noticias, 15 de febrero 1937

Programa básico de gobierno de la Unidad Popular: candidatura presidencial de Salvador Allende, 1970

Por qué el medio litro de leche. Carta abierta a las madres chilenas. Editorial Universitaria, 1971

Alimentación complementaria, esfuerzo de todo el pueblo, Programa nacional de leche, Instructivo para las personas que participan en labores educativas, Servicio Nacional de Salud, 1972

Mauricio Vico, *El cartel político, social y cultural de la izquierda chilena en el Gobierno de la Unidad Popular,* Tesis doctoral, Facultad de Bellas Artes. Universidad de Barcelona, 2015.

Salvador Allende. *El niño, único privilegiado. Discurso de apertura del año escolar,* 1971

El mundo trágico de los pelusas, Revista *Ramona*, año 1, número 43, Ed. Quimantú, 22 de agosto de 1972, s/n

Luis Vega González, Operación pelusa, *El Rodriguista*, 28/04/2020. https://www.elrodriguista.org/operacion-pelusa-1974/. Visitado el 04-09-2023

Fortín Mapocho, "El comercio periférico de la Vega Central en homenaje a la H. Junta Militar 1973 - 11 de septiembre - 11 marzo 1974"

República de Chile, Junta de Gobierno. Acta N°112.-a

La Tercera, 22 de diciembre de 1973

"Mendicidad infantil, La pobreza obliga", En: *Solidaridad* N°251, del 15 al 28 de agosto de 1987

"El encuadre oficial", entrevista a Jorge Álvarez, encargado del Área de Estudios de Sename, Revista *APSI*, N°353, 20 de junio al 3 de julio de 1990

"Proyecto Senamóvil: un bus pintado". En: *Revista Educación*, edición N°283, abril 2001, Ministerio de Educación

"Trasladan a niños del río Mapocho a hogar en La Florida", *Cooperativa*, 2001 en: https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/trasladan-a-ninos-del-rio-mapocho-a-hogar-en-la-florida/2001-12-12/205800.html Visitado el 11-09-2023

Cristian Vives, "El sujeto de la acción solidaria: La familia popular chilena", en: *La solidaridad. Una forma de evangelizar y de participar de la Iglesia*, documento de trabajo, 1978

Marilú Krebs. "La familia marginal", en: *Revista de Trabajo Social*, 1979

"Niños: entrando al Mundo", en Revista *Solidaridad* N°216, 27 de diciembre 1985 al 30 de enero de 1986

Lucia Hiriart, programa Sesenta Minutos Televisión Nacional de Chile, 1975, archivo youtube, programa informe especial: "El Cema de Doña Lucía"

Un año de construcción, 11 septiembre 1973 – 11 septiembre 1974, el jefe supremo de la nación general del ejército Augusto Pinochet Ugarte informa al país, p. 298, Biblioteca del Congreso Nacional, en: https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=recursoslegales/10221.3/10556/42/19740911.pdf, revisado el 15 de agosto de 2023.

La Tercera, 4 de diciembre de 2001

Benito Baranda, “Neoprénicos: problema de todos”, en: *Revista Mensaje* N°374, noviembre de 1988

“Donde comienza el desamparo: los niños de la calle”, en Revista *APSI*, N°353, del 20 de junio al 3 de julio de 1990

“Inhalantes y neoprén”, en Revista *Creces*, marzo de 1989

Decreto 754. Prohíbe el uso de tolueno en adhesivos y pegamentos

Entrevista a Marcelo y Nancy, entrevista realizada el 25 de mayo 2023

Entrevista a Elizabeth, entrevista realizada el 07 de septiembre 2023

2. Fuentes secundarias:

Ariès, Philippe. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus, 1987

Ayala, Ignacio. “Redes de prostitución y cotidianidad del lupanar. El oficio de prostituta desde el testimonio de María Espinoza Cabezas (Santiago de Chile, 1908)”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos. Nouveaux mondes mondes nouveaux-Novo Mundo Mundos Novos-New world New worlds*, 2012.

Bengoa, José. *El poder y la subordinación: historia social de la agricultura chilena*. Santiago, Chile: Ediciones SUR, 1990.

Bravo, Soledad y Madrid, Patricia. *El otro Santiago: Los niños del Mapocho en el siglo XX. 1930-2002*, Seminario para optar al Grado de Licenciado en Historia, Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2003.

Bunster. Sobreviviendo más allá del miedo. En Bunster y Rodríguez, *La mujer ausente. Derechos humanos en el mundo*. Santiago: ISIS Internacional, 1991

Calderón, Alfonso. *Memorial de la Estación Mapocho*, Santiago, RIL Ediciones, 2005

Castillo, Simón. *El barrio Mapocho y el parque Forestal: espacio público y representaciones de la ciudad en Santiago de Chile (1885-1900).* Tesis para optar al Grado de Magíster en Historia, Universidad de Chile, 2008

Conning, Arthur M. *Estimación de la migración interna neta, clasificada por edad y por sexo, en las provincias y regiones de Chile durante los años 1930-1940, 1940-1952 y 1952-1960*. CELADE, 1968

Cooper, Doris. *Delincuencia y desviación juvenil*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2005

Corporación Programa "Caleta Sur". *Trabajo comunitario en sectores populares. Experiencias de Caleta Sur en la comuna de La Pintana (1981-1998).* Santiago, julio de 2000

Cuerpo de generales de carabineros, Hitos institucionales, Tomo II, Caupolicán Servicios Gráficos, Santiago de Chile, 2016

De Ramón, Armando. *Santiago de Chile (1541-1991): Historia de una sociedad urbana*. Editorial Catalonia, 2018.

De Ramón, Armando. *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una Ciudad Urbana*. Ed. Mapfre, Madrid, 1992

Durán, Manuel. "Medicalización y disciplinamiento. La construcción higienista del espacio femenino, 1850-1920", en *Nomadías*, 9, 2009

Escudero, J. C. (2013). "Los Orígenes del Hogar de Cristo en Chile". Série-Estudos - Periódico Do Programa De Pós-Graduação

Em Educação Da UCDB, (25). https://doi.org/10.20435/serie-estudos.v0i25.307

Espinoza, Vicente. *Para una historia de los pobres de la ciudad*. Ediciones Sur, 1988.

Fuenzalida, Daniela. *Protección jurídica y social de la infancia: situación actual en Chile desde la perspectiva del derecho público*. Memoria para optar al grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, 2014

Garcés, Mario. *Crisis social y motines populares en el 1900*. Lom Ediciones, 2003

García, Ana. *Protección jurídica y social de la infancia: situación actual en Chile desde la perspectiva del derecho público*. Memoria para optar al grado en Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Chile, 2015

Gentile, María. (2008), "Ser niña o niño y 'estar' en la calle. Género y sociabilidad", en Julieta Pojomovsky (dir), *Cruzar la calle. TOMO 2: Vínculo con las instituciones y relaciones de género en niños, niñas y adolescentes en situación de calle*, Buenos Aires, Ed. Espacio. Pp- 153-174

Guerrero, Claudio. *Qué será de los niños que fuimos, imaginarios en la poesía chilena*, Ed, Inubilicalistas, 2017

Gobierno de Chile, *La representación social del consume de Drogas en la población de menores pertenecientes a Sename*, Conace, agosto 2002

Gómez, Mauricio. *Marginalidad y realismo en la narrativa de bajos fondos chilena 1955-1973: el caso de Luis Rivano*, Tesis para optar al grado académico de Magíster en Literatura, Universidad de Chile, 2019

Góngora, Mario. "Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile, s. XVII-XIX", en: *Cuadernos del Centro de Estudios Socioeconómicos*, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Chile, 1966, 1-41

González, Juan Pablo y Rolle, Claudio. *Historia social de la música popular en Chile, 1890-1950*, Ediciones de la Universidad Católica, Santiago de Chile, 2005

Illanes, María Angélica, "*Ausente, señorita" El niño chileno, en la escuela para pobres y el auxilio, Chile, 1890-1990*. Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas, Santiago de Chile, 1991

Illanes, María Angélica. *En el nombre del pueblo, del estado y de la ciencia: historia social de la salud pública Chile 1880-1973: hacia una historia social del siglo XX*. Ed. La Unión, 1993

Jiménez Molina, Álvaro, "Adolescentes que se cortan: ¿una epidemia silenciosa?", en *Ciper*, 22.05.2017. https://www.ciperchile.cl/2017/05/22/adolescentes-que-se-cortan-una-epidemia-silenciosa/

Laborde, Miguel. "El Mapocho Nuestro". En: *Mapocho, Torrente Urbano*. Santiago: Matte Editores, pp. 39-59. 2008.

Larraín, Felipe & Vergara, Rodrigo. *La transformación económica de Chile*, Centro de Estudios Públicos, Ed. Andros, 2001

Latorre, Carmen Luz. *La asignación de recursos a educación en los últimos años*, Santiago, 1978

León León, Marco Antonio. *Las moradas del castigo. Origen y trayectoria de las prisiones en el Chile republicano (1778-1965)*, Centro de Estudios Bicentenario, 2019

Lombaert, Erik. "Modelos económicos y concepciones de la niñez y adolescencia", en: *Revista Cuaderno de Trabajo Social*, 14(1): 54-74, 2020

McSherry, J. Patrice. *La nueva canción chilena. El poder político de la música, 1960-1973*, LOM Ediciones, 2017.

Meller, Patricio. *Un siglo de economía política chilena 1890-1990*. Ed. Andrés Bello, Santiago, p. 48

Mettifogo, Decio y Sepúlveda, Rodrigo. *Trayectorias de vida de jóvenes infractores de ley*, Universidad de Chile, Instituto de Asuntos Públicos, CESC, 2005

Montecino, Sonia. *Madres y Huachos. Alegorías del mestizaje chileno,* Santiago: Editorial Catalonia, 2013.

Navarrete, Carolina. *La Circularidad Identitaria de la Huacha en Madres y Huachos. Alegorías del mestizaje chileno de Sonia Montecino*, Biblioteca Virtual Universal, https://www.academia.edu/27840717/La_Circularidad_Identitaria_de_la_Huacha

Ossa Saldivia, Luis. *Adolescentes en situación de calle: Construcción de identidad en situación de extrema vulnerabilidad. Un acercamiento cualitativo*. Tesis para optar al grado de Magíster en Psicología mención Clínica Infanto-Juvenil. Universidad de Chile, 2005

Palma, Eric. *La situación de vulneración de niños, niñas y adolescentes abordada en la legislación chilena entre 1833 y 2018*, Tesis para optar al grado de Magíster en Derecho, con mención en Derecho Público, Universidad de Chile, 2018

Peña Muñoz, Manuel. *Los Cafés Literarios en Chile*. Santiago: RIL Editores, 2001

Piwonka Gonzalo. "Las Aguas del Mapocho". En: *Mapocho, Torrente Urbano*. Santiago, Matte Editores, pp. 60-91

Piwonka, Gonzalo. *Las aguas de Santiago de Chile, 1541-1741*. Tomo I. Santiago, Ed. Universitaria, 1999

Plath, Oreste. *Aproximación histórica - folklórica de los juegos en Chile. Ritos, mitos y tradiciones*, Ed. Nascimento, Santiago de Chile, 1986

Power, Margaret, *La mujer de derecha. El poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973*. Centro de Investigaciones Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2008

Rich, Adrienne. *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución.* Madrid: Traficantes de Sueños, 2019.

Rivera, Francisco. "Los desafíos de la industrialización: debates y propuestas parlamentarias en torno a la educación técnica industrial. Chile 1929-1952". En: *Calidad en la educación*, 2011, no 34, p. 73-102.

Rodríguez, Jorge. "Evolución de la población del gran Santiago: tendencias, perspectivas y consecuencias, en *Notas de Población*, 1993

Rojas, Jorge. *Historia de la infancia en el Chile republicano*, Junji, Editorial Ocholibros, 2010.

Romero, Luis Alberto. *¿Qué hacer con los pobres?: Elites y sectores populares en Santiago de Chile 1840-1895*. Ariadna Ediciones, 2017

Ruiz-Tagle, Jaime & Urmeneta, Roberto. *Los trabajadores del Programa del Empleo Mínimo*, Academia de Humanismo Cristiano, Programa de Economía del Trabajo, 1984

Salazar, Cristian. *La vida en las riberas, crónica de las especies extintas del Barrio Mapocho*, Ed. Urbatorium, 2011

Salazar, Gabriel, *Ser niño "huacho" en la historia de Chile*, Santiago: LOM, 2016

Salazar, Gabriel. "La mujer de "bajo pueblo" en Chile: bosquejo histórico". *Proposiciones*, 1992, vol. 21, p. 64-78

Salazar y Pinto, *Historia Contemporánea de Chile, tomo IV, Hombría y Feminidad*, Santiago: LOM, 2002

Saldivia, Luis Ossa. *Adolescentes en situación de calle: Construcción de identidad en situación de extrema vulnerabilidad. Un acercamiento cualitativo*. Tesis para optar al grado de Magíster en Psicología mención Clínica Infanto-Juvenil. Universidad de Chile, 2005.

Salinas, René y Delgado, Manuel. "Los hijos del vicio y del pecado: la mortalidad de los niños abandonados (1750-1930)". *Proposiciones*, 1990, vol. 19, p. 44-54.

Segovia, Carla y Trina, Miguel. *Vida y muerte en una periferia de Santiago, Barrancas 1884-1969*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, 2001

Sepúlveda, Tamsin. *Río Mapocho: legado geográfico y cultural de un torrente urbano en la ciudad de Santiago de Chile*, Memoria para optar al título de Geógrafa, Universidad de Chile, 2021

Schkolnik, Mariana & Teitelboim, Berta. *Pobreza y desempleo en poblaciones, la otra cara del modelo neoliberal*, Colección temas sociales 2, Programa de economía del trabajo (PET), 1988.

Tsukame, Alejandro. "Trayectorias de adolescentes y jóvenes que infringen la ley penal; contextos institucionales para la prevención", en: *Señales*, 2008.

Vicuña, Manuel. *La belle époque chilena: alta sociedad y mujeres de elite en el cambio de siglo,* Editorial Sudamericana, 2001

Vidal Yosa. *El Tarambana*, Santiago: Tajamar Editores, 2013.

***

Índice

Niños vagos, irregulares, anormales, pre-delincuentes, huérfanos, abandonados, palomillas, pelusas, “verdaderos animalitos”, desertores escolares, niños trabajadores, “neoprénicos”, entre tantos otros apelativos, describen las representaciones que la sociedad chilena ha tenido de los niños de la calle durante el siglo XX. El río Mapocho, su cauce y sus puentes, los ha atraído históricamente, allí jugaron y también sufrieron. Desde fines del siglo XIX, el entorno social y cultural del río, La Vega, el Mercado y la sociabilidad popular gestada a partir de cíclicas oleadas migratorias que traían a los pobres expulsados del campo y las faenas mineras, fue el espacio donde aprendieron a sobrevivir.











